

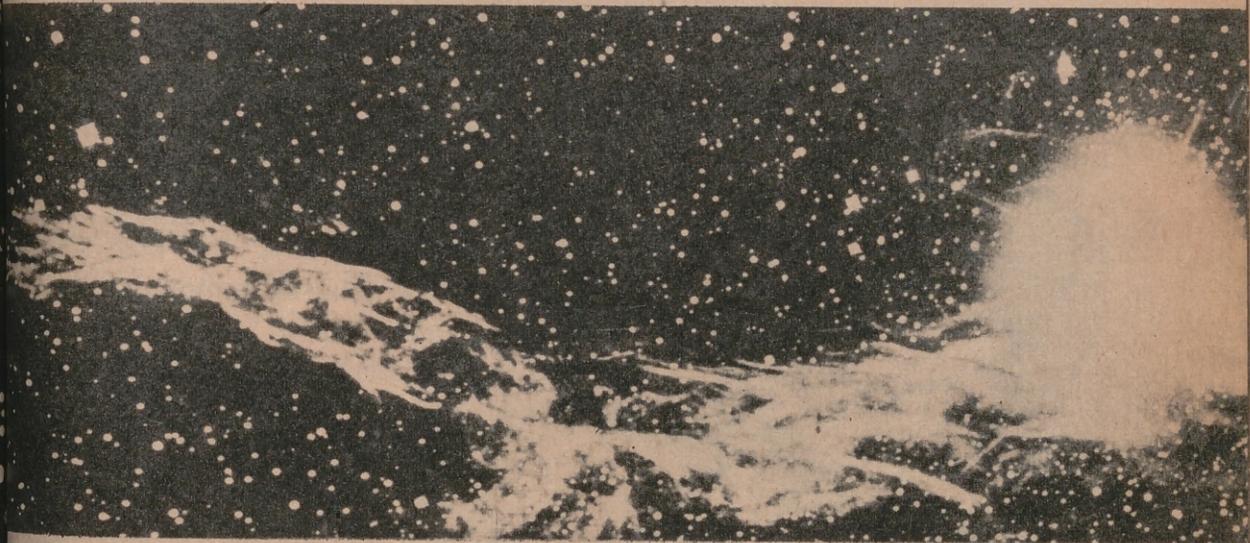
EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 8 - 14 diciembre 1957 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Número 471



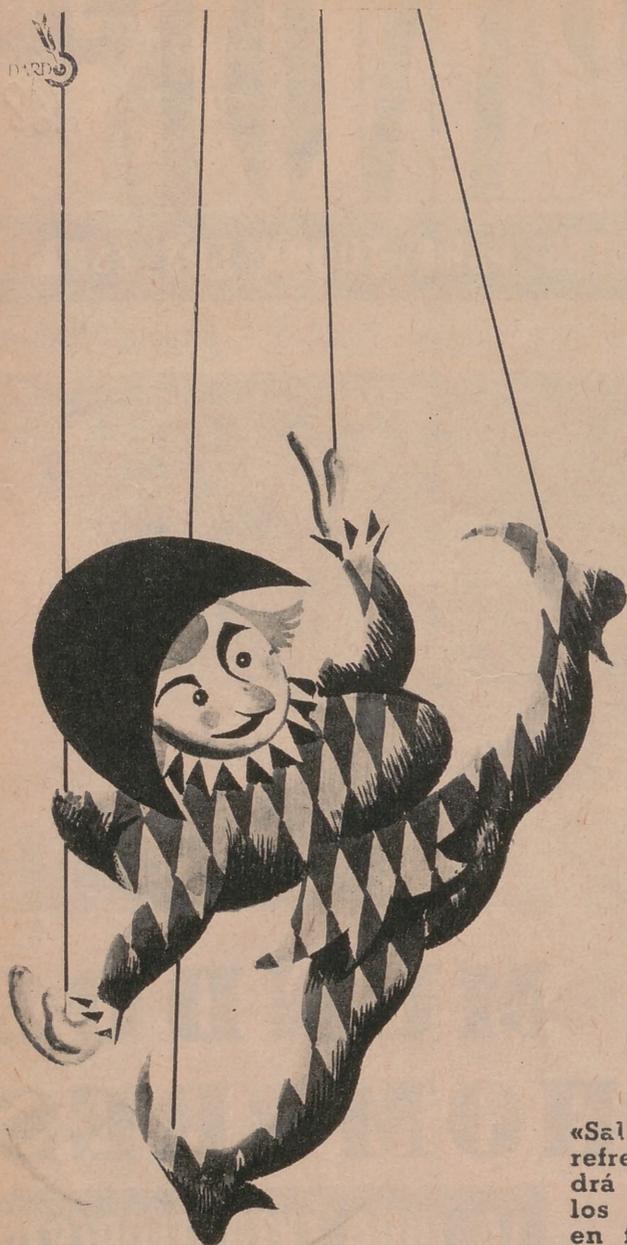
OTROS MUNDOS, ¿OTROS HOMBRES?

LA VIDA EXTRATERRESTRE ANTE LA DOCTRINA

5 TEOLOGOS OPINAN

Presencia de España en Ifni (pág. 9) * Teatro chino: color, misterio y emoción (página 13) * Bermeo, cara al mar (pág. 19) Entrevista con el teniente Gallego (pág. 23) El Angel del Alcázar (pág. 29) * Infantería de Marina, un Cuerpo con historia que se pone al día (pág. 32) * El libro que es menester leer (pág. 46) * Ocho Ponencias en el IX Pleno Económico Sindical (pág. 49) * Canarias: Promesa y realidad de siete islas (página 53) * Entrevista con Paula Elizalde (pág. 56)

INTERMEDIO A BRINCOS (pág. 38), novela, por Francisco Cercadillo



Energías vitales

La vida tiene un poco de "marioneta". Su agilidad depende de la destreza y gracia con que la mano del Destino mueve los hilos. Para que todo muñeco humano obedezca con exactitud a ese ritmo acelerado y cambiante, es preciso ponerlo en condiciones, dotándole de un perfecto equilibrio fisiológico. La "Sal de Fruta" ENO, se creó precisamente para adaptar el organismo a las circunstancias y actividades de la vida moderna.

«Sal de Fruta» ENO es la deliciosa bebida, refrescante y depurativa, con la que podrá mejorar su estado físico y estimular los recursos de la inteligencia. Reúne, en forma conveniente, las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.

REGULA Y ENTONA EL ORGANISMO

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

OTROS MUNDOS, ¿OTROS HOMBRES?

LA VIDA EXTRA- TERRESTRE ANTE LA DOCTRINA

5 TEOLOGOS OPINAN

LA hipótesis no puede ni debe ser calificada de vana o ligera. En la Antigüedad clásica fueron Platón y Aristóteles. En la Era Cristiana, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás, Newton, Kant, quienes se ocuparon de ella. La hipótesis es ésta: la posibilidad de seres humanos extraterrestres.

En la literatura legendaria de la Antigüedad griega es característico un verso que, ideológicamente, lo hemos visto más tarde reproducido en literatos y filósofos. Pertenece el verso al siglo VI antes de Jesucristo. Dice así: «Selene, que los dioses llaman Luna, tiene montes, ciudades y palacios.»

La hipótesis ha sido ya estudiada desde muchos puntos de vista. Ni es nueva la visión desde el campo teológico. Teólogos de todos los tiempos han aportado sus opiniones a este tema, que en determinados momentos de la Historia ha revestido caracteres de auténtica inquietud. Aunque el Magisterio de la Iglesia no ha sentido la necesidad de pronunciarse sobre esta materia, los mismos teólogos que la combaten reconocen que puede muy bien defenderse sin peligro alguno de faltar contra el dogma. Lo mismo han tenido cuidado de advertir los doctores católicos, que en nuestros días han escrito sobre este tema. Como el padre Puig; el profesor de Teología Francis Connel, de los Estados Unidos; el padre Grasso, autor de importante trabajo aparecido en la autorizada revista romana «La Civiltà Cattolica», y el jesuita español padre Salaberrí, en su artículo aparecido en la documentada revista española «Razón y Fe».

Los dogmas principales que pudieran relacionarse con los seres posibles que puedan poblar los otros mundos son el de la unidad del género humano, el del pecado original, el de la Redención cristiana y el de la supremacía de Cristo sobre todo lo creado.

¿Se encuentra alguno de estos dogmas ante una dificultad al

admitir la posibilidad de seres humanos extraterrestres?

Cinco teólogos van a responder. Cinco doctores en Teología. Ellos, con su voz autorizada por la ciencia teológica y escriturística, van a exponer sus opiniones. Cinco juicios muy respetables porque... para esto y para otras cosas, naturalmente, doctores tiene la Iglesia.

LA REVELACION NO TIENE NADA QUE OPONER

Responde en primer lugar don Salvador Muñoz Iglesias, canónigo lectoral de la catedral de Madrid, doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, licenciado en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico romano, profesor hoy de Sagrada Escritura en el Seminario Conciliar de Madrid y jefe de la Sección Bíblica del Instituto «Francisco Suárez» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

—Dice algo la Revelación sobre la existencia de hombres en otros planetas distintos de la Tierra?

—No creo que haya nada que oponer en nombre de la Revelación a la posibilidad de que existan otros mundos habitados por seres racionales fuera del nuestro. La Revelación está hecha

Para la sabiduría y la intrepidez del hombre queda abierto el camino de la aventura hacia nuevos mundos

por los hombres de esta Tierra, y por ello, con una visión geocéntrica del Universo, que no dice nada en favor ni en contra de la hipótesis que usted plantea. Ni esa preocupación aparentemente exclusiva por los hombres de esta Tierra dice nada en contra de la posible existencia de otros hombres en otros mundos, ni tampoco las expresiones que parecerían limitar las afirmaciones de la Revelación a los hombres que habitan «sobre la Tierra» o que «vienen a este mundo» deben considerarse reflejas, como si los autores humanos de la Biblia hubieran pensado en la posibilidad que hoy nos ocupa. Creeríamos que el horizonte mental de los autores inspirados no sobrepasa en este aspecto el ámbito de nuestro mundo terrestre.

—Siendo esto así, parece ociosa la segunda pregunta. Caso de que existieran hombres en otros planetas, ¿cuál sería su situación con respecto a la obra redentora de Cristo?

—La respuesta a esta pregunta no es en todo idéntica a la anterior. Y, por tanto, la pregunta no es completamente ociosa. Por de pronto, esos seres, en el caso de que fueran racionales, tendrían la obligación de aceptar ra-

cionalmente la revelación que Cristo ha hecho a los hombres de la Tierra si llegara a su conocimiento. Deberían creer todo lo que Dios nos ha dicho a nosotros, aun aquello que no les afectara personalmente.

Y en cuanto a la obra redentora de Cristo habría que distinguir. Si ellos no hubieran cometido pecados personales, ni hubieran incurrido en el original de alguno de sus antecesores, ni en el de Adán—cosa esta última que a nosotros no nos ha sido revelada porque a nosotros sólo se nos ha dicho que lo contraemos por generación; pero tal vez pudiera haberseles transmitido a ellos por solidaridad jurídica con Adán e incluso podía haberles sido revelado—, si no tuvieran, digo, pecado de ningún género, no tendrían ninguna parte en la obra redentora de Cristo, que, en cuanto tal, supone el pecado y consiste en la liberación del mismo por los méritos de Cristo. Si no tuvieran pecados personales ni se les hubiera revelado que habían incurrido jurídicamente en el de Adán, yo no me atrevería a afirmar que estaban incurridos en él mientras no constara su descendencia de Adán por generación, ya que, como queda dicho, ésa es la única forma de participar en aquel pecado que nos ha sido revelado.

Pero la obra de Cristo no fué sólo redentora. Como hemos dicho antes, la Revelación que nos hizo de la vida de Dios («a Dios») le ha visto nadie; el Unigénito que está en el seno del Padre es quien nos los ha revelado. San Juan, 1,18) es valedera y obligatoria para todo ser inteligente que llegue a conocimiento de ella. Más aún: la mayoría de los exégetas y muchos teólogos pensamos que las expresiones del Nuevo Testamento relativas a la capitalidad de Cristo en el orden sobrenatural deben entenderse en el sentido de que cualquier gracia recibida por cualquier criatura racional dimana de Cristo, incluso la gracia de Adán anterior a su pecado y sin excluir la gracia de los ángeles. En esta perspectiva, que creemos claramente revelada, cualquier gracia que hipotéticamente hubieran recibido esos posibles hombres o seres racionales de cualquier otro mundo fuera de la Tierra sería igualmente gracia de Cristo y habríamos de confesar que la habían recibido de Cristo.

—Muy interesante esa idea de que los presuntos habitantes racionales de otros mundos deberían admitir la Revelación que Dios nos ha hecho a nosotros. ¿Y viceversa? Quiero decir si, al establecer contacto con nosotros, esos hombres nos dijeran que habían tenido ellos a su vez revelaciones de Dios que no hubiéramos tenido nosotros, ¿tendríamos que admitirlas?

—También aquí habría que distinguir. Por supuesto es imposible cualquier revelación divina que contradijera a la que Dios nos ha hecho a nosotros. San Pablo escribía a los Gálatas: «Aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo—si esto fuera posible—os predicara un Evangelio frente al que nosotros os he-

mos anunciado, sea anatema.» (Gál. 1,8.) Y la razón es que Dios no puede contradecirse a sí mismo.

—Pero, ¿y si se tratara solamente de una Revelación que completara la nuestra sin contradecirla?

—En este caso, como seres racionales, deberíamos admitirla. Siempre y cuando se demostrara la existencia de dicha Revelación aplicando los mismos criterios que empleamos para discernir el origen divino de la nuestra. No bastaría que lo dijeran ellos, como no basta que Mahoma se haya dicho a sí mismo enviado de Dios. Dicha Revelación habría de ser autenticada con la firma infalsificable de Dios, que son los verdaderos milagros.

—Y ¿habría de ser anterior a la muerte del último Apóstol, ¿no? Porque, según tengo entendido, los teólogos enseñan que la Revelación terminó con los Apóstoles.

—Efectivamente. Aunque esta enseñanza casi unánime de los teólogos no es dogma de fe, tiene, sin embargo, mucho peso. Recientemente algunos teólogos de nota le han puesto serios reparos. Por supuesto, se trata de la Revelación pública y siempre de la Revelación hecha con esa perspectiva terrestre de que hablábamos antes. En todo caso la Iglesia, infalible, tendría la palabra si estas hipótesis fascinantes llegaran a realizarse.

—Muy interesante todo esto.

—Tan interesante que, si viviera Julio Verne, le escribiría sugiriéndole el tema de una novela donde, con el debido asesoramiento de buenos teólogos, se plantearan y resolvieran, en la medida de lo posible, los numerosos interrogantes que la hipótesis planteada por usted sugiere al hombre moderno. O quizá mejor una película. Pero, ¡en serio! Porque, aunque parezcan sutilezas, estas cosas son muy serias.

LOS ASTROS DEL UNIVERSO, COMO TEMPLO, Y LA TIERRA, COMO ALTAR

El padre A. García Figar, dominico, doctor en Teología, publicista, habla así:

—Si los astros son habitables, ¿por qué no ha de haber habitantes en ellos? Estoy por la afirmativa. No digo que los haya porque no los he visto; pero afirmo, con razones teológicas, que puede haberlos. No pongamos límites al poder de Dios y menos a su amor. Dios creó los mundos como creó los ángeles, y los creó para su gloria y porque su bondad habrá de desbordarse en la Creación. Si los ángeles, los más semejantes a Él, son en tanto número que superan a todas las cosas creadas, ¿por qué los hombres se han de reducir a un número matemático tan pequeño que se pueda consignar en unas tablillas de barro cocido o en unas docenas de pergaminos? La pura razón va más allá del número sabido y quiere, por exigencias lógicas, que el número de hombres sea incontable, siendo los seres más perfectos de la Creación, telúrica y los que mayor gloria dan a Dios por el conocimiento del MISMO y el AMOR con que le adoran. Puestos nosotros a

CREAR, ¿no haríamos lo mismo. Este pensamiento nos descubre que pertenecemos a «la raza de los dioses» que decían los griegos, y San Pablo les descubrió el Dios verdadero.

—¿Serán como nosotros los habitantes de los astros?

—Mejor o peor en su condición humana. El ambiente y las condiciones climatológicas en que vivan serán los determinantes de su vivir cotidiano, en sus grados de civilización, sin génesis evolucionista, la paparrucha de nuestra época.

—¿Felices o desgraciados?

—Si no pecaron, felices con una amplia felicidad natural. Si pecaron, estarán, como nosotros, sujetos al dolor.

—Y si pecaron, ¿tuvieron un Redentor como nosotros?

—La sangre del UNO SOLO basta para redimir el pecado de todos los pecadores de todos los mundos. Citaré un verso del Himno de la Pasión que la Iglesia repite todos los años en sus templos: «Terra, pontus, ASTRA, MUNDUS.

Quo lavantur flumine»

«El río caudaloso de la sangre de Jesucristo purificó la tierra, los mares, LOS ASTROS, LOS MUNDOS» El divino poeta que se atrevió a escribir esta estrofa era sin duda un iluminado, y la Iglesia católica, que lo salmodia y canta, no elude la posibilidad de la existencia de hombres como nosotros, habitantes de los astros, salvados por Jesucristo en su pecado.

—¿Conocieron ellos la Encarnación?

—¿La conocieron acaso los judíos y los gentiles? Pudieron los ángeles llevarles la buena nueva de la misma, como la llevaron los Reyes Magos y a los pastores de Belén y a San José el Justo. O el mismo Jesucristo, después de resucitado, pudo hacer acto de presencia entre ellos o la gracia misma interior recibida del Espíritu Santo llevarles al conocimiento del grandioso Misterio, pues las manos de Dios no están atadas y ciñen corazones como amasaron la primera tierra de donde viene el hombre. ¿Quién puede poner fronteras a la Omnipotencia divina? Cuando hayamos alcanzado el cielo de la bienaventuranza veremos cosas que no caben ahora en nuestros cerebros y escucharemos palabras que hoy no podríamos entender. ¿Quién sabe si uno de esos astros que no han visto ni verán jamás los ojos de los mortales estará destinado a paraíso después de nuestra resurrección!

—Los justos que no pecaron, recibirían algún beneficio, favor o perfección de la Pasión del Señor?

—Sin duda alguna. Por inocentes que sean y puros de conciencia, siendo hombres, pueden perfeccionarse en lo espiritual, que en ello no existe límite, y llenarse de las «claridades» de Cristo, entendiéndose por el misterio de su vida, alcanzando las alturas de la contemplación donde el alma se quiebra ante «las invasiones misteriosas de la gracia» y la acción presente de Dios, aunque sea por un instante. Este instante tiene el valor de una eternidad. Creo que podemos decir que Dios tiene un



P. Salvador Muñoz Iglesias, canónigo lectoral de la catedral de Madrid



P. A. García Figar, dominico, doctor en Teología, ilustrado publicista



P. Miguel Oltra, franciscano, doctor en Teología por la Universidad de Münster

templo visible que son todos los astros del universo y un altar en que quiso inmolarse que fué nuestra «tierruca».

DOS EXPLICACIONES PERFECTAMENTE ARMONIZABLES CON LA ORTODOXIA CATOLICA

Un padre y teólogo franciscano. El padre Miguel Oltra, doctor en Teología por la Universidad de Münster, redactor de «Verdad y Vida», autor de la obra «Angustia y esperanza», de profundo matiz teológico, y de «La certeza del estado de gracia»:

—El ser de las cosas se va abriendo gradualmente al hombre. Cada vez que aquél se destaca un tanto, produce espasmo al observador. El tiempo va revelando secretos de la naturaleza y, aunque ésta sea siempre idéntica en sí misma, no es siempre igualmente conocida. Las experiencias que nos la hacen inteligible aumentan continuamente y como son estas los únicos principios de la física se multiplican proporcionalmente sus consecuencias. El conjunto de observación y la experiencia, constituyen la ley científica. El hombre de ciencia determinará cómo se produce el «hecho científico» y en qué circunstancias. La ley será una expresión matemática, reducida a sumar y restar elementos que dan lugar a la nueva experiencia y que manifiestan propiedades o actividades hasta entonces desconocidas. Observar, experimentar y sistematizar son los tres momentos científicos. Pero ninguno de estos momentos explican el ser de las cosas, por caer bajo el dominio preeminente de los sentidos. La explicación es función de la razón y, por tanto, de la filosofía y, en último término, de la teología, que establecerá las conexiones existentes entre el hecho concreto o experiencia y su primer principio.

Aunque de índole diferente, por ser sobrenatural su contenido, en la teología aparece algo firme e invulnerable y una evolución en cuanto a nosotros y a nuestro conocimiento del dogma. El objeto formal de la teología es la Revelación,

cuyo contenido constituye el «sacrum depositum», cuya custodia encomienda San Pablo a Timoteo. La teología católica establece terminantemente que el depósito de la Revelación quedó completo y cerrado con la muerte del último Apóstol. La doctrina contraria ha sido condenada (Denz. 2021).

Pero la mayoría de los teólogos católicos postulan, al mismo tiempo que la inmutabilidad objetiva, un progreso dogmático subjetivo-objetivo. Con otras palabras: el depósito revelado quedó completo en cuanto a la Revelación, pero no quedó cerrado ni completo, sino abierto y completado en cuanto a la explicación humana de lo ya revelado. He aquí un paralelismo con la naturaleza y la ciencia.

La ciencia y sus descubrimientos pueden dar ocasión a que la teología haga hincapié en algunos aspectos dogmáticos, poco considerados hasta ahora, y de esta suerte se abre la Revelación al entendimiento. Una contradicción entre lo científico y lo dogmático es imposible, teológicamente hablando. Será cuestión de buscar la armonía del «hecho dado» con el principio dogmático.

En nuestro caso hipotético de la existencia de seres humanos en otros planetas caben dos explicaciones armonizables con la máxima ortodoxia católica: una economía de la gracia redentora, que supone pecado, y una economía de la gracia en estado de inocencia, que desconocemos por completo. En el primer caso sería necesario recurrir a la omnipotencia divina que «saca hijos de Abraham de las piedras» y puede poblar el mundo creado y desconocido por nosotros actualmente con seres humanos sujetos a redención y—por consiguiente—descendientes de Adán. En este supuesto, Dios, que dió el mandato al hombre en el Génesis de dominar al mundo, habría prolongado el día histórico en que se propagase la Buena Nueva evangélica a aquellas gentes. Al existir posibilidades de contacto, la Iglesia, en nombre de Cristo, enviaría misioneros a Marte, a la Luna o donde fuera.

En el segundo caso de una Humanidad en estado de inocencia y, por consiguiente, sin necesidad de redención, resaltaría con todo su esplendor la doctrina defendida por los más grandes teólogos de que Cristo se habría encarnado, aunque el hombre no hubiera pecado. Porque Dios, que es amor, se propone al crear un fin, que no puede ser otro diferente de Sí mismo, su esencia divina. Dios ama infinitamente y exige correspondencia infinita, cosa que las criaturas finitas no pueden hacer; ellas nunca podrían alabar a Dios como El se merece. De ahí la necesidad del «Summum opus Dei», la Encarnación del Verbo, que fuese Dios y hombre, Creador y criatura y a quien Dios pueda amar infinitamente y recibir de El, solidarizado con todos los seres inteligentes, amor e infinito alabanza... Así Cristo, tanto en una economía redentora como en una economía de inocencia, es el Rey Supremo y Jefe Universal.

Si algún día se llegase a comprobar la existencia de seres humanos en estado de inocencia en otros planetas, el dogma de la realidad de Cristo aparecería con toda su sublimidad, se conocería en su raíz esa solidaridad de los unos con los otros y que constituye el dogma de la «Comunidad de los Santos». Si necesitasen de redención, la Iglesia tendría la obligación de evangelizarlos en nombre del Redentor, quien le dió el encargo. Tanto en uno como en otro caso serían miembros de la Santa Madre Iglesia.

De esta suerte, una experiencia y un progreso científico, en vez de perturbar la armonía dogmática, nos daría pie para penetrar más en sus misterios, que, a pesar de todo, aparecerán siempre como un claro oscuro que sólo tendrá plena realidad en la Bienaventuranza.

Mientras tanto la razón luchará por llegar a las profundidades del Cosmos; pero allí precisamente le sorprenderá la catástrofe de la inseguridad y se hará siempre necesario el «sacrificio de la inteligencia» para lanzarse al Orden Sobrenatural, desde donde juzgará y explicará, ayudada por la

je, ese mundo que le sale al paso y que le maravilla o le pasma.

SENTIDO CRISTOCÉNTRICO DE NUESTRO MUNDO

El padre Victorino Capánaga es agustino recoleto. Doctor en Teología, autor de varias obras sobre San Agustín y San Juan de la Cruz, ex definidor general de la Orden en Roma durante doce años.

El padre agustino dice:

—El problema puede mirarse de diversos ángulos. Se puede preguntar si es abstracta o metafísicamente posible la existencia de otros habitantes humanos en los astros. O si es positivamente probable o un hecho la habitación de los mismos. La Tierra, como única habitación de hombres a muchos les parece incompatible con la magnificencia de Dios y del universo cósmico. Sería un absurdo instalar a una pareja de recién casados en un rascacielos de mil pisos. El mundo es demasiado grande para tan pocos habitantes. La Creación, ¿no sería un derroche de universos sin sentido?

Cuando se discurre de este modo se mira demasiado la pequeñez humana, y no se atiende a la grandeza del Creador, infinitamente generoso y omnipotente, de quien dice la Sagrada Escritura que «*vidit in orbem terrarum*», juega en el orbe de la tierra. El universo es, ante todo, libre juego de las fuerzas creadoras del Omnipotente. Y lo mismo que en el juego humano parece que hay un derroche de energías sin sentido cuando lo tienen muy alto, porque muestran la opulencia dinámica y estética del ser humano. ¡Qué riqueza de expresiones no descubre el ritmo de las danzas y el de los ejercicios atléticos y gimnásticos? Tanto en la Creación de Dios como en los juegos humanos no hay sólo un porqué de utilidad o de economía, sino también un alarde generoso de dinamismo y de hermosura. Así, todas las obras divinas ostentan un sello de prodigalidad y abundancia. ¿Para qué creó Dios tantos mundos inhabitados? ¿Y para qué creó tantas especies de flores y tanta variedad de insectos o de aves? ¡Qué sentido tiene el mundo, infinitamente pequeño, con sus maravillas, que ahora se van abriendo a nuestros ojos atónitos? Todas parecen cosas sin sentido y están llenas de altísimo sentido.

Quizá juzgamos de la Creación con una mentalidad un poco americana; es decir, técnica, económica y utilitaria.

De los cielos con sus innumerales astros dice el poeta y profeta de los Salmos: «Los cielos pregonan la gloria de Dios». Este pregón divino lo dan todas las criaturas y llena de sentido el universo.

—Admitida la posibilidad de seres humanos extraterrestres, entrañaría ésta alguna dificultad ante el hecho de haberse realizado la Redención en el mundo en que habitamos?

—De lo dicho no puede deducirse en rigor que no haya en el universo cósmico otras moradas

humanas. No es un absurdo filosófico, ni teológico, ni físico el alojamiento en otros mundos de criaturas racionales, sean de diferente estructura que la nuestra. La omnipotencia divina puede crear y ligar el espíritu a otras sustancias corpóreas e instalarlas en ambientes biológicos enteramente diversos que el nuestro. Puede haber, sin duda, criaturas racionales del agua, del aire, del fuego o de otras atmósferas o sin atmósfera. Pero apoyarse en esta posibilidad abstracta para darles una existencia real, es un salto de fantasía.

Ni crearía en caso afirmativo una dificultad especial el hecho de haberse realizado la Redención en el mundo en que habitamos. Cierta que, según los principios de la Cristología paulina, en el orden actual no se pueden imaginar seres de ningún género desligados de Cristo. Nuestro mundo es cristocéntrico, y esto da un valor y grandeza imponderable a nuestra pequeña Tierra. El señorío de Cristo es tan universal y absoluto que no se concibe ningún dominio ontológico sustraído a su esfera de acción o de influencia.

Partiendo de esta base y puestos a fantasear sobre otros mundos habitados por otros hombres iguales o parecidos a nosotros o por espíritus corporeizados en forma que rebasan los límites de nuestra concepción, sería positiva condición, a una Redención preservativa, por la que conservarían la inocencia de su primitiva condición, o una redención varan la inocencia de su primitivo de hombres caídos y rescatados por la gracia de Cristo.

Y aun cuando reserváramos sólo para los hombres la solidaridad física y moral que resplandece en el misterio de nuestra Redención, a estos «cristianos», álgamoslo, de otros mundos podríamos ligarlos con una solidaridad antológica y moral, porque en virtud de la eficacia infinita de los méritos de Cristo y de la superabundancia de su Redención, con sólo un acto de la divina voluntad que aplicase a ellos, por no sé qué diversa economía diferente de la nuestra, las gracias de Cristo quedarían bajo la regia soberanía de Este.

Parece que halaga nuestra fantasía y corazón de cristianos a lo menos otra gran familia de hombres redimidos de la primera forma; es decir, de hombres felices, que supieran conservar lo que no quiso nuestra infeliz Eva.

Así nos imaginamos que quedaría más estéticamente redondeado el cuadro de la creación humana. En el reino de los espíritus puros hubo Ángeles inocentes y Ángeles que rodaron por su culpa al abismo del castigo eterno.

Aquí abajo, en el reino de los espíritus encarnados habría hombres caídos, que trabajan afanosamente para levantarse con la gracia de Cristo, y hombres valientes con la gracia de Cristo, que supieron guardar el tesoro de los dones de su primera creación. Decía hermosamente Lope de Vega:

«Para lucir misericordias tuyas, parece que nací, Señor, del cielo.»
Para lucir misericordias divi-

nas, sirven los beneficios de la Redención humana.

Para lucir misericordia y hermosuras nuevas de Cristo servirían estos nuevos hombres, a quienes nos complice imaginarlos, situados en no sé qué vergeles de inocencia y felicidad. Señalar estas cosas es lícito a los poetas, a los pintores y a los cristianos.

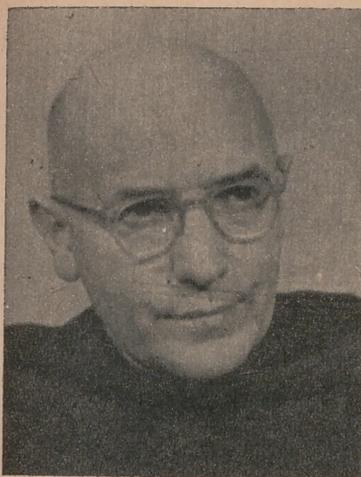
CUATRO DOGMAS DE LA IGLESIA

El padre Joaquín Salaverri, jesuita, profesor de Teología Dogmática en la Universidad Pontificia de Comillas, doctor en Teología, autor de «*Sacrae Theologiae Summa*», libro de texto en Universidades europeas y americanas, responde punto por punto, teniendo en cuenta los cuatro dogmas de la Iglesia a que puede hacer referencia la posibilidad de la existencia de otros mundos habitados por seres humanos. Precisamente sobre esta misma materia, y con mucha anterioridad a que el tema cobrase actualidad, se ocupaba él de este asunto en un largo y bien documentado artículo aparecido en la revista «Razón y Fe» que los padres jesuitas dirigen.

—El dogma de la unidad humana nos exige que creamos que, después de Adán, en la Tierra no han existido seres humanos que no descendiesen por natural generación del mismo Adán, como primer padre de todos. Por consiguiente, el dogma de la unidad del género humano se restringe taxativamente a los hombres que han existido en la Tierra después de Adán. Y, por lo tanto, nada dice de los seres humanos que hayan podido existir en la Tierra antes del Adán, ni mucho menos de los que pudieran existir en los mundos siderales. Suponiendo, pues, que estos habitantes de las estrellas fuesen verdaderos hombres, aunque por las variedades somáticas y psíquicas, debidas al influjo de condiciones ambientales diversas, fuesen muy distintos de nosotros, esos hombres ciertamente no formarían parte de la familia humana que tiene a Adán por primer padre, ya que no sería posible explicar su origen como debido a una emigración de hombres terrestres... Y, por consiguiente, la hipótesis de seres humanos astrales en nada se opone al dogma de la unidad del género humano.

—¿Y en cuanto al dogma del pecado original?

—El dogma del pecado original, definido solemnemente en el Concilio de Trento, nos manda que creamos que todos los hombres, descendientes por generación de Adán, contraen el pecado, que se propaga a todos con la misma generación natural, exceptuada solamente de esta Ley la Santísima Virgen María. Así, pues, el dogma del pecado original se restringe también a los hombres que descendían de Adán. Y, por consiguiente, nada dice que excluya los seres humanos que pudieran existir en los astros. Ciertamente si existen pudieran haber pecado, porque, como muy bien enseña Santo Tomás «Sola la voluntad divina es impecable; en la voluntad de cualquier criatura, hasta en la misma voluntad



P. Victorino Capánaga, agustino, lector en Teología, eminente publicista



P. Joaquín Salaberri, S. I., profesor de Teología en la Univ. Pontificia de Comillas



P. Pedro Messguer, S. I., doctor en Filosofía y autor de varias obras

del ángel, puede haber pecado, según la naturaleza de su condición de su naturaleza creada.» Pero no pudieron contraer el pecado, que, cometido por Adán, se transmite a sus descendientes por vía de generación, que es lo que se requiere para el pecado original, que nos manda el dogma católico.

El dogma de la Redención nos obliga a profesar que «Cristo Jesús ha sido dado por Dios a los hombres como Redentor», y por eso «descendió de los cielos por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación». Por eso Jesucristo es llamado el «novísimo Adán» (1 Cor. 15-45; Roma, 5, 14-21), por que ha bajado a la tierra para reparar la culpa original y restituir a los hombres la gracia, de la que habíamos sido privados por el pecado del primer Adán. La Redención cristiana, de que hablan las Escrituras y nos manda creer la Iglesia, es la redención de los hombres descendientes de Adán, que en él contrajeron el pecado, del que se siguieron todas las culpas, de que también nos vino a redimir el Señor. Bajo esta perspectiva no entran en consideración los supuestos seres humanos extraterrestres, y, en consecuencia, el dogma de la Redención no excluye en modo alguno la posibilidad de su existencia.

Finalmente, el dogma de la supremacía de Cristo sobre todo lo creado, tampoco creemos que la excluya. Verdad es que para negarla, a este dogma es al que principalmente recurren los teólogos. Dicen que San Pablo, queriendo explicarnos la supremacía de Cristo por encima de todos los seres creados, nos lo describe como «el primogénito de toda creatura, en el cual fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tanto los tronos como las dominaciones, lo mismo los principados que las potestades; todo fué creado por El y para El. Ante todo existe El, y en El subsisten todas las cosas. El es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia. El es el principio, el primogénito hasta de los muertos, a fin de que reco-

nozcamos que El tiene la primacía en todas las cosas, ya que plugo a Dios que en El se reuniera toda plenitud». Y por eso «El está en los cielos sentado a la diestra del Padre, sobre todo principado y potestad, sobre toda virtud y dominación, y sobre todo cuanto existe, no sólo en este siglo, sino también en la eternidad. Todas las cosas han sido puestas debajo de los pies». (Col. 1, 14-20; Eph. 1, 20-23.)

En esta descripción tan detallada, en la que el Apóstol menciona hasta los distintos órdenes angélicos, no hubieran faltado las especies humanas que se supone pueblan los astros, si en realidad existiesen. Tanto más cuanto que ellas, por su naturaleza y por los dones sobrenaturales que pudieran haber recibido de Dios, se hallarían en una relación de fraternidad con nosotros, incomparablemente más estrecha que la que podemos tener con los ángeles.

Con todo, los mismos autores de este razonamiento reconocen que, aun siendo muchos los misterios que el Señor se ha dignado manifestarnos, pero que son muchísimos más los secretos de su Providencia, de sumo interés para nosotros, que pudo haberlos revelado y no los reveló. Así que subsiste en pie la sola posibilidad de seres humanos extraterrestres. Si existen están fuera de este orden de la Providencia a que se refieren nuestras fuentes

de la Revelación. Dios habría concebido y actuado para ellos un plan de fines y medios proporcionados y convenientes a su ser, pero distinto del nuestro. ¿Qué plan sea éste? No lo sabemos, y, por consiguiente, sólo nos queda aventurar algunas hipótesis posibles, en consonancia con las verdades que nos son conocidas.

Finalmente, la opinión de un filósofo: el padre Pedro Messguer, doctor en Filosofía, secretario de redacción de la revista «Razón y Fe», autor de varias obras filosóficas traducidas a casi todos los idiomas.

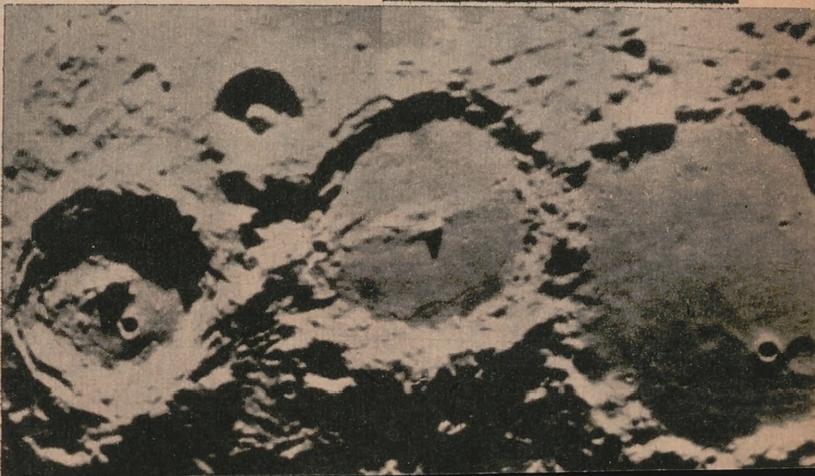
—Filosóficamente, ni a la Metafísica ni a la Cosmología repugna la probabilidad de la existencia de unos seres humanos habitantes de otros mundos. No existen pruebas científicas positivas, pero de ello no podemos deducir la negación de la posibilidad.

Ante el problema, ahí queda clara la opinión autorizada de cinco teólogos y un filósofo. Una vez más, como siempre, no existe contradicción alguna entre la Revelación y la Ciencia.

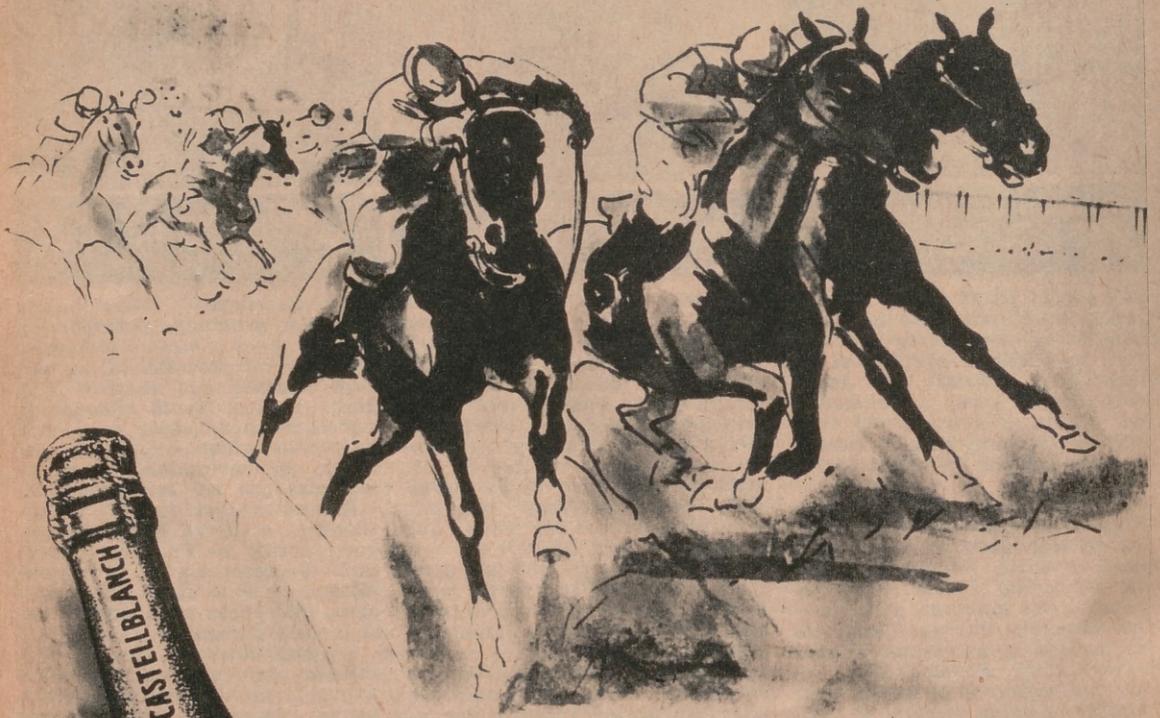
Entretanto, la aventura y el misterio quedan pendientes de la sabiduría y de la intrepidez del hombre de la Tierra.

Ernesto SALCEDO

La cara de la Luna hasta ahora sólo al alcance de nuestros telescopios



Gama



Solo uno puede
ser el primero
Castellblanch

PRESENCIA DE ESPAÑA EN IFNI



En veintitrés años, Sidi Ifni se ha convertido en una moderna población

LA HISTORIA Y LA VIDA DE NUESTRO ENCLAVE ATLANTICO



El camello y el avión. Fuerzas nómadas del Territorio, en un aeropuerto

ERA exactamente el día 6 de abril de 1934. En los primeros meses de este año las tropas francesas se habían acercado victoriosas a nuestro territorio y estimulaban a los españoles a decidirse seriamente por su inmediata ocupación. La misión había sido encargada a un hombre audaz, inteligente y profundo conocedor de los indígenas. Era el entonces coronel Capaz. El coronel se

trasladó a Cabo Juby, desde Tetuán, donde desempeñaba el cargo de delegado de Asuntos Indígenas, y, tras una conveniente preparación política, desembarcó en la costa de Sidi-Ifni el día 6 de abril de 1934.

La ocupación en sí no tuvo dificultad alguna. Fueron los indígenas los primeros en alegrarse de la presencia española en aquellas tierras. No se disparó ni un

solo tiro. «Mi casa es tu casa», solían decir los nativos al coronel cuando éste, a poco de desembarcar, comenzó a visitar a los notables del país.

Si militarmente no fué la ocupación un acontecimiento digno de mayor atención, sí lo fué en el aspecto de las penalidades sufridas por la escasez de medios en los primeros días. La barra que defiende la costa dificultaba ex-

traordinariamente las operaciones de desembarco. Por otra parte, el Gobierno de la República retardaba el envío del dinero necesario para pagar los primeros gastos, y hasta tuvieron los oficiales españoles que pagar de su bolsillo a los voluntarios trabajadores indígenas que se aprestaban, a toda prisa, a acomodar un mediano campo de acortijaje, ya que las primeras tomas de tierra revistieron gran peligrosidad. La comida era escasa y fué la tierra seca y pelada el único colchón de las tropas del coronel Capaz. Sin embargo, todo se sobrellevó con alegría.

Después de estar ocupado todo el territorio en marchas seguidas y penosas, que pusieron de relieve la perfecta forma de la inolvidable mehala de Gomara, a la que pertenecían dos tabores que desembarcaron, se empezó la labor de instalación.

A los tres meses funcionó aquello con tal normalidad que eran los mismos soldados los primeros sorprendidos al ver el orden y la paz que habían seguido a la ocupación. A los seis meses se tenía completado hasta el censo individual y la vacunación. La actividad de Capaz rayó en la de sus mejores días. La figura del coronel a caballo se hacía cada día más simpática. Otras veces ocurrían el territorio en aquellas frágiles avionetas de que pronto se dispuso. Su primer acierto fué el desarme preventivo, al que los indígenas respondieron con perfecta sumisión, sin que se diese un solo caso de desobediencia. Las armas eran traídas por caballos y por notables al castorio de Amesdog.

La ocupación de Ifni tuvo una sola dificultad: la que quiso poner la naturaleza abrupta y mal recordada de sus costas acantiladas y de su mar peligroso.

EL MONTE MAS ALTO DE IFNI

La Confederación Ait Ba Amarrán, hoy conocida por Territorio de Ifni, se encuentra situada en las últimas estribaciones del anti-Atlas, que van a morir al Atlántico por el lado de Poniente y al gran desierto por la parte del Mediodía, frente al archipiélago español de las islas Canarias. A 1.761 kilómetros cuadrados alcanza su superficie, y los límites de su totalidad, según el Convenio de 1912, podemos considerarlos de este modo: «Al Norte, el Uad Bu Sedra, desde su nacimiento; al Sur, el Uad Nun, desde su desembocadura; al Este, una línea recta que diste aproximadamente 25 kilómetros de la costa.»

Esta costa se caracteriza por una línea continuada de acantilados de 50 a 70 metros, a todo lo largo del litoral, con la única excepción de sus pequeñas playas formadas en la desembocadura de algún río. Su arribamiento uniforme de Noroeste a Sureste, la persistencia con que sopla el viento del tercer cuadrante y otras circunstancias motivan un violento oleaje que, produciendo considerables rompientes, hacen la costa casi inabordable. Y éste era el único enemigo que tuvieron que vencer los soldados del coronel Capaz, ayuda-

dos del esfuerzo de los baamaranis.

Como las costas es el suelo de Ifni. Accidentado y montañoso, como corresponde a su situación en una estribación del anti-Atlas, con valles abruptos formados por arroyos de aspecto torrencial que han ido labrando laderas bien pronunciadas. A partir de la costa se elevan, en forma de gradearía, dos macizos montañosos paralelos a ella y orientados sensiblemente de Norte a Sur, en el primero de los cuales existen alturas máximas de 500 metros, llegando en el segundo a los 1.250, como sucede al Yebel Bu Mesquidan, máxima altitud del territorio.

La hidrografía ifneña no está representada por grandes y caudalosos ríos. Son más bien torrenteras, por donde sale al mar el agua que traen a estas tierras las escasas épocas de lluvias. Tan sólo el Uad-Ifni y el Uad-Assaka podrían merecer el nombre de ríos. En cuanto al clima, poco se diferencia del que goza el archipiélago canario. Hay escasa oscilación en la temperatura diaria y poca diferencia entre las máximas y mínimas anuales, que no bajan de los 12 ó 14 grados en los meses más fríos, ni superan los 30 en los más calurosos. Sólo habría que exceptuar los días en que sopla el «orifi», viento del Sur, en que se pueden sobrepasar los 48 grados en la costa y aún mayores temperaturas en el interior.

Tiene el territorio la vegetación típica de la región atlántica del sur marroquí: el arganero, principalmente; algunos olivos y una variedad de zumaque pueblan las laderas bajas. Se ven por la región meridional principalmente bancales muy bien preparados, en los que se cultiva la chumbera, cuyo producto se denomina en nuestra Andalucía higo chumbo o higo moro, y allí «carmús del nezara», higo de los cristianos. Es curioso cotejar una y otra denominación, según el país que la emplea.

La palmera, ese árbol del Sur, sólo se halla raramente en los lugares de los pozos, formando pequeñas agrupaciones. Por excepción, pasados los montes, en el extremo Sureste del territorio, se halla en alguna abundancia reunida, a lo largo del valle de Ugrú, formando un pequeño oasis, de grato frescor, con agua de manantiales y abundantes huertas. Desde allí, hacia el Sur, se presagia el desierto, con sus horizontes dilatados, de luz cegadora, lejanías rumbosas de arena en suspensión, sin perfiles de viviendas, sin más siluetas que alguna duna o un rebaño de dromedarios que va a beber a los pozos.

LOS TRES GRUPOS DE BAAMARANIS

Cerrado o casi cerrado, tanto por los caminos del mar como por los de tierra, fué siempre como un islote dentro del país berebere. Poblado por tribus nómadas de bereberes puros (los gétulos de Salustio en la guerra de Yugurta) fueron éstas sedentarizándose en el transcurso de los años y aunque entre ellas existiesen discordias interiores, terminaron por unirse para hacer frente al ene-

migo exterior y se mantuvieron, a través del tiempo, confederados, conservando el dialecto bereber muy puro y siendo islamizados muy superficialmente cuando llegaron del Este los árabes invasores.

Así continuaron más tarde, conservando su unión ante el peligro de dominio de los Sultanes marroquíes, que llegaron a realizar diversas incursiones en el país; pero que jamás lograron captarse o someter a las tribus del territorio, las cuales habían formado el bloque o confederación llamada de Ait-Ba-Amarrán.

La aludida sedentarización es relativamente reciente, pues aun hoy hay tribus que mantienen su carácter si no nómada sí trashumante, a lo cual se deben las fluctuaciones de población del territorio y principalmente de su capital.

Entre los nativos —llamados baamaranis— se distinguen tres grupos lejanos entre sí: «cheloj» (bereberes), árabes, negros y los productos de mezcla entre unos y otros. Los «cheloj» proceden de las distintas cabilas berberófonas del Magreb. Los árabes, nacidos en las llanuras y ciudades, han perdido la pureza idiomática del Oriente, para expresarse con la vulgaridad del árabe marroquí. Los negros y negroides que vinieron de Marruecos en varias ocasiones hablan el idioma según el lugar de procedencia, indistintamente.

La vida de las tribus del territorio de Ifni es de labradores y pastores principalmente. Que Dios tenga a bien enviarles el agua para que ablande la arcilla de sus terrenos de labor y pronto comenzarán las faenas de la labranza, cualquiera que sea la estación del año. El agua se filtrará y se extraerá de los pozos. La lluvia ha hecho brotar pastos para el ganado vacuno, y allá arriba, en las laderas, entre los arganeros las cabras y las ovejas apacientan durante el día.

Cuando llega la época de la cosecha, la aceituna y el arganero dan su fruto para el aceite. De la parte carnosa de la aceituna se obtiene el aceite fino. Pero en el arganero es el hueso el que hay que triturar y moler para obtener un aceite ácido, espeso y fuerte, que es el preferido por los indígenas para sus guisos.

La organización social es muy parecida a la de otras tribus de distintas partes africanas. No existen los grandes caides que existen en el Atlas, sino que cada tribu tiene su autoridad gubernativa o amegar, nombrada por designio de la yemaa o asamblea de principales. El amegar designa a sus subalternos o ánfalis que no tienen autoridad delegada suya, sino que son simplemente mandatarios para hacer cumplir lo que proceda. Algo así como alcaldes pedáneos.

El amegar entiende en todos los asuntos gubernativos de la tribu, y en los judiciales en muchos casos, ya que estas tribus están islamizadas y solamente de un modo superficial, y el derecho coránico no es el que rige en el país con carácter exclusivo, sino que en muchos casos el que predomina es el derecho consuetudinario o de costumbre, que si no se halla en pugna con el coránico sí es dis-

tinto en la apreciación y aplicación de las penas o sanciones en casi todos los casos. Y este derecho consuetudinario es la autoridad gubernativa la que lo ejerce y aplica.

Este derecho de costumbre se halla recopilado en cánones que son análogos en unas y otras cábilas, si bien difieren algo en detalles ligeros. En general se puede decir que el derecho consuetudinario es más suave en las penas que el coránico, y a pesar de ello más eficaz.

En materia religiosa, las gentes son observantes y cumplidoras de las reglas de oración y ayuno, así como en el pago de la limosna religiosa del azaque (un tanto sobre el ganado) y diezmo de la cosecha obtenida, que son dados para mantenimiento del culto, quedando el sobrante para el Gobierno. Pero es curioso hacer constar que, a diferencia del resto de Marruecos no existen en el territorio de Ifni los bienes habices o bienes de la Iglesia procedentes de donaciones particulares. Tampoco los santuarios tienen bienes legados.

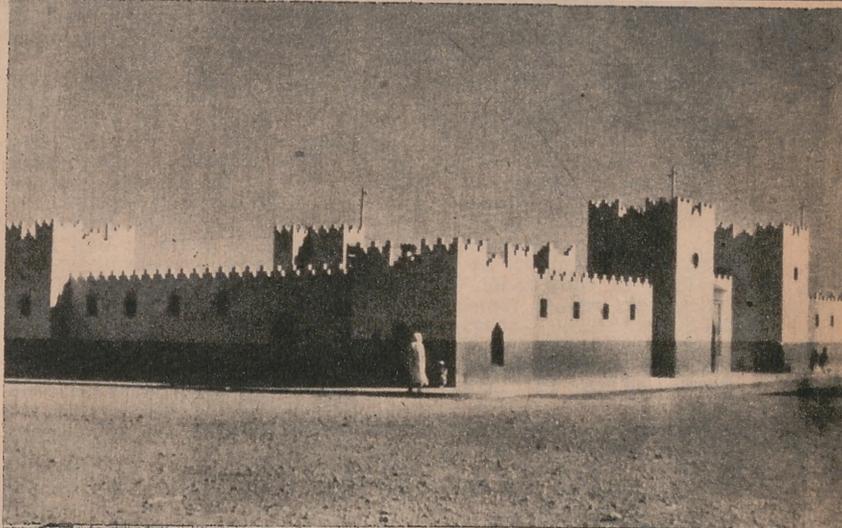
Cuando procede hacer reparaciones de una mezquita o construir una nueva se recurre a la prestación personal para el peonaje y a dar un tanto por familia para adquisición de materiales y pago de albañiles. Pero nadie deja al morir bienes para la mezquita sino que todo va a los herederos.

La vivienda, en el territorio de Ifni, es del tipo alcazaba. Cuatro muros de tapial, flanqueados por dos o cuatro torres también de tapial, y paredes trapezoidales, que dan lugar a bases más anchas formando la torre un tronco de pirámide, cuadrangular de bella traza.

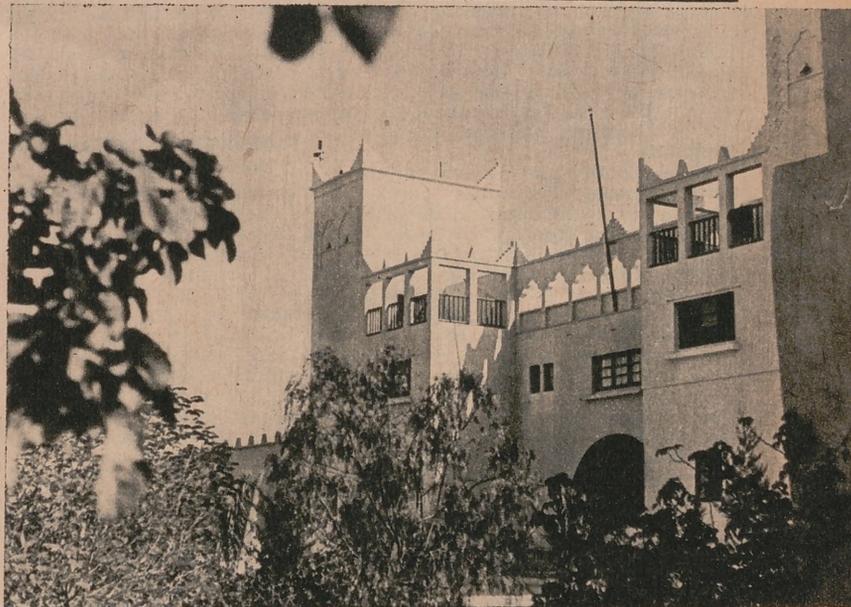
El vestido de los hombres en Ifni es bien sencillo. Ropas internas de algodón de color blanco, amplios camisones, zaraguillos y túnicas con mangas perdidas. Como prenda exterior, un albornoz o *suljam* de lana o mezcla de lana y algodón de color generalmente blanco. Su tocado, un amplio turbante, blanco también.

Cruzando la túnica, uno o dos cordones, de los que penden la bolsa de cuero y la gumiá, arma a que son muy dados en el país, en donde se hacen magníficas gumiás con funda de plata, rica y finamente labradas, acaso las más bellas de todo el Sur marroquí. El calzado, la clásica babucha de puntera alargada.

La mujer viste también de blanco en las tribus del Norte, pero en la de Esbuia, la más meridional, llevan ya el jaique de color azul oscuro, como las mujeres del desierto. Con el jaique se cubren apenas la cabeza, pues el rostro tienen tendencia, como todas las mujeres bereberes, a llevarlo descubierto. Es frecuente ver por los caminos mujeres de bella traza, esbeltas, de rostro oval, grandes ojos negros y tez un poco cobriza. Sus alhajas consisten en pulseras bereberes de plata esmaltada, con salientes a modo de grandes clavos. Diademas y broches para sujetar el jaique también de plata esmaltada. Collares de cuentas y pedrería tosca completan el atuendo, muchas de



Dos modernas edificaciones de Sidi Ifni: un grupo escolar y el mercado



La oficina de Tiugá, en el Territorio de Ifni

ellas ceñidas a los tobillos con dos pesadas ajorcas de plata.

SEIS SIGLOS DE HISTORIA

La presencia de España en la costa occidental del continente africano, en la parte que hoy ocupa el territorio de Ifni, se puede remontar al siglo XIV, cuando el

Santo Padre Clemente VI, en su Corte pontificia de Aviñón, dió la investidura de Rey de las Afortunadas al infante de España Don Luis de la Cerda, castellano descendiente por línea directa de Alfonso X el Sabio, Don Luis de la Cerda no llegó a posesionarse de sus Estados, y tan pronto como se inició la conquista de las islas Ca-

narias, en el siglo XV, se pensó en la conveniencia de establecer una cabeza de puente en la costa occidental del Continente vecino que sirviera de base a futuras empresas y a la expansión comercial del archipiélago.

Así lo debió comprender Diego García de Herrera, señor de las Canarias, quien paralelamente a la conquista de estas islas realizó una expedición a la costa de África en 1476, estableciendo la fortaleza de Santa Cruz de Mar Pequeña.

El triunfo de nuestras armas en la guerra de 1860 con Marruecos nos permitió reivindicar nuestros derechos sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, perdida algún tiempo después de la gesta de Diego García de Herrera. Y en el tratado de paz y amistad que fué firmado en Tetuán el 26 de abril del mismo año, Marruecos concedía a España a perpetuidad lo que hoy conocemos con la denominación de territorio de Ifni.

En el Tratado a que nos referimos no se precisaban ni la situación ni la extensión del territorio concedido, y aunque a partir del momento de su firma procuró España con tenacidad incorporarlo a su dominio, no resultaba fácil su consecución por las dificultades que el representante del Sultán Muley-el-Abbas oponía, pretextando que se trataba de un territorio donde la autoridad del mismo era más ficticia que efectiva.

Aunque no tardó España en nombrar su Comisión y designó un barco de guerra (el «Vulcano») para transportar a ambas Comisiones, la designación de la Comisión marroquí se fué retrasando por los motivos aludidos, siendo aprovechada esta demora para gestionar reiteradamente del Gobierno español la rescisión de nuestros derechos. Sólo cuando el embajador del Sultán en España, Si Addelem el Susi, llegó a convencerse de lo inútil de su pretensión pudo, al fin, conseguirse que la Comisión marroquí fuese designada.

En el «Blasco de Garay» partieron ambas Comisiones para efectuar un reconocimiento de la costa africana fronteriza a Canarias y determinar la situación de nuestra antigua fortaleza, que dió por resultado la elección de Ifni como el lugar más probable de su anterior establecimiento. El acta que como consecuencia se redactó, y que fué firmada por todos los comisionados, resolvía el problema de su situación, identificando a Ifni como Santa Cruz de Mar Pequeña.

La circunstancia de existir restos de varias fortalezas entre Agadir y Cabo Juby, que fueron levantadas durante la época en que estuvimos establecidos en la costa mencionada, complicaba y dificultaba los trabajos para la determinación exacta de la verdadera situación de Santa Cruz de Mar Pequeña.

Unos situaban el lugar en la desembocadura del Sus; otros, en la del Chevica, y no faltaban quienes la suponían en Puerto Cansado, por considerar a este accidente geográfico, en su acepción de Mar Chica o Mar Menor, el que justificaba la denominación de Mar Pequeña. Sobre todas es-

tas opiniones dispares, el criterio de los componentes de la expedición en el «Blasco de Garay», por el ser el oficial y estar aceptado por ambas partes, fué el que tuvo que prevalecer.

En diversas ocasiones procuróse después la ocupación efectiva de nuestro territorio, cuya situación había quedado ya determinada; pero tanto cuando se proyectó realizar con fuerzas enviadas a Tenerife para ser embarcadas a bordo de «La Ligerera», como cuando se confió un nuevo intento al general Burguete, en 1911, hubo que desistir de tales propósitos por motivos de los que nunca se dió clara explicación.

El Convenio fijando la respectiva situación entre Francia y España en Marruecos, firmado en Madrid el 27 de noviembre de 1912, establece en sus artículos tercero y cuarto:

«Art. 3.º Hablando concedido a España el Gobierno marroquí, por el artículo octavo del Tratado de 26 de abril de 1860 un Establecimiento en Santa Cruz de Mar Pequeña, queda entendido que el territorio de este Establecimiento tendrá los límites siguientes: Al Norte, el Uad Busedra, desde su desembocadura; al Sur, el Uad-Num, desde su desembocadura, y al Este, una línea que diste aproximadamente 25 kilómetros de la costa.

Art. 4.º Una Comisión técnica, cuyos individuos serán designados en número igual por los Gobiernos español y francés, fijará el trazado exacto de los límites especificados en el artículo anterior. En su trabajo la Comisión podrá tener en cuenta no sólo los accidentes topográficos sino también las contingencias locales. Las actas de la Comisión no tendrán valor ejecutivo sino después que las ratifiquen ambos Gobiernos. Sin embargo, los trabajos de la Comisión antes prevista no serán obstáculo a la toma de posesión inmediata por España en su establecimiento en Ifni.»

VEINTITRES AÑOS DE ACCIÓN ESPAÑOLA

Sin embargo, no es hasta abril de 1934 cuando España decide llevar a efecto la natural ocupación de un territorio que históricamente le pertenece.

Lo población del territorio de Ifni cuenta hoy con más de cuarenta mil habitantes, de los que 39.868 son indígenas y el resto metropolitanos. Sidi Ifni, capital del territorio y su principal núcleo urbano, alcanza un número superior a los diez mil habitantes. Cuando desembarcó en Ait-Ba-Amarán el coronel Capaz, el paraje donde se levantaría la ciudad tenía por toda edificación cinco casas de tapial albergando Amedog. Algo más de dos decenas de años de acción española han sido suficientes para que se haya levantado una moderna ciudad que, en la mayoría de sus aspectos urbanos y servicios públicos nada tiene que envidiar a cualquier otra ciudad de análoga base y población.

Y la acción de España se extendió más tarde en favor de todas las actividades humanas: la agricultura, la industria, la ganadería, la pesca, el comercio, las comunicaciones, la sanidad, la en-

señanza, la organización política y administrativa. Todo fué naciendo de la nada al impulso creador de España. Treinta mil ciento veintiocho hectáreas son hoy perfectamente cultivadas en las zonas del territorio. De ellas, 928, dedicadas a hortalizas y tubérculos; 450, al maíz; 3.550, al trigo, y 25.200, al cultivo de la cebada. La agricultura fué ganando terreno a la dedicación casi exclusiva del pastoreo. Hoy existen servicios agrícolas oficiales montados con la más moderna técnica; cultivos transformados en regadío, campañas de poda, prestación de maquinaria, enseñanza agropecuaria, instalaciones de riego con motores eléctricos y motores de explosión que han sucedido a las antiguas norias de carriles tiradas por yeguas. La ganadería se ha visto reforzada con establecimientos oficiales de remonta y cría caballar, con granjas pecuarias que dirigen e informan los servicios de ganadería.

Las industrias van desde las dedicadas a la construcción hasta las de electricidad, pasando por fábricas de licres, fábricas de pastas de sopa, de helos. El transporte se ve favorecido con 233 vehículos a motor mecánico en circulación, según estadística correspondiente al año 1955. Lo que en el año 1934 era un campo de difícil aterrizaje para una pequeña avioneta se ha convertido hoy en el aeropuerto de Sidi Ifni, del que, en el año 1955, entraron 210 aeronaves, con un total de 1.449 pasajeros, 2.960 kilogramos en correos y valijas y 36.000 kilogramos de mercancía.

A finales del año 1955 existían en el territorio de Ifni seis centros asistenciales de Sanidad y Beneficencia, correspondientes a las seis ciudades principales. En el mismo territorio ha sido la cultura, la enseñanza primaria, media y profesional uno de los objetivos alcanzados por la acción de España en estos veinte últimos años. Hoy los niños indígenas o europeos que habitan el territorio tienen todos sus centros de enseñanza. Cinco escuelas, dos de ellas graduadas, abren sus puertas a niños y niñas españoles e indígenas, con un total de quince maestros. Para la enseñanza media existe el centro oficial de Sidi Ifni, con un total de 14 profesores y 169 alumnos de las dos razas. La enseñanza profesional se encuentra asistida por la Escuela de Artes y Oficios, regentada por 14 profesores y maestros de talleres, Bibliotecas públicas y centros para actos culturales completan el plano de la enseñanza y de la cultura en el territorio de Ifni.

En el año 1951 la Hacienda española destinada 59.850.000 pesetas para los trabajos que se habían de realizar en futuras obras públicas. Para que resultase más cómoda y flexible esta aportación, la Hacienda iría aportando esta cantidad en un periodo de siete años.

Veintitres años ahora de la presencia de España en el territorio de Ifni. Veintitres años de acción. Las obras ahí están, claras, a la vista.

E. LINDELL



TEATRO CHINO: COLOR SIMBOLO Y EMOCION

POR PRIMERA VEZ EN ESPAÑA REPRESENTACIONES
ORIENTALES DE HACE MILES DE AÑOS

EL MONTE FA-HAI, LA SERPIENTE
BLANCA Y LAS MANOS DE HSU-LU

LA función comenzaba a las once de la noche, pero yo llegué al teatro de la Zarzuela a las nueve y media dadas, por aquello de meter la nariz en todos los sitios donde se pudiera encontrar algo curioso.

Realmente, la civilización china, tan diferente a la nuestra, había de jugar en el estreno un papel medio misterioso, y acaso la mayor parte de las cosas pasarían inadvertidas para nuestra mentalidad de occidentales.

A las nueve y media Tamayo, rodeado de una docena de chicos, se volvía loco intentando preparar el escenario a gusto de los actores. Los tramoyistas colocaban una alfombra roja en el tablado, una alfombra bastante gruesa, pero los chicos se miraban

ban, murmuraban entre sí, movían la cabeza de un lado a otro, y protestaban.

Tamayo estaba solo, luchando contra un idioma que no conocía. Miraba a los demás y preguntaba:

—Pero... ¿Qué es lo que quieren?

Chapete, el regidor, hombre pequeño, activo, que se sabe de memoria todos los trucos, se llevaba desesperado las manos a la cabeza.

—¡Yo qué sé!... ¿Cómo voy a saberlo?...

Los que estábamos allí, muy pocos, intentamos echarles una mano y fuimos por los grupos preguntando a los actores si hablaban francés o inglés. Nada. Ellos a lo suyo, a hablar en chino. Y uno de los actores cogía con las manos la alfombra, miraba a Tamayo y seguía dándole a la lengua.

—¡Madre mía! Pero... ¿qué es lo que quieren estos hombres?

Lo que querían quedó claro más tarde, cuando llegó el intérprete. Resulta que en el teatro chino hay una gran parte de números acrobáticos en los que los actores se dedican a dar saltos mortales, y, claro, aquella alfombra no era lo suficientemente espesa para arropar las caídas. Y la petición de otra más gruesa era incesante. Tan incesante que Tamayo se enfada.

—Eso hay que traerlo de China, amigos. Cuando yo voy a París con mi Compañía, me llevo hasta los clavos.

El intérprete mira un poco asustado a Tamayo y le asegura que no traduce eso. Como el ambiente está desquiciado, pues nadie entiende a nadie y aquello parece una torre de Babel, le pregunta a Chapete dónde está el director.

—El director no existe.

—¿Cómo no va a existir, hombre?

—Que no existe, vaya. ¡Me lo vas a decir a mí!... Ha venido un día nada más... A eso lo llamo yo no existir.

Siguen las parrafadas inútiles, los movimientos de manos, las protestas, los ruidos. Siguen las exclamaciones de Tamayo que repite como si fuera un disco de esos que oímos cuando llamamos a un número telefónico ya viejo:

—Pero... ¿qué diablos dicen?...

Subimos hacia los camerinos, porque recibimos el chivatazo de que anda por allí el señor Eduardo Wu, de la Embajada China en Madrid, y en este ambiente, un intérprete particular es un tesoro inmenso.

EL MAQUILLAJE, PIEDRA DE TOQUE DEL ACTOR CHINO

Falta, ya lo he dicho, más de una hora para que comience la representación. Sin embargo, en los camerinos, ya están en plena faena los actores. Resulta asombroso verlos caracterizarse. Estoy ahora en un camerino de nombres. En primer lugar, destaca su manera de pasarse el pincel por el rostro, la paciencia, la suavidad, el cuidado. No miran a nadie; sólo tienen ojos para sus espejitos individuales, espejos importados de América que llevan la



Durante la representación, los actores se acercan al fondo del escenario y beben té. Es asombrosa la cantidad de líquido que ingieren. Teatro oriental, misterio

fotografía de una artista de cine en el reverso.

El actor se pone una venda atada a la cabeza por encima de la frente, como si se tratara del pañuelo de los baturros; inmediatamente después se pinta la cara totalmente de blanco. Esta pintura blanca es el resultado de miles y miles de años de experiencia, y ha sufrido casi millares de pruebas, pero con ella se consigue preservar totalmente a la piel de las posibles consecuencias de las demás pinturas que luego se ponen los actores en la cara. Porque, efectivamente, tras el color blanco, llegan las franjas verdes, las rojas, las negras, las azules.

En el teatro chino, eminentemente simbólico, el color, la caracterización, tiene una tremenda importancia, debido a que los colores definen los caracteres y sitúan los personajes. Así, un actor con la cara pintada de blanco es un traidor; un rostro pintado de negro representa a un hombre honrado y leal, aunque de mal carácter; un rostro morado indica un hombre íntegro y honorable. Y no termina aquí la cosa, sino

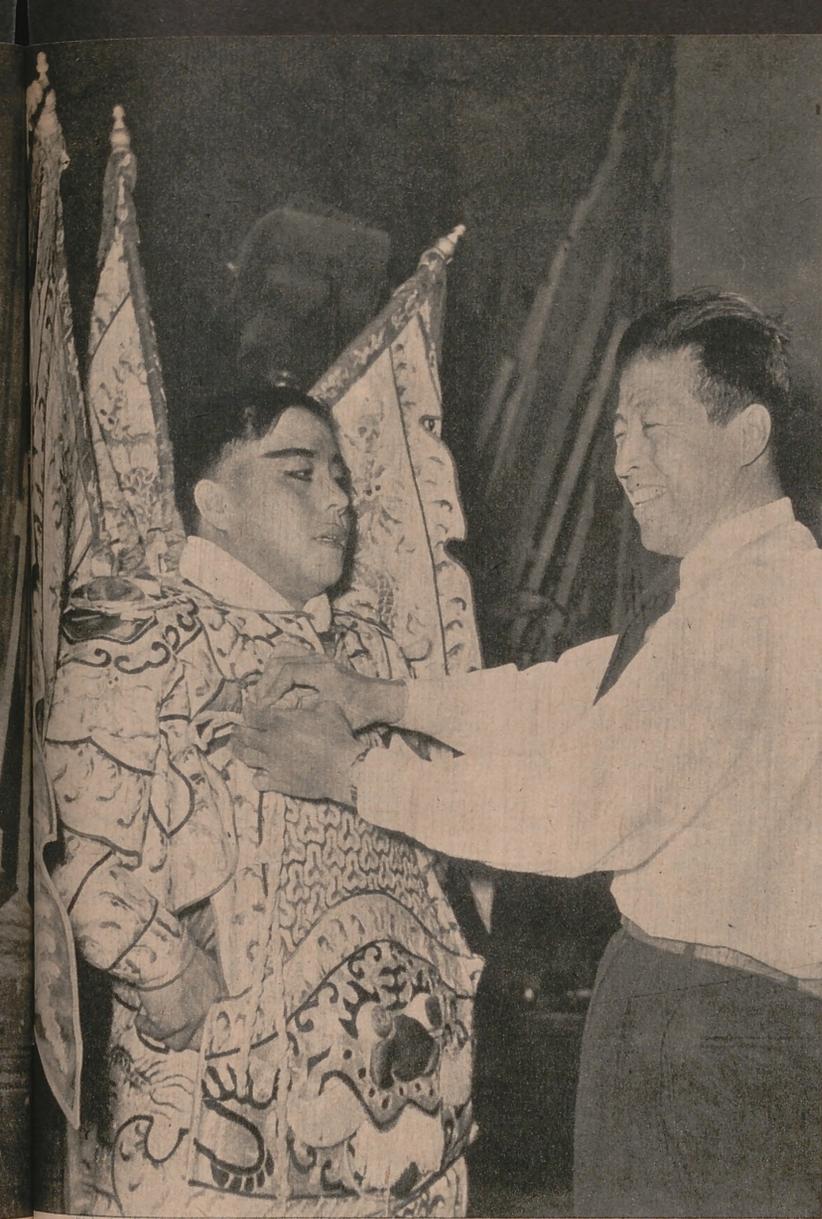
que cada color va alejando a personajes y concretando al que se pinta, y cuando termina, el público chino ya sabe que es tal o cual general, famoso en el teatro milenario de los orientales.

Por eso, la operación del maquillaje tiene tanta importancia, que una de las máximas del teatro chino es aquella que afirma que si un actor comete el más pequeño error en su maquillaje puede perder su prestigio y su fama.

Llega don Eduardo Wu, y los explica más cosas. Nos dice que los personajes de las obras del teatro chino, tienen una cara fija, bien conocida por los verdaderos aficionados, de tal forma, que al salir un actor a escena, el público ya conoce todas sus reacciones y todo lo que se refiere a su psicología particular, con lo cual se logra lo que se pretende suprimir la presentación y entrar de lleno en la acción.

Los actores siguen pintándose y nosotros aprendemos la primera palabra en chino de nuestra vida.

—«Sie, sie nye». («Muchas gracias.»)



Todo es simbólico en el teatro chino. He aquí a un general de alto rango, que queda definido por sus cuatro banderas a la espalda. Vease el barroquismo del vestuario

Llegamos al camerino de las mujeres. Una de las principales artistas, la señorita Hsu Lu —yo diría que no llega a los diecisiete años, pero vaya usted a saber—, bellísima, está preparando minuciosamente su maquillaje. El señor Eduardo Wu, nacido en Shanghai y hombre magnífico para el periodista, nos deja al lado de su esposa para que ella nos vaya explicando este complicado arte del maquillaje al que nuestro teatro no le da sino una importancia relativa.

Hsu Lu se mira en dos espejos; en el grande del teatro y en uno que pone cerca de su pecho y que forma un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Tiene ante sí una gran caja de flores de trapo, otra caja con abalorios y sobre la tabla hay no menos de diez o doce frascos de pintura.

Todas las mujeres chinas se pintan más o menos igual, con rostro único, a diferencia de las cara de los hombres, todas diferentes. Las mujeres se ponen primero la pintura blanca protectora; después los pómulos y la

mandíbula se pinta de rojo de forma que queda una franja vertical blanca, que atraviesa la nariz y la boca. Lo curioso del caso es que la pintura roja se va difuminando antes de encontrar la blanca y no se puede decir dónde comienza una y dónde termina la otra. La actriz china alarga aún más sus ojos con retoques negros.

Lo que más sorprende al observarlas en la operación del maquillaje es la terrible inmovilidad de sus ojos. Hay en ellos algo de éxtasis, de indiferencia a lo que les rodea, pero al mismo tiempo tienen una humildad inmensa, porque en cuanto se las mira dejan caer los párpados y la cabeza se inclina hacia el suelo.

La señora Wu me dice que las clases sociales y de tipos se distinguen en las mujeres no por la pintura, sino por el traje, por el peinado y por los zapatos. Por estas prendas el espectador conoce de inmediato a la mujer buena, a la infame, a la chistosa, a la pobre, a la rica. Como regla general la actriz china calza zapatitos en la punta de los pies y anda de puntillas. Y los dat s



Tres de los seis componentes de la orquesta. Los hombres parecen vestidos para una función religiosa



Espadas de las más diversas formas presentan la imaginación de esta milenaria civilización

que orientan al público en el vestuario chino son los siguientes: Los altos funcionarios y los miembros de las clases dirigentes llevan largas túnicas, mientras que los de las clases inferiores visten casaca corta y pantalón. Un general de gran categoría lleva cuatro banderas en la espalda. El rey lleva rico atuendo de seda amarilla con dragones bordados; los mendigos visten también de seda, pero hecha jirones y con remiendos. En cuanto a las mujeres, la joven que lleva un rollo de seda encarnado, significa que ha emprendido un largo viaje o que tiene mucho dinero.

Hsu Lu lleva ya empleados sus veinte minutos en ir sacando mechones pequeñísimos de pelo y colocándoselos sobre la frente estilo flequillo. Pasma la calma, la paciencia con que va sacando pelo tras pelo y ordenándolo en la frente. Por otra parte su maheña le llega casi hasta los pies. La lleva suelta, al aire, perfectamente peinada. Su nariz y su barbilla quedan asombrosamente blancas y contrastan con sus labios rojos y sus mejillas rojas.

Como esto va para largo, pues cuando creemos que Hsu Lu ha terminado, la señora Wu nos advierte que apenas ha comenzado a maquillarse, nos vamos en busca de la orquesta que, por lo visto, también está llena de cosas raras.

SEIS INSTRUMENTOS DESCONOCIDOS

Vistos de lejos, los miembros de la orquesta parecen seis sacerdotes. Llevan una larga sotana negra, de la que sobresalen los immaculados puños blancos. Tienen algo de místico, de solemne.

Voy a ir describiendo, si me es posible, los seis instrumentos únicos de los que se compone la orquesta.

El violín es extraordinario. La caja de resonancia no existe, quiero decir, no se parece en nada al violín que conocemos. Abajo hay una especie de cubilete de dados exagonal (caja de resonancia). De su centro parte un palo vertical, de medio metro de largo, que termina en dos tablas verticales. Por el palo se arrastran las tres cuerdas. Y esto es todo. El sonido del violín es especialísimo.

Luego llegan una especie de castañuelas que al tocarlas producen un ruido muy parecido a lo que Lorca llamó escarabajo sonoro. Son dos tablas alargadas, gruesas por los extremos y estilizadas por el centro.

El tercer instrumento es como una boquilla de cigarrillos gigantesca, que termina en un material brillante. Luego está el tambor que no es sino una pieza de cobre, como una sartén sin mango. Después el bombo, al que se toca con dos palillos tan estrechos gemelos a los que los chinos, emplean para comer el arroz y, por último, los platillos, muy pequeños, igual que un juguete que compramos a los niños.

Pues bien, con estos seis instrumentos, la orquesta arma ruidos fenomenales, estruendos inconcebibles, y así se lo está diciendo el director a Justo Alonso, secretario de Tamayo. Alonso le mira fijamente y tras una pausa contesta:

—Por favor... Si puede ser no hagan demasiado ruido... Aquí la gente se asusta.

EL JUEGO DE LOS SIMBOLOS

El señor Wu está nuevamente a mi lado. Hay un ajeteo soterrado en el escenario que me asombra un tanto. No hay carretilla, todo el mundo trabaja, es cierto, pero con una calma de otro mundo. Hay casi cuarenta chinos en el escenario y no se les siente. Uno se viste aquí; el otro observa desde allá; el tercero se dirige al montón de espadas y toma una; el cuarto mueve el látigo arriba y abajo, pero el conjunto es armonioso.

—¿Cuántos años tienen estas obras?

—No puede contestarse esta pregunta. Estas obras del teatro chino tienen miles de años; su nacimiento se pierde en la niebla de los tiempos.

Y el señor Wu añade que en China no existen apenas autores actuales, que allí todas las obras que se representan son clásicas. Ciertamente sorprende esto mucho, porque hay que sacar la consecuencia de que, prácticamente, el dramaturgo chino no existe.

El teatro clásico chino exige al actor una serie de sacrificios enormes. Sin ir más lejos, para conseguir la voz de falsete con que los actores cantan se necesita un aprendizaje de no menos de diez años, por lo general. Por otra parte, en las obras apenas existe diálogo; todo es símbolo y canción. El simbolismo se rige por reglas milenarias, y así el teatro chino está capacitado para representar la obra más extraña y complicada sin necesidad de derrochar dinero, porque en el teatro chino no hay decorado. Podríamos decir que los mismos actores forjan el decorado durante la representación. He aquí la forma: Para cerrar una puerta —es decir, para transmitir al público la visión de que el actor cierra una puerta imaginaria— el personaje junta las manos, y para abrirla las separa. Si un personaje sale a escena agitando un látigo adornado con lazos y borlas quiere decir que viene montado sobre un caballo o sobre una vaca; por extensión, sobre un animal cualquiera. Si levanta la pierna, da media vuelta, tira el látigo al suelo o lo pone vertical en el suelo significa que se ha apeado de la cabalgadura. Si un actor corre con las manos puestas sobre la cabeza quiere decir que está cayendo un chaparrón. Un general que corre sin ru casco alrededor del escenario con la cabeza flotando al viento está gravemente herido. Un hombre agitando una bandera puede significar varias cosas: Si tiene pintado un tigre es que va a la guerra; si el dibujo es un pez significa inundación o tormenta. Una respiración entrecortada es signo de embriaguez.

Por otra parte, el teatro chino tiene una dimensión extraordinaria y no respeta ni el lugar, ni el tiempo, ni el espacio, y así es muy frecuente observar que un actor que está interpretando el papel de personaje joven sale al cabo de pocos segundos con barba y con achaques de viejo.

Hay otra cosa verdaderamente curiosa. En muchas ocasiones, un personaje femenino lo interpreta un hombre, y viceversa. Y es digno de ver cómo el público occidental se asombra ante lo perfecto del maquillaje y ante la impecable interpretación de papeles opuestos.

También es costumbre que el actor, en el momento en que pisa el tablado, se adelante a las candilejas, pregone su nombre, explique el papel que le ha tocado en suerte y cuente parte del argumento. Y eso es precisamente lo que está haciendo en estos momentos Marcela de Juan a los espectadores del teatro de la Zarzuela. Marcela de Juan ha publicado una nota sintetizada del teatro chino, que también aprovecho a lo largo de este reportaje.

Poco después comienza la función.

LAS MANOS DE HSU LU

Chapete, el regidor, está que se lo lleva el coraje. El director del Teatro Nacional Chino le habla, pero Chapete no entiende ni jota y se desespera. Se ha alzado ya el telón, la orquesta lanza al aire sus extraños acordes, pero algo grave debe de ocurrir, porque el director chillaba y los miembros de la orquesta protestan.

Lo que pasa es que una parte del decorado amenaza con venirse abajo. La razón es que en escena hay cabriolas, pasos de todo un ejército y el decorado tiembla.

—¡Claro!—bufa Chapete—. No ha habido ensayo general y así no vamos a ninguna parte.

Hay casi cuarenta personajes en escena. Y llega un ruido de cien mil demonios desatados. Por otra parte la orquesta es la locura. Los sonos se van metiendo en la cabeza y la achicharran. Cuatro tramoyistas improvisan equilibrios y sujetan el decorado y lo clavan con el menor ruido. Los demás chinos protestan con gestos por el ruido de los tramoyistas. Los chinos siguen la representación inalterables, pero algo ha cambiado en sus rostros inexpresivos. Hay como unción, como algo religioso, como si estuvieran ante acontecimientos extraterrenales. Es bien natural, dada su psicología.

Al fin se restablece la paz, y entonces nos fijamos en las mujeres chinas que se están vistiendo allá detrás, donde hay todo un muestrario de vestidos exóticos. Las manos de las chinitas han cambiado. Pura, immaculada, la piel de las manos se ha transfigurado. Gracias a un polvo especial sus manos dan la impresión de estar envueltas en guantes de cirujanos cuando intervienen en el quirófano. Son manos ingravidas, etéreas, inmateriales...

Hsu Lu se está muy quietecita mientras un chino le pone una franja de seda finísima sobre los hombros. Esta franja mide exactamente a lo largo 18 pasos milésimos. Tengo la paciencia de contarlos. Después la franja queda a un lado y a otro de Hsu Lu en cantidad igual. Toco la seda. Es finísima. La muchacha no me mira; mira al suelo. Su rostro es impenetrable; da la impresión de que ni siente ni padece. Es milagrosa esta calma. De pronto murmura algo en chino y se aleja y entra en el escenario. Comienza a bailar el número titulado «La diosa de las flores» (Tien nu San Hoa), en la que domina las franjas de forma increíble y crea dos circunferencias perfectas a ambos lados, mientras sus pies se deslizan de puntillas y su garganta emite sonidos tristesísimos. Es un lamento tremendo, poético, desgarrado. Sin embargo, leemos que interpreta el papel de diosa joven que canta y baila entre el viento y las nubes y esparce flores y bendiciones sobre la tierra.

Me vuelve, supongo que como a todos los espectadores, la dolorosa impresión de no comprender casi nada de lo que pasa en escena. Y es que resulta imposible asimilar repentinamente los convencionalismos de años y años.

En el teatro chino, los caracte-

res vienen definidos por algunos detalles mínimos: el que ríe jovialmente en escena es leal; el que ríe solapadamente, es un traidor; la joven damisela que ríe a carcajadas está mal educada; inflar los carrillos moviendo violentamente la cabeza significa que el personaje ha montado en cólera.

Por otra parte, el decorado es simplísimo: una mesa en escena puede representar un Tribunal, un restaurante o el despacho de un funcionario; también un cama. Una silla encima de la mesa representa un trono. Encaramarse en una mesa puede significar subir a una montaña; pero, en general, el que se sube sobre una mesa inspecciona el campo de batalla. Una silla tirada en el suelo, representa un árbol. Un trozo de seda entre dos bambúes es la muralla de una ciudad. Una montaña puede estar representada por una tabla sobre la que se han pintado rocas y árboles. Mientras baila Hsu Lu detrás de la cortina, cerca del almacén de vestidos, los actores se dedican a beber té. Tanto beben, que van cuarenta minutos de representación y ya han liquidado dos gigantescas teteras. Algunos actores pasean llevando letreros chinos cosidos a la espalda. Un chino con barba larguísima fuma en una pipa inglesa, y da no sé qué observar el anacronismo. La pipa es actual, como la que usa la gente elegante. Acaso sea un recuerdo de su reciente viaje. El fotógrafo quiere hacerle una fotografía a una muchacha. Hay un intercambio de palabras inútiles. Al fin, comprende. La muchacha se coloca en pose. Toma con la mano derecha una de las puntas de un chal rojo extiende el brazo, pone el otro en jarras y se queda inmovilizada, de piedra diría yo.

Antes de salir al escenario los actores meten los pies en una caja que tiene como arena blanca y frotan la suela del mismo modo que cuando sube el equilibrista de circo al alambre.

Chapete sigue loco, el hombre.

—¡Pregúntale al director cuánto hay que apagar la luz!

—¿Y cómo se lo pregunto, si no sé el chino?

Los tramoyistas no tienen trabajo, pero el poco que les encomiendan organizan follones enormes. Nadie comprende nada.

LA SERPIENTE BLANCA Y EL MONJE FA-HAI

«En China hay una serpiente blanca que pasa miles de años en la montaña. Un día ocurre el milagro de que se convierte en simple mortal, en una bella muchacha. Según baja hacia países habitados encuentra una serpiente negra que se convierte también en muchacha, y que desde ese momento es su criada. Bajan las dos al mundo de la gente. Lluève. Encuentran un oficial, Siu-Sien; se hacen novios, se casan. Un día, en una fiesta que se celebra el 5 de mayo, en donde hay danzas y bailes antiguos, la serpiente blanca bebe vino y otras cosas para alejar la adversidad y vuelve a su forma de serpiente. El marido se da cuenta de que no es una muchacha verdadera y se desmaya. Luego huye de su



Un actor entregado a la operación del maquillaje. En la mano, un anacronismo: un espejo con una actriz de cine que triunfa actualmente en las pantallas

lado por consejo de un monje anciano, Fa-hai. Se refugia en el monasterio de Fa-hai, el templo de la Montaña de Oro, situado en la cima de la isla de Río Grande. La serpiente blanca sube al templo en busca de su marido, ya convertida de nuevo en mujer. Fa-hai, sin hacer caso de los patéticos ruegos de Siu-Sien, no le deja marcharse; la maga hace intervenir a los genios del río (tortuga, cangrejo, langosta, mejillón), y el río crece e inunda el templo.

Pero Fa-hai también tiene grandes poderes mágicos, y éstos le permiten elevar su monasterio por encima de las aguas y llamar

en su ayuda a los dioses del cielo. La serpiente blanca se libra gracias a que Wei T'o quiere salvar al niño que aquella lleva en su seno y que está destinado a un bricante porvenir.»

He aquí uno de los argumentos del teatro chino. Un argumento lleno de poesía, de ingenuidad, de ternura; envuelto también por el halo del misterio y de la guerra. En «La serpiente y el monje» traslucen nítidas todas las manifestaciones comunes a este teatro chino milenar, extraño, vivo en la civilización oriental.

Pedro MARIO HERRERO

(Fotografías Basabe.)



BERMEO, CARA AL MAR

**3.000 HOMBRES AL SERVICIO DE LA
MAYOR FLOTA PESQUERA DE ESPAÑA**

**ACTUALIDAD Y EFICACIA DE UN CODIGO
GREMIAL DE HACE SEIS SIGLOS**



Dos perspectivas de Bermeo y su flota, una de las más importantes de España. Las casas mojan sus pies en las salinas aguas del Cantábrico

A lo lejos se divisa una embarcación que viene desandando lejanías. Pasan unos minutos. La embarcación se acerca. Sobre un costado de la proa, un nombre que es un verso. «Mirando al mar» recala suavemente. En sus entrañas trae cuarenta quintales de bonito.

Tres veces ha tocado la sirena del puerto. Se van llenando todos los asientos del salón de subastas. Va a comenzar la operación de venta. Algunas butacas enseñan en sus respaldos nombres que no conozco. Los de los industriales principales, que esta tarde no acuden. No merece la pena un solo barco. Ellos esperan mayores cantidades.

Mujeres con los delantales sucios y las bocas a punto de protesta. Vienen con el ansia de llevarse unos cientos de kilos para venderlos luego. Dispuestas a arañar hasta el último céntimo.

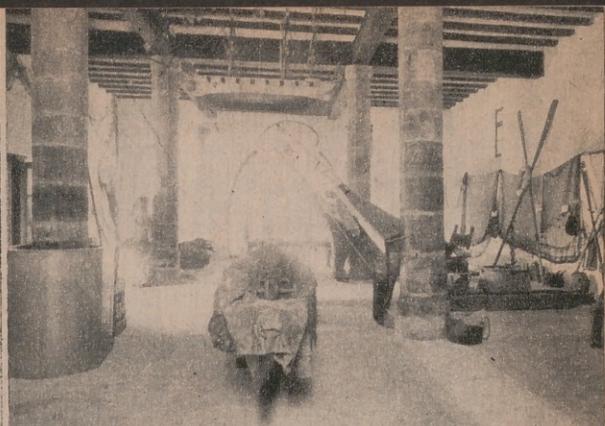
Abajo, otras mujeres se encargan del trasiego de la pesca. Cada embarcación cuenta con un trío femenino para realizar esta operación.

Arriba, hasta el salón, llega una con la muestra de la mercancía para que certifiquen su frescura los posibles compradores.

Empieza la subasta. A partir del precio máximo que el patrón quiere obtener, un hombre va marcando con voces cantarinas un descenso de cinco en cinco céntimos. Alguien ha oído ya el negocio y ha pulsado el timbre eléctrico colocado en uno de los brazos de su asiento. La máquina de control ha vomitado una bolita con el número correspondiente al de la butaca que ocupa el comprador.

—Doscientos kilos para el 78 a 18,15.

Una mujer se lleva la partida. Se ha llegado ya a un tope. El



Izquierda: Hombres y mujeres en el trasiego de la pesca. Arriba: Un aspecto del Museo del Pescador, tradición e historia. Abajo: Modernas embarcaciones atracadas en el puerto



hombre merma ahora las cantidades céntimo a céntimo. Han bastado unos minutos. Los cuatro mil kilos que trajo «Mirando al Mar» han pasado a poder de unas cuantas vendedoras. Con ellos se ganarán el pan.

La tarde va perdiendo horizontes y color. Por el mar va metiéndose en el pueblo la oscuridad de una noche como tantas. Mañana llegarán otras embarcaciones. La sala de subastas volverá a abrirse. Otros patrones enseñarán su gozo mientras cuentan los billetes que valió su pesca. Bermeo seguirá, como siempre, asomándose al mar para ver sin esforzarse el arranque en su orilla del cabo Machichaco, la puñalada terrosa que le clava a pocos kilómetros la costa de Vizcaya al Cantábrico. Y se le irán los ojos azules adelante, hasta ver el color, en ondulado, allá lejos, donde se afanan dos mil ochocientos pescadores en arrancarle al agua las riquezas que encierra.

LA MAYOR FLOTA PESQUERA DE ESPAÑA

Catorce mil habitantes. El censo completo de un pueblo que vive del mar. La esencia vital de la villa son los intereses pesqueros. A ello está ligado todo el factor económico-social la industria, el comercio, la agricultura. Todo esto depende de las oscilaciones de la pesca. Bermeo suena fuerte porque sus hijos se empeñaron en que todos conocieran su presencia en la lucha diaria por la vida. Y porque no regatearon sacrificios para que su flota pesquera fuera, sin discusiones, la más importante de España.

Hablar de esto con los bermeanos es ofrecerles la ocasión para un gozo repetido que no pretenden disimular. José Miguel Mc-

nasterio es bermeano de la cabeza a los pies. Dirige el Banco de Bilbao en su pueblo natal. Conoce a la perfección todo lo relacionado con el mar y sus gentes. En el empeño de ofrecer a España el orgullo de una flota numerosa y moderna él puso lo mejor que tenía: su entusiasmo y su dinero. Compró una embarcación. Ahora navega lejos, tragándose las millas sin que su dueño vaya a bordo porque el Banco reclama su presencia. Otros hombres la lanzan a la empresa de navegar con rumbos definidos para volver al puerto cargado de pescado.

Estamos sentados frente a frente. Encima de una mesa del Casino. Unas copas presiden el diálogo.

—Nuestra flota cuenta con 130 barcos de altura.

Los dedicados a la pesca de anzuelo, de merluza y otras que no precisan grandes desplazamientos suman unos 80. Todos ellos están cosruídos de madera, y su caballaje oscila entre los cien y los doscientos caballos. Hay el firme propósito en todos los dueños de estas embarcaciones de aumentar su potencia hasta donde las posibilidades lo permitan.

—Actualmente todos ellos, los doscientos diez barcos, emplean como combustible el gas-oil.

No hace muchos años, bastantes de ellos se movían a vapor. Remontándose un poco más en el tiempo puede afirmarse que todos lo hacían de este modo.

—El último que pasó de vapor a gas-oil fué el «Dios te salve» Hará unos cuatro años.

Los ingresos por la pesca se elevan anualmente a una cantidad que merece respeto.

—Alrededor de los cien millones de pesetas.

De ellos unos setenta millones se obtienen de las ventas efec-

tuadas en el mismo Bermeo. Los otros treinta vienen a sumarse, para hacer la cantidad redonda, desde otros puertos, donde los pescadores de aquí venden sus mercancias.

—Todas las ventas, aun las que se llevan a cabo en otros puertos, son controladas por la Cofradía de Pescadores de la villa.

Tenia la pregunta a flor de labios. Pero Monasterio se adelantó con la respuesta como si la hubiese adivinado. Y me dice que un setenta por ciento de la pesca total va a parar a las fábricas de conservas. El treinta por ciento restante se destina para el consumo en fresco. El área del mercado ocupa media geografía española.

—De Madrid hacia arriba. Esta capital, con Barcelona, son los mercados que adquieren más cantidad.

La industria de Bermeo tiene su fundamento en el mar. A él deben su existencia y prosperidad las 34 fábricas de salazones y las dos docenas que se dedican a la preparación de la anchoa en salazón. Cerca de 60 fábricas que hacen de la industria conservera un capítulo digno de airearse.

—En este momento habrá en existencias de anchoa en salazón alrededor de las 10.000 toneladas.

El problema llega de manos de la lógica. Lo apunta Monasterio como una consecuencia de lo que acaba de decirme. Italia ha sido siempre el principal mercado para la venta de este producto. Pero ahora sólo quiere dos mil toneladas anuales. El problema está en colocar las ocho mil que sobran. La cosa no es nada fácil. En España, por lo pronto, se consume muy poco la anchoa en salazón. Esto motiva que las fábricas se encuentren ante dificultades, entre otras, la del es-

pacio, que provocan una situación grave para todos. Indudablemente los pescadores resultan también perjudicados. Ante esta saturación de precios bajan forzosamente. Pero la situación no es desesperada para ellos. Aparte de que el problema tendrá su solución, el bonito siempre se vende bien y ellos lo cobran a unas 18 pesetas el kilo.

CON SUS SUDORES PUSIERON LOS CIMIENTOS DE LA OBRA

En Bermeo se realiza un constante milagro. Lo hacen unos hombres que trabajan sin descanso mejorando los medios de aumentar su riqueza. El Crédito Naval no les negó su ayuda cuando se propusieron en un plazo cortísimo, cuatro años escasos, prescindir del carbón y emplear el gas-oil para animar sus embarcaciones. Fueron muchos los que en ese tiempo cambiaron sus barcos anticuados por otros más modernos y poderosos. Pero la ayuda recibida, agradecida como se merece, no resta méritos al esfuerzo económico que ellos hicieron para que el sueño se hiciera realidad. La Cofradía fué quien lo hizo posible con su Administración y sus Cooperativas.

—La vida y el trabajo de estos hombres merecieron el premio. Con sus sudores pusieron los cimientos de la obra.

La frase nos lleva al salto en la conversación. Lo humano arrastra siempre. Y el diálogo continúa con este derrotero:

—Puede decirse que el año entero se lo pasan trabajando.

Su programa de vida exige sacrificio. A mediados de marzo comienza la temporada de la pesca de anchoa. Termina a mediados de junio, dando principio entonces la del bonito, que dura hasta noviembre. Aunque desde primeros de octubre hasta el final sólo se pesca aún en pequeña escala. Todo ello obliga a largos desplazamientos, porque la presencia de las bandas de pescado, sobre todo de bonito, no siempre se produce en aguas cercanas. A veces es preciso llegar hasta el alto Atlántico.

En invierno la vida de estos hombres adquiere caracteres epéyicos. Por aquí es muy poco lo que puede hacerse. Y se despiden hasta Dakar (cabo Verde), a la captura de una especie parecida al bonito, hasta que llega la hora de comenzar aquí la campaña de la anchoa.

—Esto lleva consigo una dificultad que no es para contada.

Pero él me la explica. De aquí a Dakar el viaje les ocupa alrededor de los veinte días. Los fabricantes de Canarias disponen de barcos nodriza para esta empresa. También ellos procuran buscar allí materia para su industria. Los bermeanos carecen de barcos frigoríficos necesarios para conservar en buen estado la mercancía. Esto supone una desventaja grandísima. Para traer la pesca desde allí necesitan una congeladora y barcos cámara para trasladar a ellos la pesca de las embarcaciones corrientes.

Pero aquí no hay ni uno. Se ven obligados a hacerse con estos medios pagando un costoso arriendo.

En cada embarcación suelen ir

catorce pescadores. De ellos, en general, cuatro son los propietarios. Todos los componentes de cada tripulación suelen ser familiares.

EN LAS PAREDES DEL CASINO, ZULOAGA PINTO SUS PRIMEROS CUADROS

Salimos a la calle. En el centro de una explanada amplia, rectángulos anchos con bordillos de piedra sujetando la tierra, donde brotan las plantas y un musgo verde aterciopelado. Una red extendida por completo ocupa buena parte de la anchura de la plaza. Unas mujeres remiendan los rotos con agujas de madera. El dueño de la red, patrón de una embarcación que hoy no salió del puerto, vigila el trabajo y repasa el refuerzo metro a metro. Hace un alto en su tarea para contestar a mis preguntas.

Sesenta y cinco metros por veinticuatro son las medidas del calado. Ochenta por treinta y cuatro el de las basas de calado. La red está compuesta de paños unidos, formando un conjunto acabado donde es difícil ver las costuras. Los metros de refuerzo que se estiran a lo largo de sus bordes, son exactamente 300.

—Suelen durar unos cinco o seis años. Cada embarcación tiene por lo menos dos buens, «pa las brasas».

Creí que se había confundido al decirme su precio. Y volví a repetírmelo: «Cien mil pesetas vale. Y no es de las más caras».

—Se hacen aquí—me dice Bermeosolo—. La fábrica de Manuel García se dedica a su construcción.

Seguimos andando por el laberinto de las calles que él conoce palmo a palmo. Pasamos por delante de la Casa del Niño, una institución donde los chavales están atendidos mientras sus madres trabajan en las fábricas de conservas o de útiles de pesca.

Las ruinas de una casa. También esta vez mi acompañante se adelanta a la pregunta.

—La llaman la Casa de Pilatos. Una leyenda dice que en ella vivió el procurador romano.

Lo que haya de cierto él no lo sabe. Pero sí asegura que la leyenda se remonta en el tiempo muchos siglos atrás.

Bermeo es un pueblo típico de pescadores donde la industria tiene también su asiento. Viviendas inverosímiles, con balcones corridos de madera despiñada, cristalerías anchas y escaleras retorcidas que arrancan de la calle hasta el portal. Casas de cuatro y cinco pisos; muchas lujosas y recientes; jardines y parques grandes y cuidados. Contraste y equilibrio. Lo antiguo y lo moderno fundiéndose para formar un conjunto agradable, vistoso, turístico.

La visión de los hombres y las calles lleva el diálogo a tratar de sus cosas.

—El comercio tiene cierta importancia. Pero no grande. En coloniales, por ejemplo, el pueblo se abastecía en el mismo Bilbao.

La labor social que se lleva a cabo puede decirse que es francamente buena. Desde hace dos años funciona un Instituto Laboral, que le viene a la villa como en mayo el agua para el campo.

—Aquí estuvo también la Escuela Náutica. Pero nos la llevaron.

A la enseñanza primaria, esto es, a sus frutos, no pone reparos. Pero no me oculta que la Enseñanza Media está poco atendida. El pueblo sólo cuenta con el colegio del Sagrado Corazón, para chicos. Cuando un chaval lleva ya adelantado el Bachillerato tiene que ir a estudiar a la capital, con los consiguientes inconvenientes y gastos. José Miguel Monasterio es socio del Casino. Y de él me habla ahora.

—Es el mejor que hay en Vizcaya. En las paredes interiores Zuloaga pintó sus primeros cuadros. Allí están, llenando cada uno muchos metros para admiración de los que llegan a Bermeo y orgullo de los 660 socios con que cuenta la Sociedad recreativa.

—Se pagan 20 pesetas de cuota y 250 de entrada.

Siempre hay bulas para difuntos. Aquí se las llevan los estudiantes. Ellos sólo pagan diez pesetas.

Estamos en el edificio propiedad de la Cofradía. Pasillos amplios, oficinas, instaladas sin lujos pero con todo lo necesario. Allí se enteran de «sus actividades realmente maravillosas. Tienen seguros, implantados por ellos, organizados por la misma Cofradía. Todo perfectamente organizado en beneficio del pescador.

La cosa social aquí se ha cuidado siempre—dice el jefe de Caja. Y me da un ejemplar de las Ordenanzas por las que se rige fundamentalmente la Cofradía.

CARIDAD Y JUSTICIA EN UN CODIGO GREMIAL DE HACE SEIS SIGLOS

En sus 82 artículos, redactados en castellano antiguo, se respira un sentido de caridad, justicia y hermandad. El espíritu religioso empapa todo su contenido incluso cuando se apunta la aplicación de una pena para los que no cumplan las disposiciones. En muchos se advierte que una parte de los maravedises que pagarán como multa los infractores será para el altar y los pobres del Señor San Pedro.

A los veintiséis días del mes de junio de 1353, en la desaparecida iglesia de Santa María de la Atalaya, estas Ordenanzas fueron objeto de refrendo notarial. Fueron cientos los que se reunieron «a campana tañida» en el sagrado lugar para «hacer y ordenar las cosas cumplideras al servicio de Dios».

A pesar del tiempo transcurrido aún siguen en vigor la mayor parte de los preceptos establecidos en aquellas Ordenanzas. Se han introducido, como es lógico, algunas modificaciones impuestas por la evolución de los tiempos. Las técnicas sociales, administrativas y de pescar han obligado a estos cambios. Pero los principios básicos siguen en pie. Los señeros o alcaldes de mar actúan hoy como entonces. Misiones suyas son atalayar el tiempo para ordenar la salida o el «chequin» de la flota según que haga bueno o malo. Hacer las señales para el retorno a puerto y fijar desde la víspera la hora de salida de las embar-

caciones son otras de sus funciones.

En lo relacionado con la seguridad de las vidas humanas en el mar están en vigor las mismas disposiciones. Los servicios de salvamento y remolque de los barcos averiados se indemnizan pagando, por lo general, el equivalente de lo que hubieran podido pescar en el tiempo perdido en el auxilio. Son muchos miles de pesetas los que la Cofradía desembolsa cumpliendo esta disposición.

No se ha perdido tampoco el espíritu social caritativo entendido a su modo, pero generoso y justísimo.

No han perdido vigencia las normas que desde entonces obligan a guardar las fiestas religiosas, a que ningún marinero sea despedido antes de terminar la campaña, a obedecer a los alcaldes de mar y a vender en subasta aparte la pesca entrada tarde por haberse ido lejos las embarcaciones. La preferencia de los pescadores en adquirir la carnada para encebar los anzuelos de sus aparejos es un derecho que no han perdido. La prohibición de echar los palangres en caladeros donde otra embarcación ya los tiene tendidos es respetada por todos. Y sin contemplaciones siguen decomisándose las partidas de pesca capturadas después que el señorero da orden de retorno.

Igual que hace seiscientos años Igual que siempre. Los hombres han ido muriendo. Pero su espíritu vive.

LA TRADICION Y VIDA DE BERMEO EN EL MUSEO DE PESCADORES

Estamos de nuevo en la calle. Un edificio antiguo con aspecto de iglesia cerrada al culto llama mi atención.

—Es la Casa-Torre de Ercilla. Hoy está destinada a Museo de Pescadores.

Un salón amplio, sostenido por columnas de piedra. Cruzando el techo en su longitud, fortísimas vigas de madera. En sentido contrario, a distancia de treinta centímetros, otras viguetas de sostén. Colgando de ellas barcos en miniatura con sus velas desplegadas y blancas. Más barcos sostenidos en las paredes. El cuarto delantero de una nave saliendo de un muro con la proa tocando casi el techo y el ancla, diminuta, colgando hacia abajo. Acá y allá, cuadros con embarcaciones pintadas en todos los tamaños y colores. Estandartes con historia apretada en los bordados de oro, escenas de pescadores dedicados a su tarea... Las más variadas muestras de las cosas del mar.

Por las paredes y en el suelo, como colocados despreocupadamente, todos los útiles necesarios para la pesca. Ruedas, timones, esteras, redes, cestos, remos, neumáticos de salvamento, hachas, martillos, taladros... Más barcos diminutos. Historia y afición, la profesión y el tiempo. La tradición y la vida de Bermeo encerrada en el interior de un edificio antiguo, de piedra, alzado junto a las casas con galerías de cristal y balcones de madera



La jornada ha terminado. Los pescadores abandonan sus embarcaciones, muéllense adelante

donde las mujeres cuelgan sus ropas a secar.

Otro edificio alto con siglos en la piedra. Un torreón cuadrado, con remate de atalaya sin defensa, lo corta por el centro. Las ventanas, sembradas a voleo.

—La Escuela de Artes y Oficios, donde acuden los chicos a prepararse para ser útiles en muchas ocasiones. Estamos ante una puerta estrecha. A la izquierda del portal arranca una escalera de madera oscura y estrechísima. Subimos tropezando en cada paso. Una puerta se abre. Un muchachote joven, fuerte y alto, nos invita a pasar.

—Aquí vive un héroe—dice mi acompañante—. En un sillón está sentado, con las piernas estiradas, un hombre muy maduro con rostro de viejo pescador. Casi no puede andar. Los pies le hacen la guerra. Y empezamos el diálogo, una conversación en la que Monasterio hace de intérprete, porque al buen hombre le cuesta gran trabajo hablar el castellano.

Juan Bautista Uribarri es su nombre. Setenta y cinco años su edad. Cumplidos el día de San Juan. Desde los veinte años hasta los cincuenta ha pasado la vida en distintas embarcaciones. Primero fué la lancha «Bizcaitarra». Después el «Mascote San Juan» y la «Buenaventura». Luego... El mismo nos va a contar su vida.

HISTORIA EJEMPLAR DE UN PESCADOR QUE VIVE

A los veinte años pertenecía a la bonitera «Bizcaitarra». La

mandaba Timoteo Astorquiza, hijo del célebre en hazañas pesqueras Marcos-Ondarru. En el mes de julio, estando dedicados a la pesca, a una altura de veinticuatro nudos de tierra, la temida galerna hizo su aparición en aguas del Cantábrico. La lancha «San José», de Lequeitio, peligrosamente en alta mar. El patrón del «Bizcaitarra», advertido de lo que ocurría, dirigió la embarcación en su auxilio. Le lanzaron una estacha. Pero ninguno se atrevía a abandonar la bonitera para prestarles un auxilio más directo. Hacerlo era exponerse a dejar la vida en el empeño. Juan Bautista no lo pensó mucho tiempo. Se ató por la cintura una de las cuerdas sujetas a su embarcación. Y se lanzó al agua. Estando amarrado la estacha a la embarcación que peligrosamente se rompió por la mitad. Sobre la quilla del «San José» el bravo muchacho quedó a merced de las olas. La lancha navegaba a la deriva. Pero el mozo no se arredró. Dió instrucciones a sus compañeros gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

«Aterantz egin beste mandatik etorparie neureñe ta». Les indicaba que se hiciesen afuera para que al volver los recogiesen. La «Bizcaitarra» para maniobrar tu-

La Escuela de Artes y Oficios, donde acuden los jóvenes bermeanos



vo que recorrer una hora de camino. El estado del mar hacía imposible llevarla a cabo con mayor rapidez. Otra bonitera bermeana, la «Joven Lázaro», acertó a pasar por allí. Sus tripulantes vieron con asombro que en la embarcación lequeitana se encontraba su paisano Juanito. El muchacho les pidió una estacha, y buceando bajo la embarcación, consiguió amarrarla a una tosta del «San José». La operación era peligrosísima. Pero él la llevó a cabo felizmente. Nadie pudo explicarse cómo fué capaz de hacerlo. Cinco minutos se tiró bajo el agua embravecida que arrastraba un mensaje de muerte. Después los fué atando y, uno a uno, pasó a todos los tripulantes del «San José» a bordo del «Joven Lázaro». El fué el último que puso el pie en el barco.

Una hora llevaba la embarcación navegando dificultosamente en dirección al puerto de Bermeo. De pronto divisaron otra embarcación a punto de naufragio. La sorpresa fué mayúscula cuando Urribarri la reconoció. Era la suya: la «Bizcitarra». Tampoco ahora lo pensó. El resultado superó en su volumen y heroísmo al anterior. De 17 tripulantes salvó a 13.

—Cuatro tripulantes murieron ahogados en el mar. Uno de Bermeo y tres de Lequeitio.

El hombre lo recuerda con emoción.

—Un 3 de julio ocurrió aquello.

Hace tres años que Urribarri se despidió del mar. Le dijo su adiós emocionado desde el merlucero «San Rafael», la última embarcación de la que fué patrón.

Ahora pasa los ratos con los pies apoyados en una silla baja, recordando los tiempos que pasaron. Aquella vez que reventó, por exceso de presión la caldera del «Buenaventura I» en Santander.

Qué susto se llevó. Le sorprendió durmiendo. Cuando se despertó, le habían sacado de la tripa cerca de veinte litros de agua. Todos creyeron que ya estaba ahogado. No ocurrió así, gracias a Dios. Y hoy vive feliz ambicionando sólo el cariño de sus hijos, uno de ellos conservero y otro patrón de embarcación.

UNA ROMERÍA NAUTICA EN HONOR DE SANTA MARIA MAGDALENA

Bermeo proporciona también a sus habitantes diversiones. No todo va a ser trabajo esforzado y constante. Pero todos los pasatiempos, todas las fiestas, están empapados de un sentido religioso. La higiene moral del pueblo es algo que no admite reparos. La religión y el mar informan y alientan estas manifestaciones, donde la alegría y el buen humor dominan el ambiente, purificando la intención.

El 7 de septiembre dan comienzo los festejos grandes de la villa. La fiesta de «Andra Mari» —8 de septiembre, Natividad de Nuestra Señora— marca el principio. Desde el día de la víspera los hombres no salen al mar. Y ya no lo hacen hasta el 18 porque dos días antes de esta fecha celebran el día de Santa Eufemia, la patrona de los «humores» y reumas.

Diez días destinados al esparcimiento, multiplicándose durante ellos las regatas de traineras, las competiciones de cucañas y las

de cerdos encebados, que consisten en atrapar en el agua un cerdo untado de grasa que se escurre de las manos. Quien lo coge, para él es.

—En julio se celebra la fiesta de la Magdalena con una romería náutica junto a los históricos acantilados de la isla de Izaro.

José Miguel Monasterio me explica, cara al mar, todos los por menores de la romería. Estamos los dos solos, apoyados en una barandilla del puerto. Desde aquí se ve el fondo elevado y rocoso de la isla, que parece como un muelle que se hubiese hundido.

Izaro tiene una historia dramática, como conviene a su situación avanzada en un mar convertido muchas veces en teatro de luchas guerreras y en campo abierto a la rapacidad de los piratas. Porque su historia es origen de esta romería anual, no es posible pasarla por alto. A mediados del siglo XV un «fratillo mimio» fundó en aquella isla un convento de la observancia franciscana. Era independiente del de San Francisco, fundado en Bermeo por don Tello Enrique IV le visitó, favoreciéndolo con rentas anuales. Isabel la Católica subió hasta el convento cuando llegó a Bermeo en visita juradera.

Un día, en el horizonte aparecieron velas sospechosas. Las relaciones diplomáticas con Francia e Inglaterra se habían roto por completo. La flota mandada por Escombleau de Sourdis, arzobispo de Burdeos, eligió nuestras costas para sus correrías. Aquella vez Izaro se salvó de una destrucción total. Por otra expedición marina, esta vez inglesa, a las órdenes de Drake—el pirata no la dirigió personalmente—, destruyó el convento de Santa María Magdalena. Bajo esta advocación fray Juan de Arteaga le levantó en la isla. Pasó el tiempo. Sobre las ruinas de lo que fué convento se alzó una ermita también con el nombre de la Penitente de Magdala. Tampoco de ella se conserva ya nada.

Ya sólo permanece algo que nadie puede derrumbar: la devoción a la Santa. Y en su honor el día de su fiesta se celebra una bellísima romería. A ella acuden todas las embarcaciones, completamente llenas de gent. La ceremonia de la «echazón de la teja» se repite cada año. Con ello se da a entender «que hasta allí llegan los goterones del pueblo», frase que indica que la isla pertenece a la jurisdicción de la villa. Después se iza la bandera en lo más alto. Luego el cortejo arranca camino de Elanchove, donde el alcalde cede al de Bermeo su bastón de mando. Durante la travesía se sirve el «Amarrretako» del bonito frito y cocido con vino blanco y galletas. Unas horas más tarde se emprende el retorno a Bermeo. Antes hacen una parada en Mindaca para jugar en el mar, frente a Lamiaren, algo muy parecido a las «Cañas y lanzas marineras». La belleza y emoción de este juego es algo que impresiona.

El torneo consiste en dar ciaboga en torno a la embarcación en que van las autoridades. La embarcación principal no detiene su marcha. Las demás le entran

a toda velocidad por la proa. Después retorna ciabogando por la popa, terminando así la maniobra. Cada vez que una embarcación realiza esta operación tiene derecho a un litro de vino por tripulante.

La entrada final en Bermeo es algo que no puede describirse, según mi informador. Allí tiene su fin la romería, interpretando los bailarines porrusaldas, biribilquetas y avinavin.

UNA FABRICA PARA CONSTRUIR MOTORES MARINOS

Un taller amplio. En él cerca de un centenar de máquinas, muy juntas las unas a las otras. Apenas hay espacio para andar entre ellas. Pertenecen a la fábrica Echevarría, dedicada a la construcción de motores marinos. Su dueño, humanidad vasca encerrando el ímpetu del trabajador empedernido, nos habla de su Empresa.

—Construimos motores hasta de 400 caballos. Estamos autorizados para hacerlos de 1.000.

De 200 caballos salen listos cuatro al mes. En la actualidad tiene encargos para Barbate, Ayamonte, La Coruña... A toda la España marinera llegan estos motores fabricados en Bermeo. Un día de 1925 la fábrica se puso en marcha. Hoy su valor sube por encima de los 30 millones de pesetas.

—Un motor de 200 caballos vale unas 680.000 pesetas. Los de 400, algo más del millón y medio.

Me dice que ellos reciben el casco limpio y lo ponen listo para la empresa. En el mismo pueblo hay cuatro astilleros, donde se construyen los cascos.

—Para Bermeo hacemos unos seis al año. Tenemos ahora más de 60 motores encargados. Unos 12.000 caballos.

Me explica el funcionamiento de cada máquina. Equipos de inyección, llegados algunos de ellos desde Alemania y Francia. Un dinamómetro alemán para medir potencias hasta de 1.200 caballos. Y mucha maquinaria española.

Echevarría hace elogios de la maquinaria nacional. El resultado que da es excelente.

En la fábrica hay un problema: el del espacio. Pero pronto va a ser ampliada en 5.000 metros cuadrados. En sus talleres trabajan ciento cuarenta y dos hombres. Para ellos se han construido 70 viviendas, y en plazo breve se levantarán otras.

Aj pasar ante el convento franciscano, Monasterio me dice que este año la villa ha celebrado el VI centenario de su fundación. Y me cuenta que con ese motivo bajaron hasta el puerto a medianoche cerca de dos mil hombres acompañando al Santísimo. Dos mil ochocientos pescadores estaban lejos, en busca de atún. El prior de la Comunidad trazó con la custodia una cruz ancha bendiciéndoles.

A ellos y al mar, donde perdieron la vida muchos bermeanos. Y a las montañas que escoltan por la costa el navegar de los valientes que trabajan un día y otro día para hacer a su pueblo importante.

Carlos PRIETO RERNANDEZ

(Enviado especial.)

(Fotos Cecilio.)



GUARDIA CIVIL, GUARDIA FIEL

POR EL ORDEN Y LA LEY, SIEMPRE EN PRIMERA FILA

LA LUCHA CONTRA EL BANDOLERISMO EN LAS MEMORIAS DEL TENIENTE GALLEGO

LA muerte—en el Pontarrón, cerca de Castro Urdiales—de «El Bedoya» y su cuñado—últimos supervivientes de la extinguida banda del «Juanín»—vuelve a poner sobre un plano de actualidad la tan probada eficacia de los guardias civiles. Ha sido un episodio más de una historia ejemplar de sacrificios continuados en defensa del orden y la Ley.

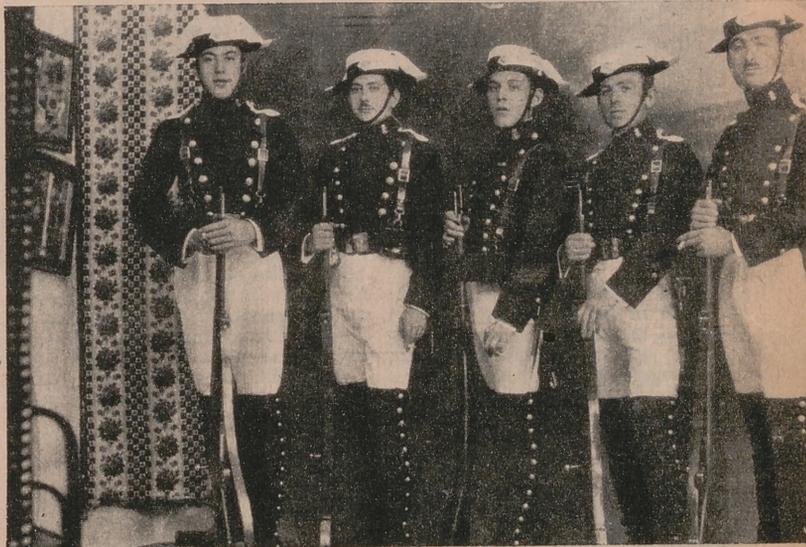
Episodios como el de Pontarrón revelan la existencia de una historia de heroísmos que tiene su cronista bien reciente en el autor de «Lucha contra el crimen», el teniente Gallego, que cuenta en un libro acabado de imprimir muchas historias vividas.

EL CUERPO EN EL ALMA

Es de noche —fría o tibia, con nieve o con escarcha— cuando miles de hombres encapotados caminan por las carreteras con el fusil al hombro y con el tricorno de visera o el gorro de montaña. Son ellos, que recorren todo el arrugado mapa de España. En los puertos serranos, junto a las playas, por los caminos de ronda que bordean los acantilados, en las barreras, puentes y apostaderos de frontera donde la jurisdicción y el país terminan en un límite exacto. Es la «Guardia Civil caminera», peregrinante, que vela para que no ocurra nada, o mejor, para que ocurra el respeto a la ley.

Don Cándido Gallego Pérez ha sido uno de esos guardias de borde de carretera. Un veterano de la Guardia Civil con treinta años de servicio; una vida andariega y miles de partes meticulosos enviados a «la superioridad».

Es un hombre de mediana estatura y temperamento un poco vehementemente cuando trata las cosas del Cuerpo; ese Cuerpo que nuestro interlocutor lleva metido en el



1930.—Con el uniforme de gala, ya desaparecido, al mando del piquete de honor del Santísimo Sacramento, última manifestación religiosa celebrada en Huelva en los albores de la República

alma. Buen conversador, ingenioso y chispeante de anécdotas, cuenta su vida militar con un gracejo un poco picaresco muy propio para describir, de una manera amena, lo que está fuera de la ley.

—Me viene de herencia la vocación por la Guardia Civil. Nací en la casa cuartel de Corral de Calatrava siendo mi padre guardia en aquella localidad manchega. Tres chicos y una chica. Yo el menor de los hermanos. Cuando yo tenía tres años de edad murió mi padre y los tres muchachos ingresamos en el Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro.

En aquel colegio cursé el Bachillerato y hasta hice—por ense-

ñanza libre—dos años de la carrera de Derecho.

Después fui destinado a Barcelona, donde me estrené de guardia civil, por cierto en una época un poco movida. Eran los tiempos del «Noi del Sucre» del anarcosindicalismo de Angel Pestaña; de los atracos y atentados que se realizaban, en pleno día, por las calles barcelonesas y hasta los tiempos en que eran tan fuertes las organizaciones ácratas de la Ciudad Condal que se permitieron, alguna noche, el asalto al castillo de Montjuich.

TREINTA AÑOS DE SERVICIOS

Don Cándido Gallego comenza-

ba entonces su biografía militar que después de más de treinta años, fructificaría en «Lucha contra el crimen», un libro de historias muy recientes sobre la Benemérita.

Es aquel un buen bautismo de fuego para el guardia civil recién salido del colegio de Valdemoro y puesto a salvaguardar el orden en el Paralelo o a formar pareja tras los pinos de las meriendas fraternales.

Dieciocho meses está el guardia Cándido Gallego en Barcelona, luego es destinado a una población minera, Puertollano (Ciudad Real).

Cuando el desembarco de Alhucemas, en septiembre de 1925, marcha voluntario a África a prestar servicios de orden como guardia civil. Dos años después asciende a cabo y es destinado a Huelva, donde reside hasta 1932 en que queda fuertemente comprometido en la sublevación del 10 de agosto realizada, en Sevilla, por el general Sanjurjo. A consecuencia de su participación en aquellos hechos es suspendido de empleo y sueldo durante ocho meses. Al estallar la revolución de octubre de 1934 actúa decisivamente en servicios de orden y en un homenaje que la ciudad rinde a la Fuerza Pública toma la palabra pronunciando un discurso «poco gubernamental» delante de las autoridades, por lo que es destinado a Marruecos.

El Movimiento Nacional le sorprende en Xauen, de donde pasa a prestar servicios de locutor en la emisora de la Comandancia de la Guardia Civil en Tetuán. En sus charlas emplea el seudónimo de «Juan Español».

Durante toda la contienda desempeña servicios de organización y enlace entre Marruecos y la Península y, terminada la guerra, es destinado, como jefe de línea, a distintas poblaciones españolas, época en la que participa en muchas de las acciones contra las partidas que se relatan en su libro «Lucha contra el crimen».

LA ACCION QUE EMPIEZA

El relato que se refiere a las

partidas de «maquis» comienza en el momento en que el autor es jefe de la línea de la Guardia Civil en los pueblos alicantinos de Cocentaina-Peget-Villajoyosa; Novelda-Elche-Dolores y Crevillente. Una noche es asaltado el pueblo de Lorcha, situado en uno de los parajes más agrestes de aquella provincia. Es una partida de dieciséis individuos que penetra en aquel pueblo por la noche, comenzando los saqueos. La reacción popular obliga a los salteadores a retirarse.

Habían transcurrido dos horas del asalto cuando llegan los primeros números de la Guardia Civil que, como primera medida, establecen las comunicaciones telefónicas que habían sido averiadas por los salteadores. Toda la fuerza disponible por la Comandancia de Valencia se pone en movimiento y con felices encuentros parciales, en lugares distintos de las serranías, aquella partida es completamente eliminada.

La segunda experiencia de este capítulo de «guerrillas» la vive el autor poco tiempo después en Mancha Real en la provincia de Jaén. Es una noche de diciembre de 1943 y en las afueras de la población. Una pareja de la Guardia Civil detiene a un individuo sospechoso que resulta ser uno de los miembros de la partida conocida con el nombre de «Sargento Chamorro».

Localizada la cueva en que está refugiado el cabecilla el guardia civil Blanco González avanza hasta la boca de la cueva intimando a la rendición bajo la amenaza de cargas explosivas. Los argumentos no admiten duda y el «Sargento Chamorro» y sus secuaces salen con los brazos en alto. La cueva se encuentra llena de municiones, armas, explosivos y vituallas.

Es noche cerrada del 7 de enero de 1944 cuando unos números de la Guardia Civil se acercan al cortijo Loma Candela, dentro del cual se encuentra una partida.

—Tenéis diez minutos para rendiros. Salid con las manos en alto, pues estáis completamente cercados y la huida es imposible.

Los guardias dejan transcurrir

el tiempo marcado y se disponen al asalto. En la noche serrana se entabla una verdadera batalla.

Buscando los ángulos muertos el brigada Villalobos avanza hacia la puerta del cortijo y lanza una granada que prende fuego a la casa.

Tabletean las metralletas y varios guardias están heridos.

Se abre de repente la puerta principal y se dibujan las figuras de tres hombres con pistolas ametralladoras. Los subfusiles automáticos de la Guardia Civil dan rápida cuenta de ellos.

Suena la orden de asalto. «¡Vamos por ellos, valientes!» «¡Viva la Guardia Civil!» El que capitanea la partida intenta romper el círculo de ruego «saliedo por una puerta trasera, pero la puerta está también vigilada y lo recibe una ráfaga. Los guardias están dentro del cortijo en llamas, donde quedan apresados otros miembros de la partida. El resto es exterminado al día siguiente en el barranco Vahondillo después de un vivísimo tiroteo.

NADA MAS QUE LA VERDAD

Don Cándido Gallego se emociona con el relato que parece estar viviendo nuevamente.

—En mi libro no hay nada novelado. Todos los hechos que en él se relatan son veraces, con nombres exactos, lugares reales, acciones verídicas. El único valor que le doy es este: El de la verdad. Llamo a las cosas por su nombre. Si alguna vez se emplean en «Lucha contra el crimen» las expresiones «maquis» «guerrillero» es siempre entre comillas, porque la verdad es que actuaban como verdaderos bandoleros.

Muchas veces el marco de esa lucha ha sido hasta geográficamente el mismo de las bandolerías décimonónicas, pero esta vez, sin la engañosa poesía con que aquellas correrías delictivas estuvieron adornadas por los cantares de ciego.

Los cortijos son utilizados frecuentemente como madrigueras.

En la madrugada del 8 de julio de 1945 un grupo de guardias de la Comandancia de Málaga se aproxima al cortijo Rando, en el que hallan parapetados varios bandoleros.

Los que se ocultan en el cortijo abren fuego, al que responden los guardias disparando nutridamente sobre puertas y ventanas lanzando también algunas bombas de mano.

Transcurren unos veinte minutos de tensión, y una bandera blanca aparece en una de las ventanas. Los guardias penetran en el cortijo, y en medio de charcos de sangre encuentran muertos dos malhechores, muy conocidos en la comarca, y que han detenidos cuatro individuos más que se encuentran con ellos. Son ocupadas diversas armas y una gran cantidad de municiones.

En la misma comarca, cerca del cortijo Ralenguillo es descubierta otra partida. Apenas se cruzan una docena de disparos los bandoleros se dan a la fuga, dejando en el lugar un muerto.

En primer plano aparece Gallego durante un desfile del Benemérito Cuerpo





1946.—Edoado de las autoridades de Novelda, Alicante (X), en el homenaje a la fuerza que el comandaba

Tres de ellos han corrido hacia una cueva próxima, que es una verdadera fortaleza natural. Los guardias se acercan a ella e intimidan a la rendición.

—¡Entrad por nosotros si sois valientes!

Habría sido suicida penetrar en aquella cueva a cuerpo limpio, por lo que el oficial dispone una carga de trilita que es lanzada al interior de la cueva. Una fortísima explosión y los guardias penetran en el refugio, encontrando en el interior a dos bandoleros, entre un gran montón de piedras, los cadáveres de dos malhechores y a otro que está gravemente herido. Hay también armas, municiones y efectos procedentes de robos a mano armada.

A LA BUSCA DE «EL RABÉS»

Por las serranías turolenses merodea Fernando Bermúdez, un bandolero conocido con el apodo de «El Rabés». Un día la Guardia Civil lo captura y es recluido en la cárcel de Castellote, pero «El Rabés» logra burlar a sus guardianes y escapa reanudando sus antiguas fechorías.

Sostiene varios encuentros con la Benemérita, en uno de los cuales muere el cabo Narciso Monleón Contell, mientras el bandolero consigue escapar. Pocos días después cae bajo el plomo de la metralleta de «El Rabés» el teniente de alcalde de Chiva de Morella (Castellón), en pleno Maestrazgo. Ha sido un asesinato brutal, alevoso, rodeado de todas las circunstancias que el Código califica como agravantes.

Al atardecer del día 5 de mayo de 1946 llega al cuartel de la Guardia Civil de Más de las Matas noticias confidenciales de la presencia, por aquellos contornos, del famoso «El Rabés». Los puestos de Más de las Matas y de Aguaviva reúnen sus efectivos y comienzan la batida.

La fuerza, cansada, llega al día siguiente a la masía Ballet. Son las diez de la noche cuando los guardias rodean aquella masía. Sus moradores no son muy de fiar.

—¡Abran a la Guardia Civil!

conmina el jefe de la patrulla.

Sale un hombre que se presenta como el dueño de la masía.

—«¿El Rabés?»— responde con asombro aquel hombre—. ¡Bueno soy yo para admitir a esa gentuza!

LEÑA EN EL PATIO

Los guardias hacen un reconocimiento en la masía, no encontrado más cosa sospechosa que las maneras del dueño.

Ha comenzado a llover cuando los guardias están sentados al fuego del hogar de montaña y aprovechan el descanso para sacar de sus carteras unas modestas vituallas. No obstante, el guardia José Alfredo Serrano, menos confiado que sus compañeros, sale al corral bajo la lluvia, y con un palo procede a pinchar un montón de paja hacitada en un rincón. Allí no hay nada, pero nota algo extraño entre unos maderos apilados en la corraliza, pero disimula y sigue el registro como si no hubiera notado nada.

Piensa informar a sus compañeros, pero vuelve sobre sus pasos por temor a que la presa se escape en su ausencia.

—¡Salga de ahí inmediatamente! ¡Éntreguese a la Guardia Civil!

La respuesta la da en seguida un disparo que sale de los maderos. La bala pasa rozando al guardia, que reacciona llevándose una granada a la boca. Estalla la bomba. Salta la madera y aparece el cuerpo de «El Rabés».

—Uno de los bandoleros más tristemente célebres y que más trabajo nos dieron fue «El Carifoso». Con sus sangrientas correrías casi se podría hacer todo un libro.

Ahora se ha puesto muy serio don Cándido, y el relato tiene un tono más grave. Vamos a entrar en la pequeña y triste historia de una figura delictiva de primer plano en la lucha de la Guardia Civil por unas cordilleras difíciles.

CON FUEGO DE METRALLETA

Es el 19 de enero de 1946 cuando

una confidencia avisa a los guardias civiles del puesto de Naval la presencia de una partida de bandoleros por aquellos alrededores. La Guardia Civil se pone en movimiento y recorre en la noche 12 kilómetros por caminos casi interceptados por la nieve y a una temperatura de 10 grados bajo cero. Establecen contacto con la partida, y después de un fuerte tiroteo causan tres muertos y hacen cuatro prisioneros. En esta ocasión los guardias se apoderan de abundante armamento, municiones, granadas de mano y una extraordinaria cantidad de hojas de propaganda subversiva.

«El Carifoso» se llamaba en realidad José Luis Cobos. Es de estatura regular, complexión fuerte y tiene un carácter violento. Sus golpes son audaces y de una movilidad constante.

Corre el mes de agosto de 1941 y declina la tarde cuando en un



Cándido Gallego, autor de «La lucha contra el crimen»

apartado caserío burgalés irrumpe «El Cariñoso» al frente de una nutrida partida bien provista de metralletas y fusiles.

—¡Quietos todos!

Reúnen a los hombres con las manos en alto. Nadie protesta. Sólo un joven, al verse empujado, exclama:

—Son ustedes unos...

No puede terminar la frase. «El Cariñoso», de un culatazo en la cabeza le hace caer al suelo. Gritan las mujeres, lloran los niños, lo que irrita a «El Cariñoso», que enfila la metralleta sobre el labrador que está tendido en el suelo, y una ráfaga de proyectiles hace saltar el cuerpo del infeliz muchacho.

Ahora hay un silencio total. Comienza el saqueo.

El grupo de diez labradores que está en un rincón quiere defenderse, pero el cuerpo exánime que tienen delante detiene toda rebeldía.

UN SUSTO A LOS TRATANTES

Es de noche, y la luna adorna con reflejos plateados aquel caserío.

De momento, el robo a mano armada queda completamente impune.

En otro pueblo están varios tratantes en una posada. Charlan y beben animadamente cuando la puerta se abre con violencia y se recorta en ella la silueta de un bandolero al que acompañan otros cuatro sujetos armados de metralletas.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva si aprecia en algo la vida! Soy «El Cariñoso», y esto les bastará como tarjeta de presentación. Tú, «Curruataco», quédate en la puerta. Los demás pasad, que hace mucho frío.

—Vamos, gordinflón. Venga la cartera, que ya sé que tienes mucho dinero.

Mientras los acompañantes de «El Cariñoso» despojan de carteras, relojes y alforjas a los que están allí reunidos. Uno coge un jamón y una sarta de chorizos, otro toma unos panes y varias botas de vino.

Por fin, la partida abandona la posada, dejando a todos perplejos de que haya sido todo tan suave y sin derramamiento de sangre. ¡Menos mal!

Continúan las fechorías hasta que un día la casualidad viene en ayuda de la Guardia Civil. Es el 24 de octubre de 1941 cuando los guardias civiles realizan un reconocimiento por los alrededores de La Cavada (Santander) y sin que tuviesen la menor confianza previa, sin seguir una pista ni siquiera borrosa y fría, tropiezan con una partida de bandoleros, con los que se entabla una lucha violentísima. Quedan muertos en aquella acción «El Nemésio» y «El Ferroviario», pero escapan otros cinco, amparados por la noche.

LA PISTA DE «EL CARIÑOSO»

Pero los guardias han ocupado una documentación interesante, en la que se descubre una ex-

tensa red de enlaces, cómplices y encubridores, sobre los que se comienza a marchar cautelosamente. Para no espantar la caza.

Se practican algunas detenciones, pero el resultado de los interrogatorios es más bien desconcertante. Hasta que uno de los detenidos da una referencia preciosa.

Ahora se está sobre un punto seguro. La casa número 44 de la calle de Santa Lucía, en Santander, es rodeada por los guardias.

Las fuerzas están al mando del jefe accidental de la Comandancia de Santander don Pablo González-Anguiano al que se presentan como voluntarios para entrar en la casa el sargento Teófilo Mantecón y el guardia Enrique Rico.

Penetran en la casa los dos guardias civiles, que son recibidos por ráfagas de metralleta. Enrique Rico cae herido, lo que hace que el sargento Mantecón se abalance sobre «El Cariñoso», con el que entabla una feroz lucha cuerpo a cuerpo. Al ruido de las detonaciones, todos los guardias acuden en ayuda de sus compañeros y, finalmente el tristemente célebre bandolero cae acribillado a balazos.

Pero de la famosa partida quedan restos en otras casas de Santander una de las cuales es cercada también y se entabla en ella un combate, con fuego de fusil y explosiones de bombas de mano. Resultan muertos dos bandoleros y una mujer, todos pertenecientes a la célebre partida, y queda herido de consideración el guardia civil don Francisco Haro Castanedo.

Otro resto de la partida es descubierto en la madrugada del 4 de noviembre en el monte Bergaz, del término municipal de Arredondo, resultan muertos los tres bandoleros restantes y herido el guardia don Gregorio Sampeiro.

El capítulo «El cariñoso» queda así definitivamente cancelado.

AVENTURA EN LA CARRETERA

Y ahora otra vez al Sur; nada menos que a la serranía de Ronda. Una tierra propicia a la aventura.

Es víspera de Navidad cuando un autobús de la línea El Burgo a Ronda sube lento por la carretera serrana.

En un alto están apostados en la cuneta tres bandoleros.

—Ya está aquí. Preparados, y no andar con escrúpulos.

El autobús va lleno de pacíficos viajeros. Va también dentro del vehículo el guardia de la Comandancia de Málaga don Juan Lara, que ocupa uno de los asientos posteriores.

Suena una voz: «¡Alto! ¡Abajo todo el mundo!».

Frente al autobús y un poco a la derecha aparece un hombre de rostro patibulario. Empuña una pistola. De la cuneta salen otros dos, también armados.

El conductor ha frenado, y dentro del coche se produce una gran confusión. Se abren las puertas y comienzan a descender los viajeros.

También el guardia civil ha descendido, pero por la puerta de atrás. Desenfunda la pistola y parapetado tras el vehículo, hace fuego consiguiendo herir a uno de los atracadores, que arroja el arma al suelo y emprende la fuga seguido por uno de sus compañeros. Ha sido la confusión y la sorpresa lo que les hizo huir.

Queda sólo el cabecilla, que veloz ha saltado a la cuneta en busca de protección.

El guardia civil, sin perder de vista al atracador, ordena a los viajeros:

—Suban al coche y márchense sin mí. Avisen al cuartel de la Guardia Civil más próximo. Yo me quedo para enténdermelas con este sinvergüenza.

Marcha el autobús y el guardia queda frente al atracador, parapetados en las cunetas. Los dos están armados con pistola. El bandolero no se atreve a salir temeroso de la puntería del Guardia Civil. Pasa una hora, y el autobús regresa con guardias civiles y una numerosa contrapartida de paisanos armados con escopetas. Cercan rápidamente al atracador, que se entrega aterrorizado.

EL TEMPLE AL FUEGO

Historias parecidas se repiten en el libro. La muerte del «Mandamás» y su partida. El final de «El Recluta» y «El Tres Duros»... Historias verdaderas de una guerra aïmada y peligrosa que la Guardia Civil lleva a un término feliz.

«Lucha contra el crimen» viene a ser como la pequeña historia más contemporánea de la Guardia Civil. Aunque el autor no haya tenido completamente ese propósito.

—Ni mucho menos, ya que no reúno las condiciones necesarias para una empresa de tal magnitud. Es, en su mayor parte, un resumen de experiencias vividas, directa o indirectamente, y que narro con lenguaje de sencillez.

Muchas de esas historias están premiadas en el fabuloso cuadro de galardones de la Guardia Civil.

Quince Laureadas individuales. 22 Medallas Militar s individuales. 375 Cruces de Guerra. 3.452 del Mérito Militar, 253 de la Orden de Beneficencia... constituyen este cuadro.

La defensa del Santuario de Santa María de la Cabeza, la del Alcázar de Toledo, la del cuartel de Caravias y las acciones de Sama de Langreo, de Tocina y de Behobia son exponentes de heroísmo, en los que la Benemérita probó su temple al fuego.

Para recordar un poco lo conocido y un mucho lo que no sabe el gran público ha nacido a la luz el libro «Lucha contra el crimen», brioso como el caballo encabritado de su portada.

Pero es, sobre todo, un canto al orden y la ley; al Instituto Benemérito, tan famoso en el mundo como eficaz sobre la tierra para lo que fué creado.

F. COSTA TORRO

Sea cual fuere su profesión,
no puede usted prescindir de
una **ENCICLOPEDIA...**

Com. Public.
Sopena

...le brindamos la más
útil con las últimas
innovaciones y
descubrimientos en
Ciencias, Arte, Historia,
etc., etc.



**DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
ILUSTRADO
SOPENA**

15 x 22 cms.
encuadernados en tela verde
y rótulos en oro

**Nueva
Edición**

50 Ptas. mensuales

Este DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO SOPENA encierra tal acopio de datos y noticias, que en nada tiene que envidiar a una enciclopedia voluminosa, y aventaja a ésta en un ahorro de espacio y en una gran facilidad de adquisición.

Verdadera ENCICLOPEDIA, única en su género, que merced a la depurada selección, a la finura del papel y al tipo de letra, se ha logrado resumir en él toda la cultura de nuestro tiempo.



**EDITORIAL AMALTEA, S. A. - Provenza, 95
Barcelona**

Sírvanse remitirme lo que señalo con una X:

- 1 Diccionario Enciclopédico Ilustrado, 3 volúmenes (contra reembolso)
- Folleto gratis y talleres adquisición a plazos.

Nombre

Profesión Domicilio

Localidad Provincia

INFORMACIÓN AMPLIA, MODERNA Y FIDEDIGNA

PRECIO: { Al Contado: En tela, 700 ptas.; en media piel, 900 ptas.
A Plazos: En tela, 750 ptas. (50 ptas. mes);
en media piel, 990 ptas. (66 ptas. mes).

EDITORIAL AMALTEA, S. A.

Concesionaria de la venta a plazos de
EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A. — Provenza, 95 - BARCELONA

NUEVO TIPO DE HOMBRE ESPAÑOL

Por Tomás BORRAS

PUES bien; lo que se realiza a diario, lenta, incansablemente, sin que usted haya caído en ello, señor mío, es que se forma a escala gigantesca el tipo del español de 1965, el nuevo tipo humano, específico, completo, dotado, del español que hará desde entonces la Historia, nuestra Historia. Eso sí que es profunda, y tremenda, y radicalmente, y sólidamente revolucionario.

Desde 1932 que nos lanzábamos a hacer «la revolución que España tenía pendiente», usted creía que pretendíamos quemar Casas del Pueblo, como los de las Casas del Pueblo quemaban iglesias, o establecer módulos de módulos o modas; si ellos a lo comunista soviético, nosotros a lo fascista o hitleriano. En la confusión todo es posible, hasta ver las cosas de otros colores, y pase que entonces usted se equivocara. Y cuidado si cantábamos a todo garguero que nuestro removimiento era de fondo, hacer de arriba abajo otra España, no des-hacer simplemente por delirio de pirógrafo o sumisiones a la Antiespaña exótica. Pero la palabra «revolución» le asustaba a usted. Sólo conocía una de sus acepciones, la de la Republicucha: «Sangre, fango, lágrimas.»

Nuestro concepto de lo revolucionario era constructivo, elevador, encaminador, determinante, normativo. Nos repugna el desorden; opinamos de él lo que Goethe, y además, señor, considerábamos a España sana en su medula genuina, en su virtud clásica, en su energía potencial. La política es como la minería: ha de beneficiar los filones. La veta de España estaba intacta, corrompido sólo lo superficial. Bastaba raer, raspar la costra pestilosa, para que emergiera pura y resplandeciente la nativa plata. Si no hubiésemos creído en esa suprema verdad, o la emigración para olvidarse de la mala suerte de haber nacido aquí o sumarnos a los explotadores de la decadencia, ruina, almoneda. Esos dos caminos teníamos. Pues ¿quién puede comunicar su hábito a un cadáver, tarea superior a las fuerzas humanas?

Pero sabíamos, estaba comprobado por nosotros —¡en nosotros mismos!— que España seguía siendo y viviendo, estando y valiendo. Nobles gerundis para abandonar la empresa del rescate. Y ésa era nuestra revolución: rescatar. Y luego construir conservando el cimientó, que era entonces lo valioso. En ello estamos.

Y a ello aludo en este parte, particular, más exacto. El cimientó—la tierra, la Historia, la salud moral del agro, la incontaminación de las clases media, religiosa, intelectual, salvo el grupo de trepadores traidores; la mujer, el niño, el artesano, el sincero, el militar en casi todos sus grados, el hombre honrado, el de buena fe, el sencillo, el patriota—, ese cimientó eterno, fuerte en 1936, nos ha servido de buena base, de excelente, de insuperable base. Después, sobre ello, erigim's nada menos, y ésta es la buena nueva, el español nuevo.

¿Y quién es?, preveo que pregunta. La contestación usted mismo puede dársela. Vea las noticias que se aglomeran todos los días en las páginas de su periódico. Becas, Universidades Laborales, salidas a ver el mundo, instrucción especializada, dotación para talleres de aprendizaje, títulos de obreros, conductores de grupo, agrícola o fabril, ciencia repartida a todos, ese «todos» constituido también por los antes abandonados braceros; libros multiplicados, pensiones para estudios minuciosos, pensiones para perfeccionarse donde sea oportuno, educación religiosa, escuelas a millares, bolsas, comedores, labor perseverante, orientada, del S. E. U.; Colegios Mayores. Ciudades Universitarias, Institutos técnicos, apertura de las carreras especiales sin distinciones, amplitud de miras para que «cualquiera», el bien dotado, alcance los pue-

tos primordiales de las aulas, premios, periódicos estudiantiles, conferencias, ediciones; y más becas, más generosidad para que ninguno se hunda en la estacada por falta de peculio...

Un conjunto que yo llamo heroico; así, instrumentando la palabra a gran orquesta, señor mío, pues hay heroísmos civiles. El que nace ahora en España no es un abandonado, ni un paria, ni tampoco un privilegiado señoritista. Es un español. Por ello con idénticos deberes, pero derechos, que los demás. El Estado y la sociedad, que son haz y no dispersos elementos, se cuidan de ese que nace, le ponen en el camino, le aupán, le ayudan, le pagan la instrucción, o de hombre útil, a lo llano, o de hombre selecto, según su calidad. Al marxismo le convenía el bracero, ignorante, pasmado ante la vida, cándido desamparado y crédulo de que los burros vuelan, materia maleable para huelga, crimen, paro, desesperación y hambre: lo de Casas Viejas. El bracero ignaro es «la masa» sobre la que los mangantes socialistas y demás montaban su negocio: soportádoles las espaldas encorvadas de los parias del marxismo, obedientes al amo que les mandaba permanecer en la más supina de las ineptias mentales y sociales. Al marxismo le convenía el estudiante agolfado, carne de ambición sin fundamento, dispuesto a todo lo que no fuese sacrificar su epilepsia seudopolítica a la severa exigencia profesional.

A nosotros nos convenía entonces y nos conviene ahora, amigo distraído, que el español sea por sí mismo, sabiéndose como es, perfeccionándose; no peón de un juego sucio manejado por manos muchas veces unidas a brazos de trasfronterras. El español íntegro e integral, espiritualmente perfecto, dueño de su destino, dotado de los instrumentos de la ética, del patriotismo, de la fe, de la cultura, es el que nos interesa. El español revolucionario para el bien común es el que preocupa a nuestro pensamiento. El imposible de engañar, de explotar, de disminuir, de manejar. El que disponga de una formación exacta en todos los órdenes morales y mentales, que le haga audaz, pero planificador; avanzador y vanguardista, pero con meta digna; idealista, pero humano; renovador con amor.

Millares de niños y muchachos, muchos millares asimilan ahora mismo, compruébelo usted, doctrinas evangélicas y conocimientos científicos. Los unos para particular provecho inmediato, los otros para la dedicación a investigaciones lentas. En aulas ricas y recamadas, en ambiente de camaradería estrecha, con el pensamiento en un trabajo perfeccionador, impulsados a la gloria del realizar y colaborar. La sociedad, el Estado, proveen cada día con más holgura a estas generaciones que se pretrechan de reglas de conducta y de ideas. La cosecha de almas—contra el desalmamiento del período trágico—es pródiga. Y España está en su alma. Por lo que el porvenir ha de ser lógicamente mejor y España, ya suya, su España, ascenderá al cénit que nosotros no conoceremos; si habremos preparado.

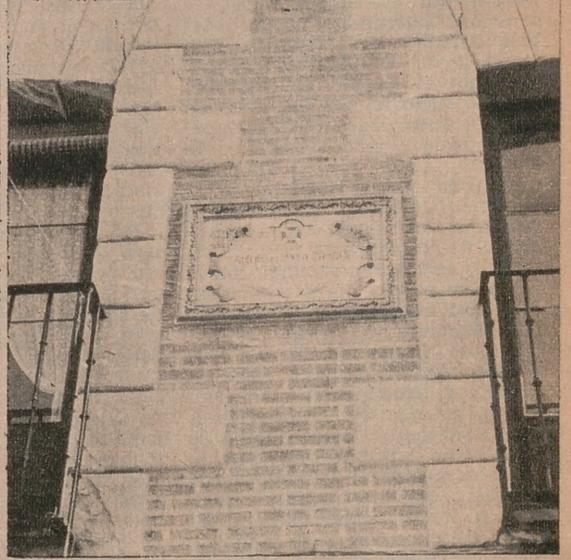
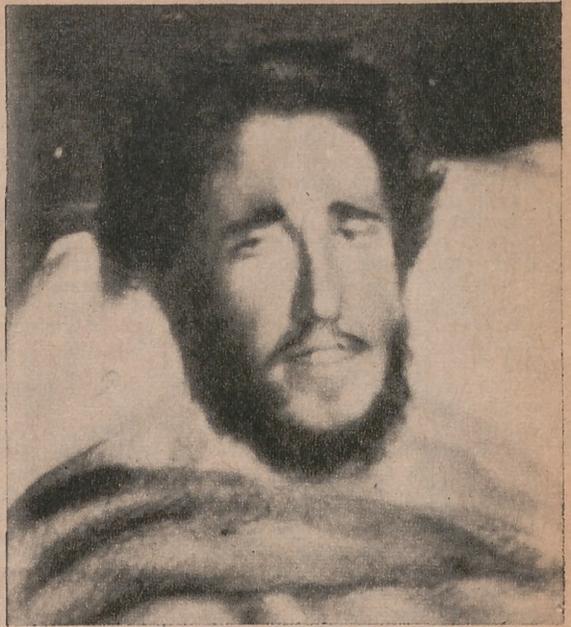
Es la revolución nacionalsindicalista, la de José Antonio, Ledesma Miranda, Onésimo, Ruiz de Alda, Maeztu, José Calvo Sotelo; la de Gomá, la de Francisco Franco y sus soldados. La de los otros soldados de la pluma y la polémica. La de los muertos por eso precisamente: para que se realizase la renovación del hombre español. La que usted minuto a minuto no ve avanzar porque la resurrección en los pueblos no es repentina, sino a plazo de sucesión de una oleada por otra. Aunque si usted es un poco, quiere ser un poco perspicaz... ahí, a su lado, la tiene en marcha.

Tomás BORRAS

“EL ANGEL DEL ALCAZAR”

VA A ABRIRSE EL PROCESO DE BEATIFICACION DE ANTONIO RIVERA

LA VIDA EJEMPLAR DE UN ESTUDIANTE SOLDADO



Estas lápidas señalan el lugar donde estuvo el camastro de la enfermería en el Alcázar, y a la derecha, la casa en que vivió y murió Antonio Rivera. Arriba: «El Angel del Alcázar» en su lecho de muerte

¿CONTARA la Cruzada Nacional con un Santo en los altares?

Está próxima la apertura del proceso de beatificación de Antonio Rivera, «El Angel del Alcázar». Así lo anunció al Secretariado Pro Beatificación de este heroico defensor del recinto toledano Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Primado de España, doctor Pla y Deniel, hace días, con motivo de los actos que se celebraron en Toledo en el XXI aniversario de la muerte de Antonio Rivera.

Si Antonio Rivera, por designio de Dios y decisión de la Iglesia, llega a los altares, podrá servir de ejemplo, guía y modelo a la juventud de las generaciones siguientes a la del Angel del Alcázar, un combatiente de veinte años que defendió heroicamente los muros del histórico recinto toledano a las órdenes del entonces coronel Moscardó.

Rivera sintetiza en sí todas las virtudes, todo el sacrificio, todo el heroísmo y toda la pureza de



Antonio Rivera en su época de presidente de la Federación de Estudiantes Católicos de Toledo

un joven entregado en alma y vida a la causa de Dios, y también a la causa de España, a la que él no vaciló en servir con las ar-

mas y dar por ella su vida joven e inteligente, generosa, alegre, santamente.

EN UN PUEBLO SEGOVIANO

El padre de Antonio Rivera, don José Rivera, trasladó su consulta a Toledo cuando Antonio Rivera era aún un muchachito estudiante de bachiller. Antonio había nacido en un pueblecito segoviano, Riaguas de San Bartolomé, apenas trece años antes de irse toda su familia a vivir a Toledo.

El doctor Rivera se estableció en una casa de típica traza y arquitectura toledana —patio y una planta—, en la hermosa y pintoresca plaza de Santa Isabel. Enfrente de la casa del médico, el viejo palacio del Rey Don Pedro y el convento de Santa Isabel de los Reyes; al otro lado, el taller de un carpintero, que llena de ruidos artesanos la recogida placita en donde transcurrió la adolescencia de Antonio Rivera.

Yo conocí a Antonio Rivera en el año 1931. Vivía yo por entonces en Toledo, a donde nos habíamos trasladado para estar más juntos con mi hermano Jaime, que terminaba aquel año su carrera militar en la Academia de Infantería. Siempre que subía al Alcázar para pasar algún rato con mi hermano, acompañarle en sus guardias de alférez alumno o visitar a todos sus compañeros de promoción, también amigos míos, ¡quién iba a decirme que apenas cinco años más tarde aquellos muros iban a ser testigos de tanto heroísmo y que entre sus piedras iba a encontrar la muerte aquel Antoñito Rivera que yo conocí cuando estaba terminando el bachiller!

Antonio Rivera era uno de los más joviales de nuestro grupo de amigos. Amigos entrañables, unidos todos por el espíritu de sufrimiento, por la comunidad de ideas, de sentimientos y de afinidades. Amigos que también, como Rivera, dieron, años más tarde, gloriosamente su vida por España durante la guerra de Liberación: Marciano Cirujano (también defensor del Alcázar), alférez de la 8.ª Bandera de la Legión, en el Pingarrón; Mariano Gálvez, fusilado por los rojos en Toledo; Justo Martín Pintado, capitán de la Legión, muerto en la División Azul; José Lanza, teniente de la 8.ª Bandera de la Legión, muerto en los combates del 11 de mayo, en Toledo; Andrés Pita, teniente de la 8.ª Bandera de la Legión, también muerto en ese mismo día y combates; José María Aramendi, teniente de la 6.ª Bandera de la Legión, muerto en el frente del Ebro; José Mauro, fusilado por los rojos en Toledo, y, finalmente, otro gran amigo de nuestro grupo, igualmente sonriente, jovial y lleno de vida, como Antonio, muy querido de todos nosotros: Luis Moscardó Guzmán, que prefirió morir fusilado a tratar, como querían los rojos, de convencer a su padre de que se rindiera en el Alcázar.

¡Qué grupo aquél nuestro! A causa de sus heridas murieron también otros dos entrañables amigos míos y de Antonio Rivera: José de Fuentes, teniente de la 8.ª Bandera de la Legión, y Eduardo Gómez de Salazar, capitán de Regulares. Con ellos Antonio Rivera formó su grupo predi-

lecto y con ellos Rivera defendió el Alcázar.

Pues bien; Antonio Rivera era de los más joviales, de los más alegres de todo este grupo, que por entonces el mayor de todos no contaría, cuando nos unimos fuertemente en la Federación de Estudiantes Católicos en 1932, más de dieciocho años. Fué cuando escogimos a Rivera como presidente de la Federación de Estudiantes Católicos de Toledo por su personalidad, por su inteligencia, por su energía y, al mismo tiempo, por su virtud, por su fervor religioso, por su decisión.

UN DIRIGENTE JUVENIL

Rivera dió impulso a la Federación de Estudiantes Católicos. Prácticamente consiguió acabar con la F. U. E. toledana e incluso absorbió a muchos de sus afiliados, uniéndolos a nuestras filas.

Con su sonrisa, con su simpatía, Antonio Rivera mantenía en plena actividad intelectual y espiritual a los centenares de estudiantes que estábamos encuadrados en la Federación. Organizaba veladas literarias, actos de propaganda, funciones religiosas. Nada le intimidaba, pese a ser aquellos los duros años de odio y violencia comunista y socialista, volcados con saña y crueldad sobre Toledo, cuyo místico ambiente querían apagar los dirigentes marxistas.

En la primavera de 1934 organizó la IV Asamblea Nacional de las Juventudes de Acción Católica. El ambiente político español de aquellos tiempos estaba al rojo vivo. Las fuerzas marxistas que después debían constituir el Frente Popular no aceptaban la influencia derechista en el Gobierno de Lerroux y a toda costa fomentaban huelgas, motines, disturbios, crímenes, a fin de enturbiar la acción del Gobierno. En estas circunstancias, cuando se hace pública la convocatoria de la IV Asamblea de las Juventudes de Acción Católica, los marxistas provocan una huelga general en Toledo para el día de la inauguración de la Asamblea. «Ni pan ni agua para los perros fascistas», proclaman unos pasquines distribuidos en Toledo. Amenazan con palos, tiros y escándalo a los asambleístas.

Pero Rivera no se dejó intimi-

dar. Dejó todo a punto para el día inaugural. Y él personalmente, con algunos de nosotros, bajó a la estación del ferrocarril para recoger a los asambleístas que llegaban por tren y acompañarlos a sus alojamientos. Luvia de piedras, palos, insultos, se oponían a la marcha de estos muchachos jóvenes, conducidos por Rivera. Y así se celebró la Asamblea. Rivera, de una tartamudez natural, consiguió dominarse y pronunció un elocuente discurso, que nos dejó maravillados a todos. Había surgido el organizador, el directivo, el orador.

Y también el valiente. Porque nada arredró a aquel muchacho de dieciocho años, que tuvo que luchar contra aquella masa de marxistas que odiaban toda manifestación exterior de catolicismo.

LA OLEADA DEL ODI

El odio marxista crecía por días. Y así se llegó al estallido revolucionario de octubre de 1934. Pese a que en Toledo había fracasado la huelga nacional revolucionaria dictada por los dirigentes de las futuras fuerzas del Frente Popular, hubieron de tomarse medidas de seguridad para impedir cualquier desmán de los comunistas y socialistas, dispuestos a todo.

Por única vez, desde el Gobierno Civil republicano de Toledo se dieron facilidades a los de Falange Española, a los Tradicionalistas, así como a los de la C. E. D. A., para constituirse en auxiliares de la autoridad y salvaguardar el orden en la capital. Se nos autorizó a ir armados para marchar en grupos a custodiar una parte de los numerosos conventos de Toledo.

Y ahí estaba también Antonio Rivera, con una pistolita del 635 y escasa munición. Al verle con aquel arma en sus manos le preguntamos en tono de humor:

—Pero, Riverita, ¿estás dispuesto a disparar?

—Sería la primera vez que usara de un arma, pero si atacan el convento donde estemos, dispararé.

Y lo decía sonriendo, con tono natural, sin darle importancia a aquel hecho. Sin bravuconería.

Afortunadamente, nada ocurrió. Nos sentimos orgullosos de recorrer aquellas noches las calles toledanas constituidos en «fuerza pública». Por una vez, durante el transcurso de los cinco años de la República, de ataques pasábamos a ser un poco autoridad.

Pero todo duró muy poco. La debilidad gubernamental dió paso a una nueva fuerza y resurgimiento del marxismo, que de la cárcel y represión por la sangrienta revolución de octubre pasó al triunfo en las urnas en febrero de 1936.

La suerte estaba echada. Y el ser o no ser de España tenía que acabar dilucidándose en una Cruzada, sí, pero también en una guerra civil.

VOLUNTARIO AL ALCAZAR

En 1936 Antonio Rivera terminó su carrera de abogado. Con un gran esfuerzo de voluntad, puesto que por su astigmatismo su vista sufre indeciblemente ante la



Habitación de Antonio Rivera en su casa de Toledo

letra impresa y se hace leer las lecciones para aprenderlas de viva voz.

Licenciado en Derecho a los veinte años, Rivera prepara inmediatamente sus oposiciones a registrador de la Propiedad. Tiene novia. Desea casarse para formar un hogar, porque entiende que su sacerdocio debe constituirlo en el ambiente seglar, en la vida común, rodeado de todos los suyos, sus amigos y también sus enemigos, a los que busca principalmente para llevarles la palabra de Dios.

Crece en Rivera el ansia de santidad. «Quiero ser santo», se propone. Incluso se había fijado una fecha, la del 25 de julio, en ocasión de una peregrinación a pie a Santiago de Compostela, peregrinación que no pudo realizarse. Pero la santidad de Antonio debía manifestarse no en la basílica compostelana, sino en otro recinto no menos histórico: el Alcázar de Toledo.

Rivera hace apostolado. Encuentra a un amigo que ha perdido la fe y con sus largas conversaciones se la devuelve. Fre-cuenta la amistad de los más humildes. «Caridad para con todos. Mucha caridad con los obreros», escribe en sus apuntes espirituales.

Contra el abismo a donde conducían a España los del Frente Popular, contra aquel caos, aquella anarquía desbordada en el país desde las elecciones de febrero de 1936, se proyectaba el Movimiento Nacional. Alguien advierte a Rivera de la inminencia del Movimiento.

—¿Podremos contar contigo? —le pregunta.

—Yo siempre estoy dispuesto a defender a España y a luchar por el retorno del Crucifijo a las escuelas—responde Rivera con firmeza.

Llega el 18 de Julio. El coronel Moscardó, con la guarnición toledana, se une al Movimiento Nacional. Es intimidado por Riquelme para que entregue las armas a los marxistas y Moscardó escoge el Alcázar para desde allí defender la guarnición a sus órdenes y esperar la llegada de las columnas. Y se inicia el asedio al Alcázar.

Rivera no vacila. Sabe que su puesto está en el Alcázar y se presenta para que le entreguen un arma. Sus amigos al verle allí se sorprenden:

—Chico, ¿tú aquí? Márchate, hombre, que esto no es lo tuyo. Tú a las propagandas, pero no a los tiros.

Antonio se echó a reír y dijo con sencillez:

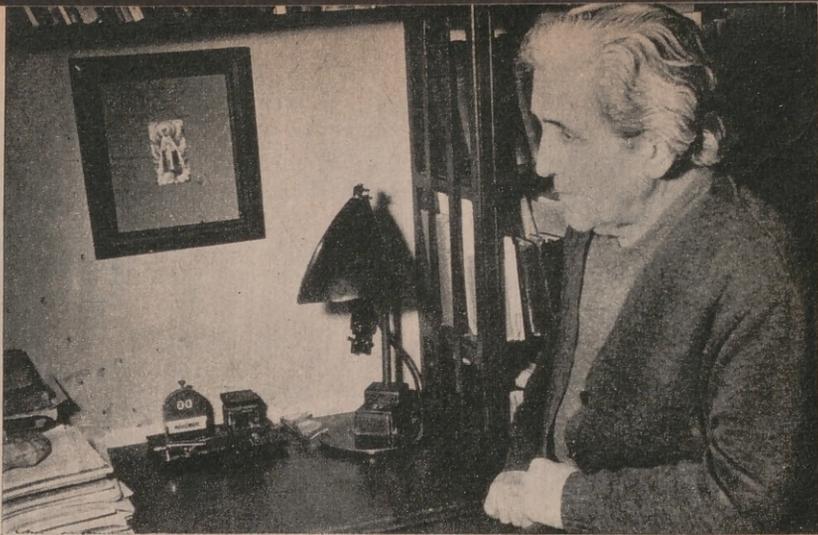
—¡Qué equivocado estás! He oído en la radio que la situación está difícil, pues ha fracasado el Movimiento en Madrid, y vengo a unirme a vosotros.

—¿Has traído armas?

—Sólo éstas—respondió Rivera, y enseñó un rosario y un Evangelio.

«TIRAD, PERO TIRAD SIN ODIOS»

En los primeros días del asedio Rivera fué destinado al Museo



Doña Carmen Ramirez de Rivera, madre del «Angel del Alcázar»

Romero Ortiz. Pero él estimó que aquella posición era demasiado tranquila y pidió, y obtuvo, pasar a otra sección más arriesgada, la que mandaba el teniente don Benito Gómez Oliveros.

Duraba el asedio. Sin noticias de las columnas liberaadoras. Pero la fe no decaía, y era Rivera el encargado de llevar alientos a los que más sufrían. Sonreía siempre, en todo momento. Renunció a la doble ración de granos de trigo a la que tenía derecho por hallarse en posición avanzada y la daba a los hambrientos así como también su ración de agua. El prefería sufrir en silencio. «Yo, Señor, estoy muy mal. Pero a Ti Dios mío, te noto muy bien y soy feliz», escribió en uno de sus acostumbrados apuntes espirituales.

Desde una de las troneras se divisaba su casa, donde habían quedado sus padres y hermanas. Pero él nunca quiso mirar hacia allí, porque no quería desfallecer al pensar en la suerte que hubieran corrido los suyos.

Una vez uno de los defensores le preguntó si se sabía algo de las columnas y Rivera le respondió serenamente:

—Sí; que la entidad Alcázar, aunque sólo la componga un defensor y una columna de su patio, recibirá a los libertadores.

Este era el temple de Rivera, defensor del Alcázar, el que alentaba a sus compañeros de defensa con estas sublimes palabras: «Tirad, pero tirad sin odio.» ¡Qué gran lección de cristianismo militar encierran estas palabras! Rivera sabía que la Cruzada, la guerra civil, era una necesidad histórica. El iba a la guerra, pero no a luchar con odio, sino a defender ese histórico permanente que es España.

Los rojos preparaban la mina contra el Alcázar. Y los defensores sabían perfectamente, por el ruido de las perforadoras, lo que se tramaba contra ellos. Se calculó el lugar donde haría explosión el centro de la mina y se prohibió circular por aquellos lugares. El 16 de septiembre la mina hizo explosión.

Los rojos creían que los muros se derrumbarían hacia dentro y aplastarían el Alcázar, pero, pese a todo, el Alcázar siguió en pie y de entre sus ruinas y cascotes surgieron sus defensores. Rivera acudió al fuego. Mas fué preciso, ante el ataque en avalancha del enemigo, replegarse a un piso in-

ferior. La ametralladora de Rivera quedó sola, abandonada. Antonio comprendió la necesidad de rescatarla. Así, cuando entré un diluvio de balas volvía con el arma al hombro, una bomba le alcanzó y le arrancó de cuajo una parte de su brazo izquierdo. Un solo grito salió de sus labios:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

Sonreía feliz porque daba su sangre, su brazo, por Cristo, por España. Y se lo dejó amputar sin anestesia, sin una sola queja. Una vez más aparecía el Angel en el Alcázar.

Cuando terminaron los combates y se restableció la normalidad dentro del acoso y del asedio, sus amigos bajaron a verle a la enfermería y les recibió llorando:

—No lloro por mi brazo, sino porque no les habéis dejado entrar.

«¿QUEREIS ALGO PARA EL CIELO?»

Diez días después se libera el Alcázar y con grandes penalidades Rivera es trasladado a su casa, donde sufre un largo martirio, que ofrece gustoso a Dios. Pero se muere. Un día llama a su padre y le dice:

—No hablo al padre, sino al médico. Dime si me voy a morir.

—Sí, hijo mío puedes morirte si no reaccionas el corazón con la inyección que te voy a poner.

La inyección no da resultado y Antonio llama de nuevo a su padre:

—No reacciono. Es inútil. Llamad otra vez a don Francisco.

Acude don Francisco Vidal, su director espiritual, y vuelve a confesarse con él.

Horas después entra en agonía

—¿Qué queréis para el cielo?

Sus últimas palabras fueron un «¡Viva Cristo Rey!»

Así murió Antonio Rivera, «El Angel del Alcázar», a quien ahora, como ha anunciado Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Primado de España, doctor Fla y Deniel, se le abrirá un proceso de beatificación.

¿Tendrá la Cruzada Nacional un santo en los altares, San Antonio Rivera del Alcázar?

Waldo DE MIER

INFANTERIA DE MARINA, UN CUERPO CON HISTORIA QUE SE PONE AL DIA

LA PREPARACION DE ESCALADORES DE ASALTO Y ZAPADORES ANFIBIOS

Sobre los cantiles de la costa, los infantes de Marina realizan ejercicios

La escalada tiene sus objetivos

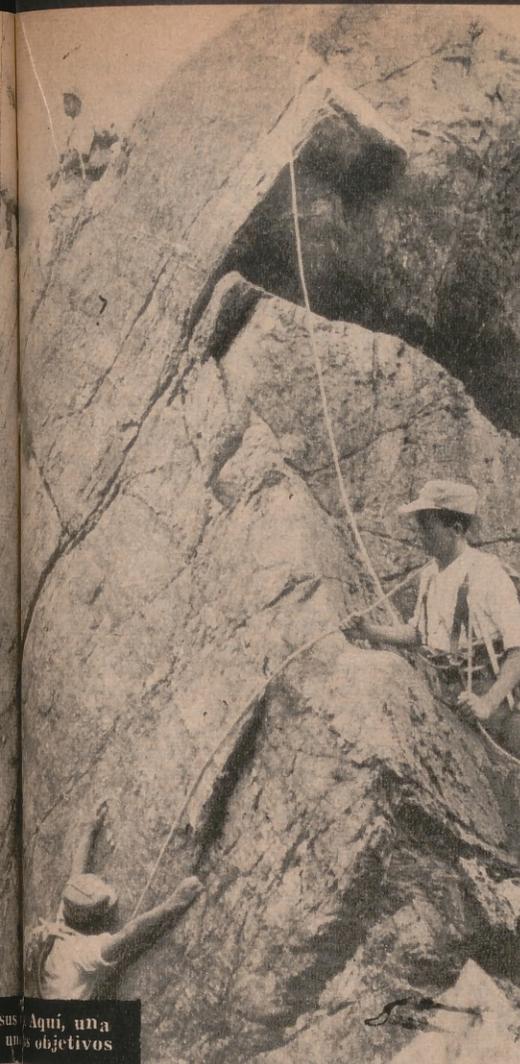
SE soldado de uniforme azul, con vivos rojos y botón de ancla, que monta la guardia, marcial, a la puerta del Ministerio de Marina; en el portalón de algún barco de nuestra Escuadra o junto al Estado Mayor del Departamento, es, en efecto, de Infantería de Marina. Más de una vez nabréis visto desfilar esta tropa selecta, arrogante y gallarda, a la cabeza de la parada militar cualquier primero de abril, por ejemplo, en el marco magnífico del señorial paseo de la Castellana madrileña, formando un bloque compacto, apretadas las filas, erguidos los cuerpos, altos los fusiles, impecables, airosos, en alineación impresionante por lo exacta, con precisión mecánica y perfecta.

La vieja—y gloriosa, como vamos a ver—Infantería de Marina española es, exactamente, la única fuerza militar de nuestros Ejércitos que conserva la antigua tradición del «uniforme de paño» con vivos destacados. La guerrera es azul, con sardinetas rojas, distintivo de las tropas de Casa Real. Y rojas también las franjas del pantalón corrido, de idéntico color al de la guerrera mencionada. Sus soldados se cubren con gorra de plato y usan correa-je aveilana. Mientras que la marinería propiamente dicha ha conservado su traje típico, el Ejército de Tierra ha perdido la

tradición de semejantes uniformes. La guerra resiste mal, en efecto, la fidelidad en el atuendo. Hasta bien entrado el principio de siglo aún la Infantería de línea combinaba con la guerrera azul el pantalón rojo, con franja de aquel color. La moda castrense era remota. Se asegura que Napoleón vistió con preferencia a sus soldados con uniformes rojos, sencillamente para proteger la cría de la cochinilla. Los Cuerpos de Artillería e Ingenieros uniformaban antaño a sus hombres de azul, con franjas en los pantalones, eso sí, de color rojo igualmente. Y, en fin, la Caballería

conservó hasta el final los vistosos uniformes azul pálido para sus jinetes. La primera guerra europea significó un golpe fatal para la policromía alegre del vestir militar. Los anglosajones impusieron el sufrido «caqui», muy adecuado para el enmascaramiento. Los franceses fabricaron su «reseda» y, en fin, los alemanes terminaron por adoptar su «gris-campaña». Desde entonces los Ejércitos de Tierra no han hecho sino simplificar su atuendo, procurando el color más discreto y disimulado posible. La culpa de que hayan perdido aquéllos el colorido vivo de su vestir de anta-

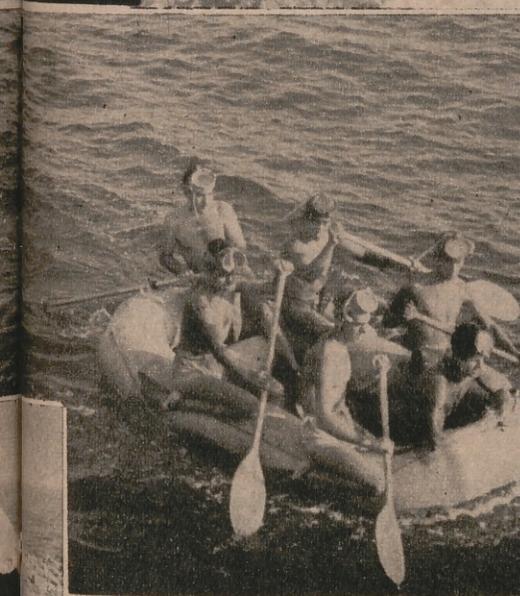
A las siete de la mañana comienzan los ejercicios con las tablas de gimnasia



A 22 metros de profundidad con escafandras autónomas de fabricación nacional



A 12 metros de profundidad, límite marcado el pasado año por el mando



Botes de goma para las aproximaciones nocturnas superiores a los 5.000 metros

ño la tiene, sencillamente, el alcance de las armas y la enorme eficacia de su fuego.

Pero nuestra Infantería de Marina conserva, para guarnición, su viejo uniforme, y hace muy bien. Su misión en la paz se lo permite, y la Armada ha decidido justamente mantener la tradición externa de aquel Cuerpo. Porque, eso sí, la función de éste cambia,

como es natural, con 'os tiempos, y aun gana, en los modernos, gran importancia, incluso. He aquí lo que vamos a ver ahora.

REORGANIZACION DE LA INFANTERIA DE MARINA

No hace aún muchos días que cierta referencia oficial hizo cita de una nueva disposición al efec-

to. El Decreto de 3 de octubre último, que fija las futuras misiones de este Cuerpo. La disposición, a la postre, es una corrección y puesta al día de la Ley anterior de 17 de octubre de 1940 aparecida apenas terminó nuestra Cruzada. Es a esta última a la que vamos a comenzar refiriéndonos, por tanto. La ley de 1940 trataba de dar cometido nuevo a la Infantería de Marina. Cuando se creó este Cuerpo, ciertamente, se le había asignado, como es natural, una misión concreta. Pero —aclaraba perfectamente la disposición legal citada— en la evolución natural de la Marina correspondía darla un nuevo cometido a aquélla. Se le asignaba al efecto—por «su irreprochable presentación», decía el texto legal— «dar la tónica a las fuerzas navales» en donde estuviera destacada; guarnecer arsenales y establecimientos de la Armada; manejar las ametralladoras, en tierra o a flote, al mismo tiempo que recibía el encargo de la organización de la defensa pasiva en las bases. Cinco «Tercios», esto es, cinco Regimientos, se organi-



zaron a la sazón, denominados «Norte», «Sur», «Levante» — con cabeceras en los Departamentos de El Ferrol, Cádiz y Cartagena—, «Balears» y «Canarias», destacados estos últimos en las provincias insulares, además de un Batallón independiente, adscrito al Ministerio de Marina. La Escuela de Aplicación, como las del Ejército, debería ocuparse de las experiencias, estudios tácticos y orgánicos de este Cuerpo. Su jefe superior debería tener categoría de general de División, dependiendo todo del Estado Mayor de la Armada. Cada «Tercio» comprendía tres batallones: uno ligero, de fusiles y ametralladoras; otro de defensa antiaérea y otro de instrucción. Tal organización ha sido mantenida hasta la fecha. El Decreto de 3 de octubre último ha dado, sin embargo, nuevas normas al efecto. De aquí la actualidad de esta referencia.

UN CUERPO CON HISTORIA

El hombre, probablemente, combatió en el mar al mismo tiempo que comenzó a hacerlo también en tierra firme. En los ríos navegables, en las orillas de la costa baja, seguramente, disputó a sus rivales la pesca y comenzó a ejercer, incluso, la piratería. Es sabido, por ejemplo, que los navegantes púnicos, que ocultaron a los demás nautas de la antigüedad sus aventuras al oeste del estrecho de Gibraltar—sus viajes en busca de estaño—, propalando falsedades aterradoras de los peligros de la navegación oceánica—incluso mantenidos hasta el descubrimiento de América—, acudían a medios mucho más disuasivos cuando otros navegantes intentaban salvar la angostura de las «Columnas». Se sabe, en efecto, que los navegantes púnicos impedían este paso por la fuerza, incluso, siempre que les era po-

sible. La Historia de la antigüedad más remota nos habla no sólo de los navegantes fenicios, sino de los persas y de los griegos. Cuando los medos, en efecto, salvaron las Termópilas, tras acabar con la resistencia heroica de los espartanos de Leónidas, se encaminaron a Atenas. Los atenienses, refiere la Historia, acudieron en consulta de lo que debían de hacer al oráculo de Delfos. Y éste contestó algo que debió parecer, al principio, jeroglífico. La pitonisa habló, en efecto, de «ut munirent se maenibus ligneis». «¡Murallas de madera!» Algo extraño, en fin, que Temístocles, afortunadamente, descifró. Se trataba de construir buques de madera. Y exactamente con cuatrocientas embarcaciones los griegos lograron derrotar a los persas, pese a que éstos triplicaban el número de estos navios. Antes, naturalmente, de la vela, y aun luego, con la vela—en las calmas—, los buques se movieron antaño a remo. Remaban los esclavos, los presos, los galeotes. Y a esta gente era menester tenerla obediente y estrechamente vigilada. De aquí la necesidad de admitir a bordo tropas regulares, originalmente mercenarios, que fueron, al efecto, algo así como el antecedente de la Infantería de Marina posterior. La Marina española nace con el almirante burgalés Bonifaz y con navios armados en la costa cantábrica y galaica. El escudo de Santander recoge, en efecto, la proeza de estos navios expugnando Sevilla, Aragón, en sus andanzas maravillosas. Mediterráneo adelante, necesitó tropas de esta clase en sus embarcaciones gloriosas. La exigencia previa para la culminación de la Reconquista consistió en bloquear a los moros la navegación entre la Península y Marruecos. Sólo así pudo ser conquista fructífera y decisiva la de Granada. En el siglo XVI figuran ya en nuestra organización los llamados «Tercios de la Armada», que constituían, a la verdad, la guarnición de los galeones. A la sazón, y aun largo tiempo después, en realidad, el Ejército se batía en tierra y en el mar, embarcado, indistintamente. Don Juan de Austria, Requeséns, Sancho de Leiva, por ejemplo, mandaban indistintamente sus soldados a bordo y en tierra firme. Pero poco a poco se perfilará luego la necesidad, que hoy parece indiscutible, de un Ejército del Mar totalmente independiente del de tierra adentro. El llamado «Tercio de los Galeones» constituyó el regimiento encargado de guarnecer los barcos que iban o regresaban de América. Entre los «Tercios» adscritos al servicio del mar, con habitual frecuencia, el llamado de «Córdoba» es citado por el historiador Conde de Cleonard por sus reiterados heroísmos en Lepanto, Túnez, Malta, expedición de las Terceras, la «Invencible», Méjico, guerra de Cataluña, África, Mesina, Montevideo, sitio de Gibraltar, Orán, Trafalgar y campañas de la Península contra Napoleón. ¡Una historia gloriosa.

que es la misma gloriosa Historia de España durante más de dos siglos! Un bajel de mil toneladas llevaba antaño una guarnición de 260 hombres de Infantería de Marina, que integran una «Compañía» llamada de Mar y otra de Tierra, empleada esta última, sobre todo, en los desembarcos. Comenzó a perfilarse así una nueva misión de la Infantería de Marina que, andando el tiempo, debería acabar constituyendo su cometido más importante y trascendente.

Patiño, el gran organizador de nuestra Armada en los días de Fernando VI, organizó en 1717 los Batallones de Marina para hacer servicio en tierra y mar, con una plantilla de 600 hombres. En la «Ordenanza de la Armada» del año 1748 dispone el Rey que «para custodia, fuerza y defensa de los bajeles de Mi Armada» se organicen ocho batallones de Infantería de Marina. Desde entonces este Cuerpo ha tenido una historia tan intensa como magnífica. Puede decirse que sus hombres se han batido gloriosamente en todos los mares del mundo y en todos los Continentes. He aquí uno de estos héroes. Elegimos deliberadamente el nombre de uno de sus soldados, solamente. En cierto cementerio extremeño, una lápida de mármol, con inscripción en negro, señala el lugar donde yace Tomás Pío Pérez. Tal fue este soldado. La inscripción dice así: Asistió a la defensa de Orán, después del terremoto, y a la batalla de Trafalgar, donde sobresalió entre los más valientes, y estuvo en la rendición de la escuadra del almirante Rosselly; dió dos veces la vuelta al mundo—entonces, cuando se tardaban tres años en circunvalarle—; asistió a treinta y tres batallas navales; hizo veintinueve viajes a América y tres a Oceanía. He aquí toda la historia de un valiente, lacónicamente recogida en esta lápida funeraria, que es también como un exponente magnífico de cuanta actividad y tanta gloria cupieron ya entonces a estos soldados de selección que fueron los «Tercios de la Armada».

En los tiempos modernos, la Infantería de Marina cumplió bravamente también en Marruecos, interviniendo, sobre todo al principio, en las más enconadas y difíciles empresas; brilló alta en nuestra guerra de Liberación y se prepara, por último, para ponerse a la altura del momento, dispuesta a continuar siempre su tradición heroica. ¡Tal es el ansia de sus hombres, sin exceptuar ninguno! He aquí, en efecto, lo que cantan los himnos de estos gloriosos Regimientos. El estribillo del primero dice, al efecto, así:

*Soy soldado español, de Marina,
que juré, por mi Patria, luchar,
donde voy va delante mi lema,
soy valiente por tierra y por mar.*

O como dice el refrán del himno del tercer Regimiento:

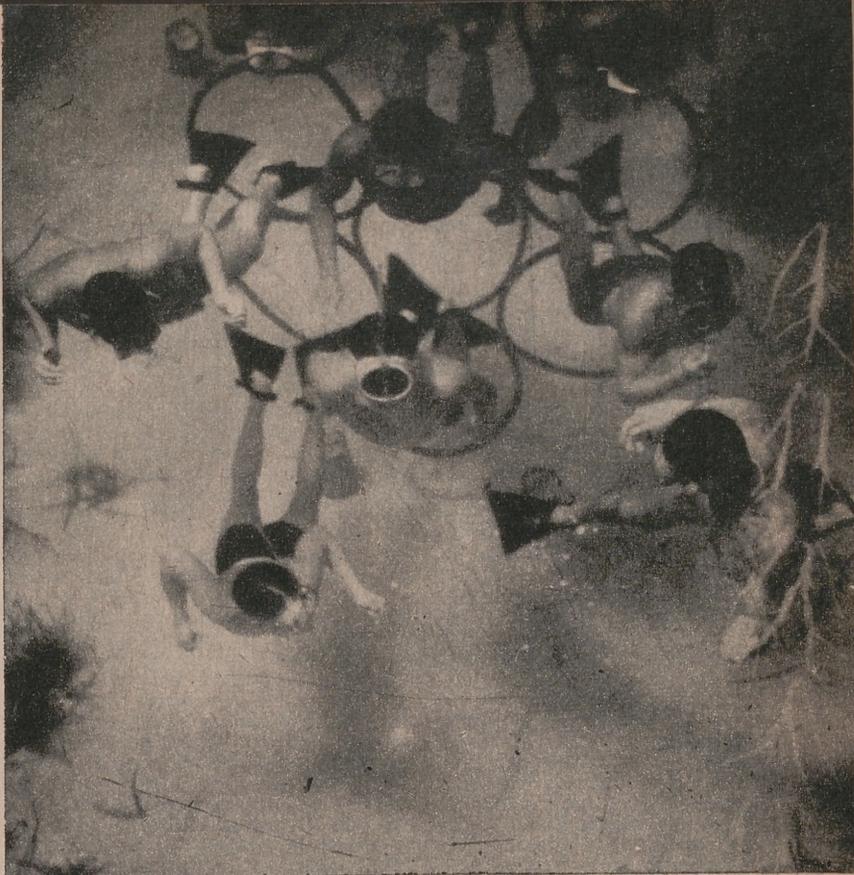
*Honra siempre dió a la Armada
esta noble Infantería,
... ..
... ..
ser valiente en la tierra,
ser valiente en el mar.*

PREPARACION PARA LA «GUERRA ANFIBIA»

Pelear por España «en la tierra y en el mar; la «guerra anfibia», en fin, es el gran y singular anhelo, hoy también, de este Cuerpo glorioso. Tal función ha sido, tiempo, aunque siempre le fuera naturalmente, variada con el peculiar. Sobre todo desde que la Infantería de Marina es propiamente ya tal, y no sólo una Infantería terrestre puesta a bordo. Ocurría semejante novedad orgánica en abril de 1717. Los viejos Regimientos de tierra «Corona» y «Marina» facilitaron cuatro batallones propios, para constituir con ellos otros tantos batallones de Infantería de Marina. Las nuevas unidades recibieron los nombres de «Armada», «Marina», «Océano» y «Bajeles», mas otro posterior denominado «Mediterráneo». Como la antigüedad del Regimiento base—el de la «Corona»—data de 1537, las nuevas unidades de Infantería de Marina heredaron semejante remoto ascendiente, lo que ha sido motivo de la preferencia que este Cuerpo tiene en desfiles y paradas. Sus privilegios, se dispuso, deberían ser, efectivamente, los mismos que los de las tropas de la «Casa Real».

Como quiera que la marinería procede del reclutamiento normal, como el Ejército, en general, y ya los buques no precisan guarnición para vigilar a esclavos y galeotes, la Infantería de Marina perdió luego su razón constitutiva original. La ley del año 1940 vemos la adscribió nuevos cometidos. Pero la última gran guerra ha sido a estos efectos muy fértil en enseñanzas y lecciones, que no cabía desconocer u olvidar.

Antaño, el desembarco se apreciaba como una operación difícil. Era cruento y, sobre todo, peligroso. La mala organización y la defectuosa elección del lugar de desembarco anglofrancés en la península de los Dardanelos, en 1915, durante la primera guerra mundial, motivó un desastre para aquéllos, que tuvieron, en estas operaciones, 200.000 bajas y perdieron nada menos que cinco acorazados. Posteriormente, Alhucemas fué una lección de arte militar brindada por España al mundo diez años más tarde. El desembarco que realizara el general Primo de Rivera y en cuya fracción de vanguardia iba Franco, se verificó de modo tan brillante que sirvió de enseñanza y modelo para las escuelas militares extranjeras. La guerra última amplió notoriamente el método operativo de los desembarcos. Toda la guerra del inmenso Pacífico fué una continuada sucesión de «saltos de rana». En nuestro hemisferio, fueron operaciones brillantes de desembarco la «Operación Torch» —desembarco en el Norte de Africa—, el de Sicilia —«Operación Husky»—, el de Italia —«Operación Avalanche»— y, por último y sobre todo, el de Francia, en aguas del golfo de León y singularmente en la península de Normandía —«Operación Overland»—. Los medios modernos para realizar estas operaciones son perfectos. He aquí por lo



Los nadadores de la Infantería de Marina en prácticas de inmersión

que, en los Estados Unidos, por ejemplo, los «marines»—esto es la Infantería de Marina yanqui— dispone hoy de tres divisiones, material prolijo y embarca casi una división entera a bordo de su VI Flota, por si fuera preciso actuar en cualquier lugar de la vieja cuenca mediterránea.

UNA MISION DE ACUERDO CON LAS EXIGENCIAS DE LA VIDA MODERNA

He aquí algo de lo que, sin duda, prevé y pretende nuestro Decreto de 3 de octubre último, atemperadas las posibilidades propias, naturalmente. En su preámbulo dice esa disposición que, como consecuencia del moderno material adquirido, el Cuerpo de Infantería de Marina precisa una nueva adecuación. Por tanto, se procede, lógicamente, a organizarle. La nueva estructura y la nueva función tiene como piedra angular, es razonable, la Escuela de Aplicación —laboratorio experimental de la nueva táctica—, y como elemento fundamentalmente ejecutante el propio «Tercio Sur», pero muy reforzado y convenientemente equipado. La Escuela de Aplicación creará doctrina y experimentará y estudiará el novísimo material ya disponible. Al frente de este binomio orgánico, «Escuela + Tercio Sur», se ha puesto a un general de brigada, encargado y responsable de esta instrucción.

No se trata ya de la anterior misión de guardar buques y establecimientos, sino de algo mucho más activo y trascendente. Las exigencias de la guerra de hoy requirieron misiones mucho más amplias y elásticas ciertamente. Son precisas tropas de Infantería de Marina para constituir núcleos aislados o «comandos», o bien, en mayor número,

pero siempre en misión ágil y maniobrera, para ser empleados allí donde la Marina lo precise. De las experiencias, que se realizan ya, se deducirán enseñanzas que se aplicarán por todas las fuerzas de este Cuerpo. Para la decisión actual ha servido de base una reorganización precedente que transitoriamente subdividía, desde 1952, a los Tercios en «agrupaciones» y «grupos». La primera agrupación tenía afecta la instrucción; la segunda era eminentemente operativa, y la tercera concernía al material. La segunda agrupación era la que comprendía el primer grupo, llamado de «asalto», que integraba las últimas novedades en la táctica anfibia, los «zapadores» y los «escaladores», a los que luego nos referiremos. Otro grupo estaba integrado por compañías de fusiles y armas automáticas.

El Decreto de 3 de octubre prevé ahora la puesta a punto del «Tercio del Sur», reforzándole extraordinariamente, para que sirva de modelo instructor a los demás. Así la segunda agrupación citada constará no de uno, sino de tres grupos diferentes.

Para darse cuenta de la importancia de la nueva unidad, he aquí algunos datos esquemáticos de su plantilla y de su material más importante: número de hombres, de 2.500 a 3.000; ametralladoras antiaéreas, montaje cuadruplicado, modelo «M-55», 34; Cañones sin retroceso de 75, 24; lanzacohetes «M-20», 42; lanzallamas, 32; morteros, 8; armas automáticas, 99; radioteléfonos de medio watio, 198; radioteléfonos de mochila, 60; radios de dos vatios, 18; camiones de 3-4 toneladas, 17; vehículos de 1-4 toneladas, 88; ambulancias, 3; autocisternas de dos toneladas y media, 3; remolques

de 1-4 toneladas, 88; ídem de una tonelada, 42; r-molques aljibes, 6; centrales telefónicas, 8; teléfonos, 88, y 13 vehículos de tipo medio y 5 ligero, ambos anfibios. Todos los vehículos son «todo terreno», a fin de que no exista dificultad alguna en los desplazamientos. Como se ve, se trata de una unidad anfibia poderosa y de gran eficacia, muy a tono con las nuevas empresas que pueden aguardar a la Infantería de Marina en el porvenir. La reorganización, por tanto —sobre haber traído tan singular resultado, dada la moderna y gran dotación de armas y elementos existente—, permitirá, sin duda, obtener enseñanzas y módulos de acción para el futuro, tanto en el orden orgánico como en el táctico y en el logístico. ¡Que en la guerra todo es innovación constante! Y más que en ningún otro sitio es exacto el dilema: «Renovarse o morir».

ESCALADORES Y ZAPADORES ANFIBIOS

La Infantería de Marina española puede hacer suyo el viejo lema de cierto colegio militar extranjero, en cuyo frontispicio se leía así: «Nos instruyen para vencer.» He aquí, en efecto, lo que pueden decir estos soldados nuestros empeñados ahora en mejorar su eficiencia gracias al nuevo armamento, en la base naval de Cádiz.

Dos novedades suscitan, justamente, la atención de las gentes curiosas afanadas, plausible y patrióticamente, en conocer los progresos de sus tropas de mar. Estas novedades son las unidades de asalto o escaladores y las de zapadores-anfibios, o sea los hombres-ranas. Las dos novedades son resultado de las experiencias de la última gran guerra.

La misión de los hombres-ranas, los zapadores anfibia y aun mejor submarinos, por así decirlo, la gente se la explica en seguida. Pero eso de los marinos escala-

dores, les sorprende ciertamente mucho más. Pero, es que los marinos —dicen algunos, con harta ligereza— van a conquistar las montañas terrestres? Ciertamente que no se trata de esto, sino de algo mucho más razonable y comprensible. Los golpes de mano, la acción de los «comandos», con misión de momento, e incluso los desembarcos de menor o mayor importancia requieren hombres diestros, como todos los cometidos en la guerra, ninguno fácil porque a la propia dificultad de las cosas se añade siempre la mayor que pone el enemigo para impedir el propio empeño. Unas veces se actuará en costas bajas, en playas inclusive, en las que no faltarán montículos, cabos escarpados, colinas cortadas, cerros quebrados, en fin, en la que vendrán bien gentes instruidas en la escalada. Pero, normalmente, tales golpes de mano, incluso ciertos desembarcos, se efectuarán también en costas acantiladas o bravas, precisamente porque en ellas es donde menos puede esperar la acción propia el enemigo expectante. Otras veces no habrá opción. Será preciso operar precisamente sobre esta misma clase de costas. Saltar del mar a la roca tajada es empresa ciertamente nada fácil. Y menos cuando, como decimos, el enemigo se dispone a rechazarnos con las armas. Hacen falta para dar así el golpe de mano gentes muy diestras e instruidas en la técnica nada sencilla de escalar. ¿Se comprende, pues, la necesidad imperiosa de disponer de tropas de esta clase?

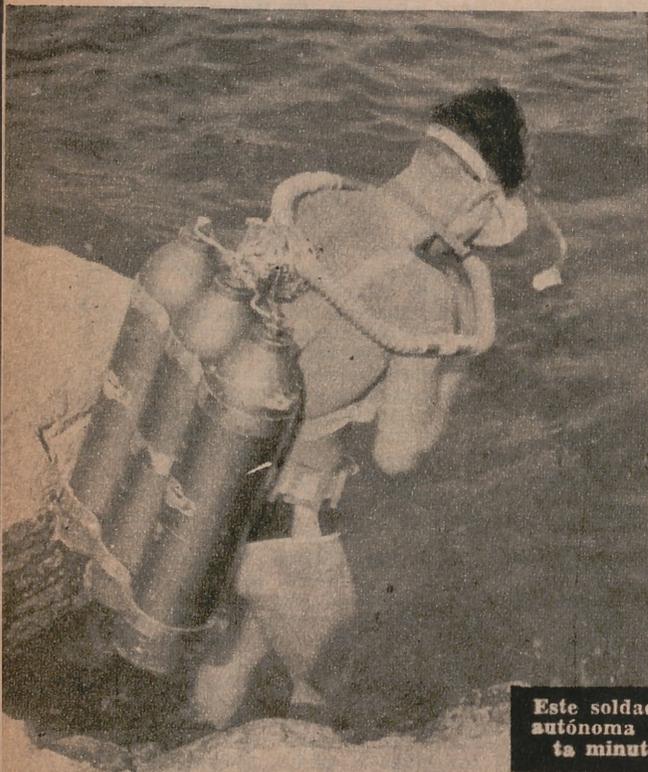
El soldado de Infantería de Marina destinado a estas misiones se llama soldado de asalto-escalador. Su cometido es muy complejo y ciertamente difícil. Debe marchar por toda clase de terrenos, llevando todo consigo, y no agotarse jamás. Precisa, por tanto, una excelente instrucción y, desde luego, facultades intrínsecas personales, como por ejemplo, buen sistema nervioso y sentido del equilibrio, aparte de no padecer vértigo. La instrucción consiste en enseñarle a trepar, realizar marchas, practicar ejercicios de elasticidad, equilibrio y morales, por ejemplo, aprendiendo a saltar confiadamente sobre una lona que sujetan doce hombres. Su uniforme es el propio de los menesteres de este singular montañero de la orilla del mar. Se toca con gorra, usa cazadora y pantalón noruego y calza bota de escalar y de lona; se equipa con mochila de espalda, martillo, «piocha» —u a herra-

mienta de escalada que consta de un mango de madera con un regatón de hierro, por un lado, y un zapa-pico por otro—, clavijas para clavar en la ascensión, cuerdas de seguridad y de socorro, y desde luego, naturalmente, el mosquetón o fusil corto necesario para la defensa, municiones, etc.

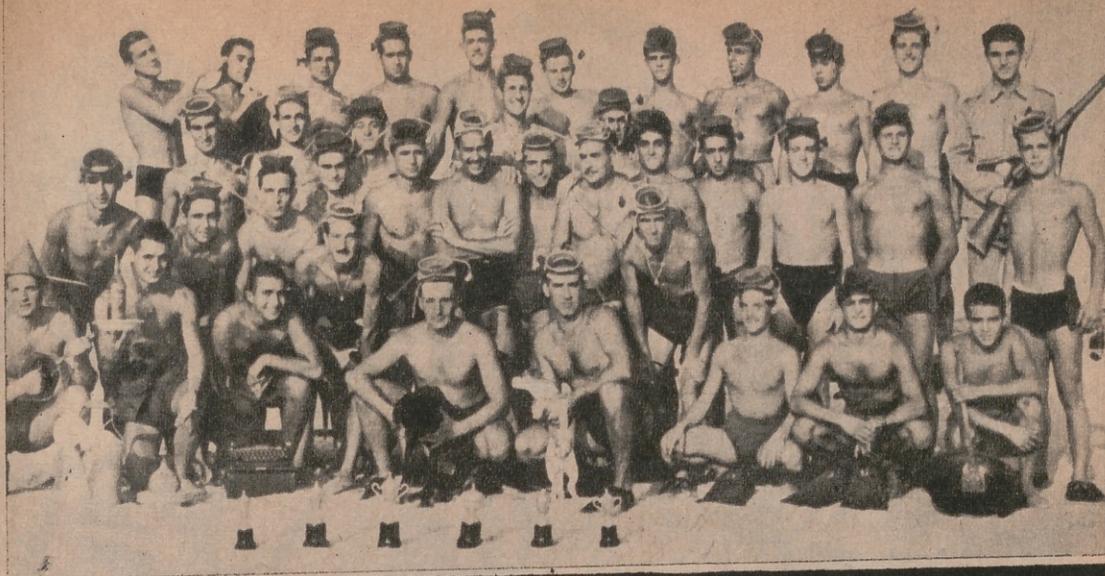
La costa acantilada ofrece, más o menos, facilidades para la ascensión. Máximas, si es tendida y se sumerge y adelanta en el mar. Naturalmente, muchas menos si es cortada. Pero incluso los escarpados «muertos» fijados por la erosión, que dejan ver en el fondo grandes amontonamientos de rocas son susceptibles de salvarse adecuadamente. El soldado de «asalto anfibia» de nuestra Infantería de Marina utiliza diversas armas, además del mosquetón, entre ellas las automáticas, el mortero, el lanzallamas en casos, la granada de mano y los explosivos para las destrucciones precisas en los golpes de mano. Naturalmente, necesita también un equipo de transmisiones. Un pequeño destacamento de estas tropas audaces y muy bien instruidas puede saltar sobre la costa enemiga cualquier noche, aproximándose a tierra en un buque de superficie, con la oscuridad o sencillamente en un submarino. Una vez en tierra pueden lograr una información; destruir una línea férrea o telegráfica, lo mismo que una carretera; volar cualquier obra de arte; incendiar un depósito de municiones o hacer prisioneros en la línea enemiga, incluso en algún puesto de mando o cuartel general. Y realizado el golpe, regresar justamente por donde han ido o por otro camino bien estudiado de antemano, para ganar el buque que les transportó al desembarcar. Puede también esta tropa servir de vanguardia de selección en un desembarco en regla. En todo caso, la Infantería de Marina tiene ahora más que nunca una misión difícil y trascendental que realizar en la guerra. Su excelente espíritu es la mejor garantía de sus éxitos si la prueba llegara algún día. Ellos, los infantes de Marina, se instruyen, como hemos dicho, para vencer siempre, como rezan sus himnos, en «tierra» del mismo modo que en el «mar».

PREPARACION DE LOS «HOMBRES-RANAS»

Otra organización típica y notable de estas fuerzas de la Infantería de Marina española, en sus agrupaciones especiales, es la de los «hombres-ranas» o «zapadores-anfibios». Comenzó la instrucción, en efecto, hace ya unos once años. Se sabía a la sazón—apenas terminó la última gran guerra—cuál había sido el papel de estas formaciones, e incluso de la utilización de ciertos medios, como los «mezzo d'assalto» italianos, en la lucha del ataque por sorpresa contra buques enemigos. Se conocía, sobre todo, la organización inglesa en los «frog-men», que databa de 1942. En agosto de 1953 fué construída ya la unidad de «zapadores anfi-



Este soldado con escafandra autónoma permaneció treinta minutos de inmersión



Dos tenientes, cuatro sargentos, cuatro cabos y veinticinco soldados componen el equipo de nadadores

bios» en el «Tercio de Baleares», estableciéndose el primer campamento al efecto para la mejor instrucción de esta tropa en la histórica rada de Santa Ponsa, en donde desembarcara un día Jaime I para conquistar la isla de Mallorca a los moros. Se practicó en octubre del año citado un ejercicio curioso con pleno éxito. Desde unos submarinos, que se aproximaron dos mil metros a tierra durante la noche, se lanzaron nuestros primeros «hombres-ranas». St supuso el ataque a una cierta estación de radar a una base de lanchas rápidas. Tuvo completo éxito. Posteriormente, estas mismas tropas intervinieron en la recuperación de un avión francés que había caído en la playa de Magaluf, e incluso de un balandro hundido en la bahía de Palma. Diversas intervenciones y ejercicios han sucedido, naturalmente, luego, mientras que la constitución de semejantes fuerzas se ha generalizado a todos nuestros Tercios. La organización de estas tropas recomienda la constitución de cuatro equipos por sección. Cada equipo está integrado tan sólo por cuatro soldados y un sargento. Y cada dos equipos tiene a su frente un oficial. Estas formaciones son de singular utilidad no sólo para los golpes de mano, sino también para el reconocimiento, la apertura de brechas en las defensas de las playas para el paso de las embarcaciones de desembarco, así como para la limpieza de dichas playas de minas y artefactos. Es larga y difícil la instrucción de tan selectas y originales tropas. Generalmente, la instrucción dura siete meses, en los que se aprende física y fisiología de la inmersión, técnica del buceo, explosivos y su empleo submarino, construcción y destrucción de obstrucciones en las playas, táctica del «hombre-rana», interpretación de planos, levantamientos topográficos de croquis, nociones de armamento, incluso de algunos extranjeríos; conocimiento de la fauna submarina, auxilios sanitarios, etc. El equipo de estas unidades es, naturalmente, muy somero. El

llamado «ligero» consta de bañador, aletas para los pies, gafas, tubo respirador y cuchillo; el llamado de «inmersión» está compuesto de bloque tribotella, válvula, tráquea y embocadura, atalaje, cinturón de lastre, caja de transporte, «escafandra autónoma», manómetro transvasor, portátil, llave de ajuste de la válvula, gafas de profundidad, aletas pesadas, varilla o cordón de mando de reserva, puñal, reloj estanco, brújula, linterna, profundímetro, tablas de descompresión, corredera o podómetro de natación, escafranda autónoma de circuito cerrado para las operaciones bélicas, traje de esponja de goma, traje «volumen constante», chaleco de protección contra explosiones, escafranda semiautomática, traje interior de lana, «pelele» y botella comercial de aire a presión.

Discúlpenos la precisión del relato, pero por tratarse de tan novísimas y curiosas unidades nos ha parecido de interés para el lector atento a este detalle. Para la información precisa se dispone de material diverso, en esencia telémetros; prismáticos; cámaras fotográficas y «tomavistas»; radiotelefonos; equipos de luz; pistolas de señales, cronómetros, «pizarra de inteligencia», etcétera. Para el transporte, de embarcaciones especiales tipo «L. C. P. R.»; botes de goma; de arrastre de explosivos y mixtos, con motor. La sanidad y la seguridad requieren material de botiquín y cura, pulmotora, cámara de descompresión, pastillas antitiburón, colorantes antitiburón y bombas iluminantes; y entre el material diverso que es preciso añadir aún anotamos el compresor, la cámara fija de descompresión, los indicadores de iluminación del canal, los detectores de minas, el material de demolición, etc.

Cousta ha creado para estas tropas elementos de vida precisos y adaptados en la actualidad en el mundo entero. De la trascendencia de la misión de estas fuerzas ha dicho no poco la última Gran Guerra, en cuyo momento se constituyeron en reali-

dad, como un arma nueva, podríamos decir que la de «la cuarta dimensión» la que lleva la guerra al fondo mismo de los mares. Pero aun en esta era de «semipaz» que atravesamos, en este instante de latente y desasosegada «guerra fría» hay un incidente que está en la mente de todos, que recuerda la importancia de semejantes fuerzas. Nos referimos al asunto de Lionel Crabb, que acaparó, por dos veces, la atención mundial, primeramente cuando éste desapareció, en torno de un crucero soviético, fondeado circunstancialmente en cierta rada británica, probablemente enviado por alguien a conocer la roda del buque ruso y deducir si era o no apto para la navegación por los mares de hielos polares; luego cuando, pasado un año, apareció el cadáver de aquel hombre rana, ferozmente mutilado, sin duda para que la identificación fuera imposible. Paradójicamente en estos mismos momentos en los que las armas de guerra ganan en el espacio, no cientos de metros de altitud, sino incluso cientos de kilómetros, es curioso que este mundo misterioso, el «cuarto continente», que es el fondo del mar, resulte interesar del mismo modo al hombre como campo novísimo y original de sus batallas. Se diría que en su furor suicida y destructor no reconoce límites para irradiar la lucha.

Pero sabed todos los que leéis aquí este reportaje sobre nuestra moderna Infantería de Marina que España está atenta al problema esencial de la defensa patria. Y prueba patente de esta atención despierta de nuestro Ministerio de Marina es, justamente, con la espléndida realización de las últimas maniobras navales de la Escuadra, esta otra instrucción minuciosa, metódica y novísima en la que se preparan estos soldados de la heroica Infantería de Marina española, fieles a su tradición de siempre de excelentes soldados de querer ser siempre valientes e invencibles en el combate lo mismo de la tierra que del mar...

HISPANUS



INTERMEDIO A BRINCOS

¡P RRRRIIII! ¡Pri!

El silbato del cartero matutino deja expectantes a los vecinos de la casa número 7 de la calle de Antonio de Alfian.

—¡Francisca Mirandaaa!

La escalera interior amplifica el taconeo —como palmas de «tango»— que produce la señorita Paquita:

«chichos», bata de flores y zapatillas en chancleta.

—¡Alberto Gonzálveez!

Los rostros que salpican los huecos del patio de vecindad siguen mirándose de hito en hito.

—¡Sándalo Cabrejaas!

Doña Plocia Sangorrín de Cabrejas se moviliza al oír el último grito del pregonero postal. Rescatada la carta dirigida a su esposo, doña Plocia la abre e inicia su lectura mientras sube las escaleras a puro tacto. Ya en su casa, concretamente en el comedor, relee de nuevo la misiva que remitió su hija Julia, la que está en Londres de «nurse». Para los amigos, de profesora.

«... Y sus padres se han portado muy bien conmigo. Vivo con ellos desde que dejé la casa donde trabajaba. Como ya sabéis, conocí a Edwina en aquel hospital donde trabajé al principio. Es muy mona y dieciocho años vieja. Sus padres han accedido a que pase una temporada con nosotros. Salimos de aquí el martes y el miércoles por la noche llegaremos a Príncipe Pío's Station. La falda que me mandaste me está un poco estrecha, pero no he querido sacarle por si luego adelgazo...»

Un tufillo acre empaña ligeramente el júbilo de

NOVELA

Por Francisco CERCADILLO

doña Plocia. El aceite se está quemando.

¡Mneéec!

El zumbador de la puerta anuncia la llegada de Jorgita Cabrejas Sangorrín: dos años pelona, tres con pelo de rata, cuatro con tirabuzones y cinco con trenzas. Jorgita estudia el Bachillerato—plan mil

novcientos y pico—en el colegio de Nuestra Señora de la Cinta de las Hermanas Augustas. Su madre la entera de la actualidad familiar.

—Tu hermana llega el miércoles.

¡Mnéc, mnéc! ¡Mnéc!

El zumbador del cuarto de los señores de Cabrejas, singular aparato llámador en una finca urbana plagada de prosaicos timbres, advierte que el cabeza de familia pide práctico para entrar en su hogar. Don Sándalo Cabrejas Masía, farmacéutico y socio del Atlético de Madrid, recibe con serena alegría la novedad que le da su hija menor.

—¡Julia llega el miércoles!

—¡Qué peste a aceite!

—¡Y se trae a la inglesa!

—¡Quieres abrir ese balcón!

—¡Mira la carta!

Don Sándalo lee la carta, escrita en papel azul, y gruñe al terminarla:

—¡Lo que nos faltaba!

Luego enciende la radio y coge el diario hablado por el rabo, por el boletín meteorológico. ¡Qué se le va a hacer!

Jorgita ha terminado de poner la mesa y marcha, pasillo adelante, a llenar la jarra del agua.

Casi a los postres, como siempre, llega a comer Evaristo Centeno Sangorrín. Evaristo—¡Mnéc, mnéc, mnéc, mnéc!, ¡Mnéc, mnéc!—es sobrino carnal de doña Plocia y vive en casa de ésta. Evaristo, que es bajito y anda un poco delicado del corazón, va para médico en la Universidad de Madrid. Don Sandalio pone a su pupilo en antecedentes.

El pupilo dedica hipócritas parabienes a sus tíos mientras la contrariedad acelera su taquicardia. La noticia implica que tendrá que abandonar su habitación para cedérsela a tal inglesa. Hoy por hoy, para Evaristo Centeno Sangorrín, un súbdito inglés es sinónimo de dormir en el sofá-cama instalado en la sala. De paso el joven se pregunta cómo será la envoltura carnal de los inminentes dieciocho años anglosajones, al tiempo que procede a desollar el plátano que remata su comida.

* * *

«CABREJAS MASIA, S. A., de Alfián, 7. 39 06 58» Doña Plocia rebasa el límite mensual de llamacas comunicando a sus hermanas—doña Flora y doña Fauna, gemelas, iguales como cabritas del mismo parto—y a sus cuñadas—doña Julia, doña Cándida y doña Aurora—la llegada de su hija y de la señorita Edwina R. Parmalee. Según la citada fuente de información, la señorita Julia «ha ensanchado muchísimo» y la señorita Parmalee «es muy finita y vistosa; pero, hija, ¡tiene unos pies!»...

«COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA CINTA» Jorgita Cabrejas gana puntos en el concepto que de ella tienen sus amigas—Paloma Castro, María Lourdes Vegue y Rosarito de la Peña—, dada la rara circunstancia de tener una hermana que ha estado en Londres y el no menos extraordinario hecho de alojar en su casa a una inglesa que lleva estampados vestidos veraniegos bajo un grueso abrigo de tan desangelado corte como color. «En la mesilla ha puesto la foto de un chico con uniforme de guardia; detrás del retrato hay una dedicatoria que dice—según mi hermana—: "Con todo mi amor, Richard." Al parecer, el novio se llama Richard, que quiere decir Ricardo; también ha puesto sobre la mesilla un muñeco muy gracioso que tiene la cabeza de puercoespín...»

«FARMACIA.—LDO. CABREJAS.» Don Sandalio clasifica las etiquetas del Seguro de Enfermedad. En su mente rebusca las viejas frases que aprendiera en la Escuela Central de Idiomas hace unos treinta años. Don Sandalio gusta de alardear en la mesa de sus conocimientos de inglés, su hija le rectifica siempre y la señorita Edwina, que no entiende nada de cuanto la dicen, sufre agujetas faciales de tanto sonreír estúpidamente.

«Tranvía MONCLOA-PARANINFO.» El estudiante de Medicina don Evaristo Centeno Sangorrín—que lleva pendientes dos Médicas, dos Quirúrgicas, la Anatomía Patológica y no sabemos qué más—opina que el inglés es un idioma que todos debiéramos conocer. El, el primero. Para Evaristo todos los ingleses están marcados con las siglas «H. M. S.» y las inglesas—seguimos citando a Evaristo—se dividen en dos grupos: a) Las que se hospedan en hoteles cuanto están fuera de su país; suelen ser viejas, desgachadas y visten trajes sastres horros de sinuosidades. b) Las que al abandonar su patria viven en pensiones, residencias o casas particulares; las clasificadas en este grupo están mucho mejor que las primeras. Ejemplos: aquella chica de la piscina, aquella otra que estuvo una temporada en casa de Carvajalillo; en fin,

Edwina, la amiga de su prima, una chica atractiva en su totalidad, pero inaccesible para Evaristo.

—Conocer el idioma inglés es una necesidad en nuestro tiempo.

—De acuerdo; pero también la señorita Edwina podía despabilar un poco y aprender el castellano.

—Sí, pero ¡mientras tanto!

«"METRO" SALIDA A ALTAMIRANO.» Julia y Edwina regresan a la calle de Antonio de Alfián. Son las tres y media de la tarde. Salieron a las nueve a echar cartas, a comprar periódicos ingleses, a ver zapatos. La señorita Parmalee repasa «n mente» la teoría de las impresiones recibidas en su primer día español.

Los autobuses de Madrid son iguales a los de Londres. El clima de Madrid es igual al de Londres—llevamos veinte días sin sol—. Los semáforos de tráfico de Madrid son iguales a los de Londres.

Los soldados de Madrid son más pequeños que los de Londres. Los zapatos de Madrid son más pequeños que los de Londres. Madrid es más pequeño que Londres.

La señorita Parmalee se extraña de que los peatones le digan cosas en voz baja, cuando corrientemente hablan entre sí a gritos.

La señorita Cabrejas teme, sacando consecuencias de lo dicho por los citados peatones, haber engordado demasiado.

* * *

Para la señorita Edwina H. Parmalee los peores ratos de su existencia en España son las comidas en casa de sus anfitriones. Con aire encogido, para evitar ofenderlos con su esbeltez, la joven anglosajona engulle a duras penas la comida especial que le sirven. Una batería de tarros conteniendo salsas y mostazas inglesas es insuficiente para enmascarar el penetrante sabor del aceite. Julia, compadecida, ha decidido hacerle un menú inglés. Entre cucharada y cucharada de sopa de cocido, los miembros de la familia Cabrejas se entretienen mirando cómo la señorita Edwina esparce una pasta negra sobre la carne, sobre unas huérfanas hojas de lechuga, sobre dos patatas cocidas, y cómo, después de esta labor preliminar, se come aquellos productos de la tierra cuyo menguado condimento habría incitado a la rebelión a cualquier recluta nacional.

La señorita Julia cabrea a su madre al ponderar las saludables comidas inglesas. Doña Plocia afirma que tales comestros corroboran la pobre idea que siempre tuvo de ese pueblo de herejes que es Inglaterra, y Evaristo—que desde hace cuatro días está llegando a comer a su hora—intenta limar diferencias, aunar criterios, colocando en el borde de su plato una porción de amarilla mostaza que luego hará extender sobre la extremeña longaniza que acompañó a los garbanzos en el tradicional proceso de cocción. Es que Evaristo estuvo una mañana en Gibraltar. Evaristo va para ciudadano del mundo.

La señorita Parmalee—vaya una costumbre, ¿eh?—no come pan. La citada señorita habla muy bajito y cuando se dirige a su amiga la llama «Yulia». En fin, la señorita de marras, cuando regresa de la ducha—con los pelos recogidos hacia arriba—, parece que viene de una recepción en Balmoral o de presenciar el Grand National de Aintree.

Cuando, después de comer las dos amigas, escuchan los programas de la B. B. C. en la habitación que fué de Evaristo, éste suele quedarse meditando en el comedor, alineando migas sobre el mantel y



releyendo las etiquetas de los tarros que se trajó Edwina.

ONION'S
Yeast extract with vegetable
flavouring
Contains: vitamins of the B2 complex
2 OZ. NET—Made in Canada

Jorgita—ya son cerca de las tres—plancha apresuradamente la chalina roja de su uniforme colegial; cuando abandona su tarea y traslada la tabla de planchar, ve extrañada el gesto que hace su primo, pero—ya son las tres—se encoge de hombros y sale. Evaristo, que aún tiene en su mano el frasco de «Onion's», símbolo de una civilización, no ha podido disimular el desagrado que le produjo la lectura de las letras casi difuminadas que aparecen estampadas en la tela que cubre la tabla de planchar.

POROTOS BOLITA DE SALTA
Buenos para consumo. Coscha 1947
69 kilos neto—Producción argentina

Evaristo duda. Nacido en las inmediaciones del cabo de Trafalgar, no puede sustraerse al influjo de la efemérides que cada año recuerda el periódico de su provincia insertando el mismo grabado. Sin embargo, ¡qué mundo de posibilidades se vislumbra tras ese complejo B2!

Una intempestiva entrada de Edwina ha roto el equilibrio entre las ideas del joven. Parpadeando, juntos los codos al cuerpo, silenciosa, la muchacha coge unas revistas de encima del aparador y desaparece por el pasillo. Un triángulo de piel de la espalda es la última imagen que se despega de los ojos de Evaristo. Un anglófilo más se une al número de los tales. ¡Tiene «flavouring» la cosa!

* * *

—¿Qué tal ayer, Leopoldo?

—¡No me hables, chico!

—¿No fuiste a los toros con Evaristo, su prima y los otros?

—¿A los toros? Mira, chico, lo que es con esa mancha de pendejos no vuelvo más nunca.

—Bueno, pero ¿qué pasó?

—No, si no pasó nada. Quitando que no vi los toros...

Quitando que no vió la corrida y que le falló el plan que tenía con la prima de Evaristo y que tuvo que pagar los taxis de vuelta, el negro Leopoldo Lontana no tenía motivos de queja.

—¿A que fué Carvajalillo quien tuvo la culpa? —insinuó el que había de corretornos en aquel grupo de amigos.

El negro Leopoldo—dos Médicas y dos Quirúrgicas pendientes de aprobación—prefirió ser prudente. —No, no fué él.

A don Leopoldo Lontana—dos eles mayúsculas en su descomunal sortija—no le agradaba que le sonsacasen.

—Bien, señores; ustedes sigan bien. Tengo más hambre que curiosidad.

—¡Hasta luego, chico!

Y cuando Miret, el llanero, marcha, Leopoldo relata a sus compatriotas cómo uno de los domingos más prometedores de su vida dió en transformarse en jornada nefasta.

La víspera de la malograda fiesta, Evaristo invitó al negro; irían a los toros con su prima y la inglesa. Carvajalillo, amigo y compañero de Facultad de ambos, se había ofrecido para sacarles las entradas, pues, según dijo, también pensaba ir con el hijo de una amiga de su madre, joven éste de rara apariencia y desconocidos estudios, que a la sazón cumplía el servicio militar en uno de los centros castrenses de la capital. Evaristo adelantó a Carvajalillo el dinero de las cuatro localidades.

—¡Ese fué el error!

El negro Leopoldo pegó un brinco. A su espalda, sonriendo con suficiencia, estaba Miret, el venezolano ése, quien repetía machacón:

—¡Ese fué el error!

* * *

Superando la interrupción, el malhadado moreno contó su historia, el triste relato de los sucesos iniciados en «WYOMING»—fuente de soda-cafete-

ría americana—, lugar escogido como punto de reunión. Leopoldo, Evaristo y los demás miembros de aquel grupo de amigos eran ya clientes de aquel local cuando ostentaba una muestra de signo masculino: «CAFE EL RECREO CHICO». Un café con camareros—Gerardo, Cándido, Sotero—, novios melancólicos y billar de «setas». Luego, un traspaso afeminó el negocio y el salón se vió atendido por muchachas—Geno, Carlota, Bani y una pelirroja que acabó metiéndose en un «ballet», las sillas—ferradas de plástico amarillo—fomentaron la transpiración de posaderas mejor vestidas, más optimistas, y los antiguos clientes desaparecieron. Sólo continuaron yendo el sereno, la pareja de la Policía Armada y la tertulia de Evaristo. Junto al bordillo de la acera correspondiente a la cafetería, antes siempre desierto, se agrupaban ahora tres «Vespas» y una moto «Ariel», con «sidecar» y cuajada de farolitos, propiedad del novio—es un decir—de la señorita Francisca Miranda.

A las cuatro de la tarde del domingo de marras, Evaristo cedía gentilmente el paso a las dos muchachas que penetraban en el local.

El negro Leopoldo, que los esperaba ante un doble de coñac del Puerto, se levantó y dió un pasito; aquel movimiento, al rozar su chaqueta el mantel de la mesa, dejó la copa al borde del tablero.

Evaristo hacía las presentaciones. Leopoldo estrechó la mano de Julia, una mano firme y con las uñas comidas; a continuación pesó los dedos que le ofrecía desmayadamente la señorita Edwina. El joven puertorriqueño notó por primera vez la inefable sensación que se siente al estrechar la cola de una pescadilla de regular tamaño. Cuando las chicas se sentaron, Evaristo y Leopoldo decidieron unánimemente hacer lo mismo, pero en aquel momento la copa de coñac optó por lanzarse al suelo, no sin derramar previamente su contenido sobre la falda de la señorita Parmalee. ¡Otra vez todos en pie! Los jóvenes hicieron flamear simultáneamente sus respectivos pañuelos, pero Evaristo, más rápido, se lanzó sobre la mancha estirando el tejido sobre el firme muslo de la inglesa, con el fin de facilitar la operación de limpieza. El negro quedó un momento indeciso, perplejo ante la rapidez de reflejos de su compañero, pero inmediatamente reaccionó, y pretextando que allí también había salpicaduras de coñac, arremetió contra una de las rodillas de la señorita Julia, frotando el pañuelo con tal entusiasmo, que la chica llegó a pensar que el negro más parecía querer encender fuego por sistemas anticuados que limpiar con corrección la media que manchara su torpeza.

Al fin volvieron a sentarse los cuatro. Edwina emitía tenuemente británicas frases de agradecimiento, Julia se frotaba disimuladamente la rodilla inflamada. Evaristo abrió—nerviosillo—un paquete de cigarrros. Leopoldo llamó a la camarera. Dos cafés solos, uno con leche y tres copas de coñac. La señorita Parmalee—vaya una manía, ¿eh?—no bustaba del alcohol. ¡Allá ella! La señorita Parmalee encontró detestable el café que la sirvieron. Leopoldo dijo en inglés que sí, que el café era abominable. La señorita Julia se limitó a considerar absurdo el malparado brebaje.

—Y Evaristo, ¿qué dijo del café?

Poco. Dirigió una mirada reparadora a la pequeña banderita española colocada—junto a las de otros países—sobre las botellas alineadas detrás de la barra. Las yemas de sus dedos rememoraban la reciente exploración. Evaristo no podía abjurar del sincero afecto que sentía por los piadosos negros de la Guinea española, cultivadores de un café siempre execrado por los forasteros. Evaristo hubiera querido hablarle a Leopoldo del asunto de los púlicos negros—y negras—de nuestra Guinea, siempre tan tapaditos, tan propiamente vestidos de destrozonas como si estuviesen en perpetuo carnaval. Se hizo un lío.

Evaristo dijo, sonriendo forzosamente como para quitar importancia a la cosa, que el café era bueno, pero que estaba mal tostado. Un rostro moreno de pelo ensortijado le dió las gracias.

Evaristo—¡qué cabeza la suya!—acababa de encender el cigarrillo de Leopoldo.

* * *

A las cinco seguía sin aparecer Carvajalillo.

—¿Cuándo vendrá ese tío?—se preguntó Evaristo.

—¡Pan!—indagó Julia.

—¡Que cuándo narices vendrá Carvajalilloo!
—repitió Evaristo de mal talante. Al joven le reventaba la costumbre de su prima de dirigirse a sus compatriotas en inglés. Eso de *pan* quería decir «perdón», pero es que la muchacha lo pronunciaba muy bien.

—Who is Carajillo?—pió la inglesa.

—El amigo que tiene las entradas—informó el negro.

Evaristo se aguantó las ganas de exponer la opinión que tenía del ausente.

Tomás Carvajalillo tenía la mala costumbre de repensar cuantas ideas caían en su cabeza, y tantas palabras tenía amontonadas pendientes de revisión que a veces sorprendía a los suyos declarando, verbigracia, que a lo mejor era inmortal. En semejantes casos podría pensarse de él que era tonto; juicio erróneo. Es que hasta tal momento no había meditado sobre el concepto de la muerte. También tenía el inminente una gran inclinación hacia las mujeres extranjeras, y aunque no conocía más idioma que el materno, se apuntaba frecuentes éxitos, que producían envidia y estupor entre sus amigos. Tomás Carvajalillo vivía en casa de un primo, mudo de nacimiento.

A las cinco y media llegó el esperado, acompañado del hijo de la amiga de su madre. Ambos estaban borrachos.

—¡Pero qué prisa tenéis? ¡Que pongan unas copas!—gritaba Tomás, ahogando el asperges de reproches que se le venía encima.

La señorita Edwina procuraba cazar algo del por qué hablaban tan alto. La señorita Julia reunía tazas y copas en el centro de la mesa. El hijo de la amiga de la madre de Carvajalillo se restregaba los labios mascullando palabrotas: era la segunda vez, en lo que iba de tarde, que se colocaba en la boca el cigarrillo por el lado de la lumbre. ¡Ni que estuviera bebido!

A las seis y cuarto llegaron ante la plaza. Estaba ya en el ruedo el primer toro.

Carvajalillo se vió en la obligación de poner en antecedentes a sus amigos de una circunstancia que olvidó comunicarles: no había comprado las entradas. Las taquillas lucían el «No hay billetes». Numerosos grupos de hombres pululaban ante la puerta grande. La señorita Edwina inquirió si había huelga. El negro Leopoldo dejó un momento de insultar a Tomás y le respondió que no, que era cosa de reventa; luego siguió su tarea.

Evaristo estaba desolado. Pagó los dos taxis y preguntó a sus amigos:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vamos a tomar unos vinos por ahí, en el puente—propuso optimista Tomás.

La idea en sí no era mala. Las localidades disponibles costaban exactamente el doble de su precio.

Los seis ocuparon dos mesas en una taberna del puente. Evaristo pidió dos botellas de «Chablis», aunando la corrección con su dinero. No había «Chablis». El negro probó suerte a su vez.

—Mire, amigo, traiga entonces dos botellas de «La Ina» o un fino similar—el negro había aprobado la Farmacología en Cádiz.

Tampoco había vino fino.

Tomás, con ansias de revancha, expuso displicente:

—¡Dos litros de blanco!

—¡Marchen dos frascas de blanco!—dijo el eco de la chaqueta blanca.

La señorita Edwina, que había seguido atenta los movimientos de cabeza del dependiente, miró con admiración a Carvajalillo.

Evaristo comenzó a desasosegarse y gritó al mostrador:

—¡Traiga también unas tapas calientes!

El del mostrador respondió:

—¡No hay!

—Pues... ¡aceitunas o anchoas!—vociferó Leopoldo.

—¡No tenemos nada de comer!—repuso en igual tono el tabernero, que ahora emergía detrás de su arengario.

Tomás entregó un billete al hijo de la amiga de su madre.

—En la segunda bocacalle, sin salir de esta acera, hacia arriba, hay un puesto de gallinejas; tráete cinco duros.

La inglesa goza con el tono autoritario de Carvajalillo. La señorita Parmalee, que no es muy perspicaz, deplora que el mozo desconozca la len-



gua inglesa y se pregunta qué otro nuevo recurso utilizará para salvar el inconveniente.

Leopoldo habla de su tierra a Julia. Esta habla de Londres al negro. Tomás, con una sobriedad de gestos similar a la de sir Lauréce Olivier, ha cogido la mano izquierda de Edwina y mira alternativamente las rayas de la palma y los ojos de la propietaria de las mismas; luego emite dos palabras con voz ronca.

—Long life.

Después calla sibilino. La señorita Edwina siente repeluznos a lo largo de su espinazo.

Y Evaristo, ¿qué hace?

Evaristo terminó con el proceso de desasosiego y entra en pleno cabreo. Piensa también en la suerte que habrán corrido los cincuenta duros que dió al pérfido quiromante para las entradas.

¡Que se los pida!

Sí, eso piensa hacer; pero ahora no es oportuno. Carvajalillo está examinando ya—*Oh, my dearling!*—la mano derecha de la inglesa.

La señorita Julia se mete en el berenjenal de las confidencias y dice a Leopoldo que ella tiene en Londres «varios buenos, queridos amigos de color». Esto de las diversidad etnográfica de las amistades es, sin duda, muestra de gran exquisitez espiritual. Leopoldo alardea de poseer la mejor colección de microsuros de jazz de la colonia latinoamericana. Julia glosa la trompeta de Eddie Calvert. El negro se decide, y tras cantar las excelencias del Modern Jazz Quartet—Lewis, pianista; Milton Jackson, vibráfono; Percy Heat, contrabajo, y Connie Kay, batería—propone a la muchacha ir a bailar. El moreno sabe que su sentido de la danza es el mejor alcahuete.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada, hombre, nada. ¡Baila!

De pronto un olor estupefaciente sorprende a la reunión. El expedicionario acaba de regresar con un enorme cucurucho de papel en la mano. Deposita el paquete en la mesa, frente a Edwina, y muestra su adquisición, desenvolviéndola.

—Las gallinejas no tenían muy buena cara y pedí algo mejor: ¡entresijos!—exclama jubiloso y satisfecho el hijo de la amiga de la madre de Tomás.

Este último suelta las dos manos de la inglesa y se lanza goloso sobre la masa de vísceras, un cálido montón de aspecto impresionante. Insta a los demás a que se sirvan, desentraña uno de los pingajos y, después de hacerlo oscilar hasta lograr que coincida con la boca, se lo come.

Para la señorita Edwina H. Parmalee aquello es demasiado. Una mano invisible zarandea su estómago, y aunque la corrección británica ahoga las arcadas, no logra evitar el desvanecimiento.

Mientras Julia, Evaristo y el negro intentan reanimarla por diferentes medios, iguales en ineficacia, Tomás y su compañero se disputan el último entresijo.

Edwina, medio lela, es trasladada al taxi que ha buscado Leopoldo. Los autores del atentado la despiden con torpes disculpas, sinceras e ininteligibles excusas hijas del vino de Herencia; luego llenan los vasos de nuevo, tras cerciorarse de que son efectivamente los suyos usando como medio detector las huellas de grasa impresas sobre el vidrio. Tomás Carvajalillo y el hijo de la amiga de su madre son un poco escrupulosos.

La señorita Parmalee, con la cabeza apoyada en el hombro de Evaristo, contempla desde el coche la muchedumbre que se aleja de la plaza. El primo de Julia distingue entre los automóviles el coche de los picadores y se lo señala a Edwina.

—¡Oh, toreros!—exclama ésta con voz de película de dibujos.

La típica estampa se ha metido por sus ojos y aparca en un rincón de su memoria entre un devorador de succulentos entresijos—que iba para galán—y un hombre de color que habla un inglés extraño: llama «gasolina» a lo que en las Islas se denomina «petrol». La Fiesta Nacional cuenta a partir de hoy con un adversario más.

En realidad el negro Leopoldo tenía sus motivos para enfadarse, porque lo que él decía:

—¡A mí me invitaron a los toros, chico!

Al día siguiente, la señorita Julia—«Yulia» para su amiga, la inglesa—no pudo llevar a ésta a un cine donde proyectaban viejas películas americanas



en versión original porque a las ocho de la mañana—hora española—a la señorita Parmalee le dolían mucho las tripas. Julia comprobó que no era un dolor periódico y se lo dijo a su madre. Doña Plocia Sangorrín de Cabezas diagnosticó el mal a su aire y propinó a Edwina un copazo de ginebra. La dispuesta señora era partidaria de la ginebra, medicación ésta—decía siempre—que deja el vientre como un reloj.

La señorita Parmalee—¡vaya un agradecimiento!—devolvió la ginebra y con un hilo de voz dijo a su amiga que el dolor arreciaba. Doña Plocia decidió entonces que se pusiera unos supositorios que a ella le fueron muy buenos cuando le dió aquel dolor de ijada. La inglesa dijo que no; la inglesa—¡quién sabe lo que pensaba tras sus espantados ojos azules!—miró con horror a la señora de Cabezas, quien, algo molesta por la miradita, llamó al médico.

¡Mné! ¡Mné! ¡Mnéee!

—¡Lo que nos faltaba!

¡Mné, mné, mné, mné, mné! ¡Mné, mné!

—¡Ahí va!

El 39 06 58 cuenta a doña Julia, doña Cándida, doña Aurora, doña Fauna y a doña Flora que «la inglesa que se trajo mi hija» estaba mala, que se había avisado al médico, que los ingleses son muy larguiruchos, «pero, hija, muy blandengues».

La inglesa—¡por fin!—decidió llorar. Jorgita estaba alarmada ante la sequia lagrimal de que hacía gala la enferma, pero su paciencia tuvo su premio. Jorgita pensó que si no fuera porque daba un poco de pena, se estaría una eternidad viendo sollozar a Edwina. Las inglesas guapas, de unos dieciocho años, lloran tan bien que casi no se las oye. La pequeña Cabezas, espíritu selecto, comparaba el espectáculo actual con los berreos de sus amigas, el monótono sonarse de su hermana en trance lloriqueador y su propio y ronco gemir, admirándose del suave llanto de la inglesa, hijo, paradójico, de un entripado. ¡Quién pudiera verla llorar de amor! ¡Qué suerte tienes, Ricardo!

A la hora de comer, Evaristo no tocó los botes de salsas y mostazas que compartía con Edwina. Luego, en la Facultad, durante las prácticas, estuvo todo el rato con un especial estado de ánimo, algo así como si su alma, encogida y dando pequeños brincos, no pudiese aguantar las ganas de hacer pis. Curioso, ¿eh?

Antes de volver a casa de sus tíos, Evaristo solía ir a la cafetería, y aunque esta vez se encontraba en un mal momento, la inercia lo tomó de una mano y, sorteando los pequeños vehículos estacionados ante Wyoming, lo dejó en el umbral. Una

vez en la mesa de sus amigos se incorporó en marcha a la discusión. Evaristo Centeno Sangorrín se hubiese jugado las asignaturas aprobadas a cambio de unas buenas horas de tertulia.

La gramola corresponde a las dos pesetas donadas por el benefactor de la señorita Francisca Miranda haciendo sonar el disco «G»: «Rancheras», por Miguel Aceves Mejía.

... traigo penas en el alma
que no las mata el licor...

En su pertinaz fisgoneo, Tomás Carvajalillo se pregunta qué clase de penas aquejan al propietario de la moto-verbena.

Víctor Hugo Míret, venezolano y promesa de las letras de su país, expone una vez más a sus amigos el pensamiento político de Simón Bolívar. El negro Leopoldo calla. Para él, la tertulia es la razón de ser de sus experiencias amorosas, de sus elaboradas conquistas; si no fuese porque en ella puede exponerlas a los demás, no merecería la pena llevarlas a cabo. La charla, enfermiza y desangelada como los que la mecen, brinca de tema en tema.

El disco «B», a instancias del benefactor citado, nos dice por boca del astro de la canción Pedro Vargas:

Cuatro caminos tiene mi vida...

Carvajalillo se empieza a dar cuenta de que el hombre de la gramola parece encontrarse en una mala situación.

La cena y los cines, el teatro y el teléfono, se llevan algunos contentulios. Los que se quedan, reanudan la ingestión de vino, y con una somera revista a las actividades de los que acaban de ausentarse, continúan hablando de las cosas que verdaderamente les interesan: exámenes, el «transistor», las escopetas, el informe Kinsey...

Cuando Evaristo diserta—con seis copas de coñac en el cuerpo—sobre la recuperación económica de Alemania occidental, entra en el salón la señorita Paquita. A Leopoldo se le han enroscado en las mientes los versos del poeta negrista:

María Belén, María Belén,
con tus nalgas en vaivén
de Camagüey a Santiago,
de Santiago a Camagüey.

La muchacha pasa entre las mesas y se detiene en la barra, junto a su novio. Evaristo, que acaba de apurar su séptima copa, se siente stendhaliano.

—Al pararse el reloj, ¿dónde se fué el movimiento?

—¡Qué pregunta más pendeja, chico!—dijo el negro.

A las doce de la noche, Evaristo salió de la cafetería en dirección a su casa, entregándose al cotidiano reconcomio sobre la inutilidad de su existencia. La periodicidad de estos reproches, formulados siempre sobre piernas inseguras, se había hecho diaria desde la llegada de la amiga de su prima.

Todas las luces de la casa de sus tíos estaban encendidas. Un mano a mano oral entre doña Plocia y Jorgita puso en antecedentes a Evaristo.

—Se acaban de llevar a la inglesa...

—Al sanatorio, en una ambulancia...

—El médico dijo que había que operarla inmediatamente.

—... del apéndice.

—Tenía apendicitis aguda; por eso devolvía todo.

—Papá y Julia están allí. La van a operar en seguida.

—Tienes la cena en la cocina; sólo hay que encender el gas.

Evaristo no tenía ganas de comer. Se fué directamente a dormir.

Miedo en el corazón y gran resaca es todo lo que aportó Evaristo al nuevo día. Aquél se difundió a medias al decirle su tía que la operación había ido bien; la resaca era más difícil conjurarla. Ahora resultaba que por la tarde debía ir al sanatorio a relevar a su prima.

—Lleva treinta horas sin dormir y, además, tiene que estar aquí para hablar con los padres de Edwina cuando nos den la conferencia.

El joven está nervioso ante la perspectiva que se le ofrece. La verdad es que acompañar a una enferma cuyo idioma desconocemos no es quehacer fascinante.

Por lo pronto, Evaristo se tomó un zumo de limón—para la cosa de la náusea—, y, un poco más entonado, agarró un diccionario español-inglés. Lo abrió por el «Apéndice práctico de conversación» y se fabricó un cuestionario muy aparente con frases alusivas a la situación de la enferma para así quedar algo bien ante ésta.

A las cuatro en punto estaba en el sanatorio. Una telefonista vestida de enfermera—¿o quizá una enfermera metida a telefonista?—le orientó.

—Habitación diecinueve, segundo piso; por ahí—y le señaló una monja que desaparecía por una puerta.

Evaristo subió, llamó y le abrió su prima. Edwina dormía boca arriba y no se le notaba la respira-

ción. Mientras la contemplaba con la cabeza torcida, como si intentase poner su cara en el mismo sentido de la cama, Julia le musitó esa consigna que se transmiten los que cuidan enfermos.

—Cuando se despierte le das un poco de naranjada. Si necesita a la enfermera, llamas a este timbre; este otro interruptor es el de la luz. Yo volveré dentro de cuatro horas: a las ocho.

Evaristo sintió un repentino cariño por su prima, brindó una sonrisa a la puerta por donde había salido ésta y se sentó en una butaca. Entonces se dio cuenta de que no había comprado tabaco.

El silencio empezó a sonar, incrementado por la falta de olor que había en aquella habitación. Al cabo de un cuarto de hora, Evaristo se daba por vencido: no podía pensar en nada.

(«La cama tiene, por la parte de los pies, una manivela. ¡Ni un cenicero! Esa puerta debe dar al cuarto de baño. Las ramas de los árboles llegan hasta la ventana. Los pantalones de franela se pelean muy pronto. ¡Qué paliducha está! ¿Por qué se habrá traído al sanatorio el muñeco con cabeza de erizo? ¿Tendrá la enfermera cigarrillos?...»)

A Evaristo se le paró su tiempo, quedando sorprendido al ver lo lejos que se encontraba en aquel momento de todo el mundo; mejor que lejos, se veía a sí mismo fuera de todo. Y en tal situación le acompañaba una chica dormida que le había quitado el sueño.

Las distancias eran diferentes, correspondiéndose con las respectivas personas que él y ella conocían: Richard, el de la foto, estaba a muchísimos kilómetros, allá, por la parte sur de África; Mr. Parmalee se hallaba a veintidós libras—vía B. E. A.—alejado de su hija; Julia se encontraba bastante cerca relativamente: a unas tres horas.

Evaristo vió a Edwina bajo una lluvia de arroz, vestida de blanco. Luego la vió en Bilbao bajo el «sirimiri» y enfundada en un impermeable como el de aquella vieja institutriz inglesa que tenían unos señores de Cádiz. Bueno, pues a pesar de todo la señorita Parmalee seguía gustando a Evaristo.

Para avalar su convicción dirigió, una vez más, su mirada hacia la muchacha, pero se encontró con que era él precisamente el que estaba siendo mirado hacia rato por ella. Evaristo se levantó azarado. Una pierna que se le había dormido y su tiempo volvieron a ponerse en marcha.

—¡Ho-c-la!—tartamudeó.

Edwina le observaba inexpresiva mientras él desdoblaba torpemente el papel en que había apuntado las preguntas. El joven Centeno leyó la primera.

—*You are pain?*

La muchacha abrió un poco más los ojos.

—*¡Que si you are pain!*

Aquello era para desconponer a cualquiera y Evaristo era uno de éstos. Edwina estiró ligeramente los labios en sentido horizontal.

—*¡You, ay, ay!*—insistió el polígota tocándose la cintura y poniendo cara de dolor.

Un sonido casi imperceptible salió de la garganta de la chica. El se acercó a ella para oír mejor y la invitó a repetir la suerte.

—¿Que qué?

—*¡Little!*—repitió la inglesa.

Evaristo sonrió con suficiencia.

—*¡Vaya!* Con que te duele un poquito, ¿eh?

Agradablemente sorprendido de su perspicacia, continuó la cháchara.

—*You are beautiful face*—y la frase se sincronizó con un gesto de la mano tal que si barbillease un rostro imaginario.

—*Gra-ci-as*—bisbiseó la otra.

Evaristo no quedó muy conforme con la respuesta y se quedó cortado. En la mano estrujaba el papel que contenía las otras preguntas, pero no se sentía capaz de proseguir el interrogatorio. Sintió como si alguien se estuviese carcajeando a costa suya, pero tenía la certeza de que la muchacha no era. Evaristo recordó a la fuerza que otras veces le había sucedido lo mismo. Una vez, en un examen, tenía en la mano las chuletas del tema propuesto y, sin embargo, fué incapaz de echarles una sola mirada a pesar de que la vigilancia era superficial. También a su pesar hubo de reconocer que jamás volvería a tener otra ocasión tan propicia para exponerle a Edwina su sentir. Y empezó a hacerse reproches.

—Eres una calamidad, tú. Ya sé que no sabes ha-

blar inglés, pero ¡vamos!, no es ése un inconveniente tan grande; acuérdate de Tomás. Ese ha sabido salir adelante hasta con finlandesas.

La enferma movió suavemente el pie izquierdo. La verdad es que la distancia desde su cabeza a la punta de los pies era bastante considerable.

—Bueno, y a ti qué te importa que sea más alta que tú; ahí tienes lo que dijo el Tostado—que era bajito—y lo que hizo Carvajalillo, que tampoco es un buen mozo. ¡Lo que te pasa es que eres un tímido!

La timidez del joven Centeno no dejaba de tener su razón de ser. Una vez se las dió de temerario y se ganó una bofetada y el título de cochero. Otra quiso ser correcto y su interlocutora le adjudicó el nombramiento de Quijote, largándose a continuación con un taxista. A Evaristo le entristeció el concepto que del Caballero de la Triste Figura tenía aquella señorita; mas en vez de compadecerla—como habría hecho cualquier ser superior—optó por compadecerse de sí mismo. Desde entonces iba de mal en peor.

—Mira, muchacho, el tiempo pasa y Julia va a venir; o te decides a hacer—mejor, a decir—algo o esta criatura va a sacar un pobre concepto de ti. ¿No guerrás que como muestra de los hombres de España se lleve en la memoria la actitud de Carvajalillo, verdad?

—¡Nooo!

—¡Pues entonces!

Evaristo carraspeó para llamar la atención de la muchacha, y se arrancó:

—Mira, Edwina, guapa, siento que te hayan tenido que abrir la tripa, sobre todo ahora que han llegado dos nuevos embajadores y podías haber visto el espectacular cortejo que se forma cuando van a presentar sus cartas credenciales en el Palacio de Oriente. Aquí, ¿sabes?, hay algo más que gallinejas. Si mi alma lo sabe hubiese estudiado inglés. Ahora vendrán tus padres y te llevarán otra vez a casa. Yo siento mucho que te marches sin saber que yo..., sin haberte dicho que... Toda mi vida he estado haciendo lo que el prójimo y las cosas han querido, pero nunca lo que yo anhela. Tú y yo podríamos obligar a los demás a cumplir nuestras apetencias aunque les fastidiase; lograríamos, en fin, hacer lo que nos diese la gana...

La operada, que había escuchado atenta, aprovechó la pausa para formular a su vez un deseo.

—*Orange*—imploró mirando el vaso colocado sobre la mesilla.

Evaristo sintió que cada vez se iba haciendo más pequeño hasta ahogarse en una piscina olímpica llena de naranjada.

Se levantó, tomó el vaso, pasó la mano bajo la almohada, levantó la cabeza de la chica y la dió de beber.

Llamaron a la puerta y casi simultáneamente entró Julia. Acababa de hablar con los padres de Edwina y le contó a ésta que al día siguiente llegarían a Barajas.

Evaristo dejó el vaso en su sitio. Luego se acercó a los pies de la cama y se despidió de la señorita Parmalee estrechándola los dedos de un pie que alzaba la ropa como una pequeña montaña.

Julia rió; Edwina le miró como siempre.

Mientras anda en dirección a la parada del autobús, Evaristo busca esperanzado alguien a quien echarle la culpa.

* * *

El 39 06 58 ya no se llama así; ahora es el 59 00 43, pero no importa; a través del nuevo número, doña Plocia Sangorrín de Cabrejas puede seguir comunicando con sus hermanas carnales y políticas.

—Ya se la llevaron, hija; no sabes el disgusto que hemos tenido. El padre era muy agradable. La mujer, claro, con la preocupación, parecía un poco estirada... Lo malo es que ninguno de los dos pudo cruzar el «telón de aceite», ese que dicen es un gran obstáculo para el turismo en España...

Evaristo, persona de tendencias internacionales, sigue leyendo el «Life» en la versión española.

Jorgita tiene para su uso personal una nueva referencia cronológica antes y después de venir la inglesa.

La señorita Edwina H. Parmalee sigue creyendo que en España sólo se dejó el apéndice. Y es una pena.

VETERANO?

*Sí,
señor.*

VETERANO!



OSBORNE



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL PARTIDO COMUNISTA FRENTE AL C. I. O.

Por Max M. KAMPELMAN

NO de los objetivos principales de la infiltración comunista en los EE. UU. durante la época en que la injerencia soviética en aquel país podía desarrollarse abiertamente y sin obstáculo alguno, fueron los grandes sindicatos. Particularmente el C. I. O. (Congreso de Organizaciones Industriales) fué la central laboral escogida para llevar a cabo esta principal tarea. La habilidad comunista para dominar zonas en las que se encuentran en franca minoría se puso una vez más aquí de manifiesto y en poco tiempo dirigieron una serie de importantes sindicatos, dentro de los cuales se cobijaba un 25 por 100 de la totalidad de los miembros del C. I. O. El fin del apaciguamiento y el comienzo de la guerra fría interrumpieron esta marcha ascendente y en poco menos de dos años los comunistas, ante la fuerte presión de diversos elementos, tuvieron que batirse en retirada primero, aceptando luego una bancarrota total que les hizo perder por completo su influencia en el sindicalismo norteamericano. Y éste es el tema del libro que hoy resumimos.

KAMPELMAN (MAX M.): «The communist party vs. the C. I. O.» A study in power politics. Frederick A Praeger, New York.

UNA ojeada sobre la totalidad de las relaciones entre el C. I. O. y el partido comunista demuestra que el movimiento laboral estadounidense no empuñó inicialmente una lucha a muerte con los sindicatos rojos. No obstante, tal y como se sucedieron los acontecimientos internacionales, la ruptura era inevitable. No estaba en juego sólo la integridad y la supervivencia de la tradición sindical norteamericana, sino algo más importante como era el interés propio de los Estados Unidos. Si el C. I. O. hubiese permanecido al margen de la batalla emprendida entre el comunismo y la democracia habría renunciado voluntariamente a representar ningún papel en la escena política americana.

LA PENETRACION COMUNISTA EN LOS SINDICATOS

La fuerza de la victoria del C. I. O. sobre el partido comunista lo ilustra mejor que nada el hecho de que los sindicatos dirigidos por comunistas se jactaban en 1949 de poseer más de dos millones de miembros, mientras que hoy apenas si reúnen a 200.000 trabajadores.

El partido comunista dirigió primero toda su atención durante el período de «Frente único» a la A. F. L. (1). Esta tendencia la mantuvo incluso durante y después de la ruptura del C. I. O. A pesar de que el programa de esta última organización estaba de acuerdo con la tradicional política sindical comunista, los comunistas ignoraron casi por completo a esta nueva organización. La unidad

(1) Federación Americana del Trabajo.

THE
COMMUNIST
PARTY

vs. the
C. I. O.

A study in power politics

By MAX M. KAMPELMAN

dentro de la A. F. L. había sido una de las consignas del Congreso del partido comunista en 1935 y por ello hasta 1937 el C. I. O. no fué tenido en cuenta.

Cuando los comunistas prestaron su atención al C. I. O. en 1937 fué tras el X Congreso de su partido, en el que patrocinaron un frente único ante la creciente amenaza del régimen soviético por la Alemania nazi. Para la consecución de este fin propugnaban la creación de «una organización política independiente de los trabajadores». Estos rápidos cambios en política ocasionaron un nuevo giro en relaciones entre los comunistas y las fuerzas no comunistas del C. I. O.

Durante el mandato de Roosevelt, la colaboración entre el líder del C. I. O., John Lewis, y los comunistas se hizo cada vez más íntima. Estos últimos buscaron en la alianza la oportunidad de conseguir mayor influencia dentro del C. I. O., sirviéndose para ello del prestigio y la poderosa personalidad de su presidente y utilizando incluso el halago, cosa a la que estaba siempre dispuesto el ego excesivo de Lewis. Así, por ejemplo, cuando Lewis decidió en las elecciones presidenciales de 1940 apoyar a Willkie en lugar de Roosevelt los comunistas se inclinaron a esta decisión.

El famoso discurso pro-Willkie marcó un hito decisivo en la historia del C. I. O. En él anunció públicamente que dejaría su puesto de presidente del C. I. O. si su propuesta en favor de Willkie era derrotada. No obstante, Willkie perdió la elección. Un año más tarde Rusia entró en la guerra, y aunque Lewis se hizo «reaccionario» y «apaciguador», continuaba siendo el campeón de los comunistas.

Las cosas, sin embargo, comenzaban a cambiar, y aunque Lewis continuaba siendo todopoderoso e inatacable, los anticomunistas del C. I. O. se mostraban dispuestos a iniciar la ofensiva encaminada a cambiar la orientación hasta entonces reinante. En el Congreso de 1940, los campos no estaban todavía lo suficientemente claros como para intentar remediarlos. El C. I. O., consciente completamente de la necesidad de unidad dentro de la lucha industrial que mantenía, hizo cuantos esfuerzos pudo por evitar cualquier rencilla interna.

Philip Murray, sucesor de Lewis como presidente del C. I. O., era un hombre de su confianza y, además, difería con Lewis en lo que respecta a la candidatura de Roosevelt en 1940; sus posibles diferencias a este respecto eran lo suficientemente elásticas como para no romper una larga amistad y asociación. Por ello su nuevo mandato no significó ningún cambio esencial en la estructura interna del C. I. O., y los comunistas completamente seguros de su fuerza y de su influencia, continuaron la búsqueda de sus objetivos políticos dentro del C. I. O. y nada influyó sobre ellos el cambio de presidencia.

Con el fin de apoyar la política aislacionista durante el período del Pacto germanosoviético, desde 1939 a la invasión de Rusia por los alemanes en junio de 1941, los sindicatos dirigidos por comunistas realizaron toda una serie de huelgas destinadas a entorpecer los esfuerzos norteamericanos en pro de la defensa nacional. Una de éstas y más famosa fué la que tuvo lugar en noviembre de 1940, en la

Vultee Aircraft, una factoría de más de 4.000 obreros. Activo agente de este paro fue Wyndham Mortimer, un hombre al que se le ha calificado como «de agente stalinista en gran escala dentro del movimiento laboral durante muchos años».

La invasión de Rusia por los nazis produjo un inmediato cambio en la política comunista y, naturalmente, la influencia de los rojos en este sentido se hizo notar dentro del C. I. O. En cierto sentido esta variación sirvió para posponer los posibles roces entre los dirigentes sindicales y los agentes comunistas. En líneas generales, los elementos no comunistas del C. I. O. aceptaron el programa de defensa de Roosevelt en el periodo que media entre la invasión a Rusia y el ataque a Pearl Harbour. Las diferencias estribaban en si Estados Unidos debían optar por el aislamiento o por la intervención. Los elementos procomunistas urgían ahora a toda costa que Norteamérica interviniese inmediatamente en el conflicto. Una vez sucedido lo de Pearl Harbour, estos mismos elementos iniciaron una nueva campaña: la de abrir un segundo frente.

Las dificultades, cada vez mayores, por mantener la unidad dentro del C. I. O. se hicieron enormes cuando terminó la guerra y comenzó la tensión entre los Estados Unidos y Rusia. Los síntomas de las primeras desavenencias en política exterior comenzaron a señalarse cuando la cuestión china. La Junta del C. I. O. de Nueva York, siempre dispuesta a servir de caja de resonancia del programa comunista envió un telegrama al Presidente Truman afirmando que «la presencia de las tropas norteamericanas en China y el uso de la ley de préstamos y arriendos para facilitar armas y material al Kuomintang en su lucha contra las fuerzas de la otra China constituía una intervención en los asuntos de nuestro aliado».

Estas actividades y otras semejantes a fines de la guerra, todas ellas relativas a política exterior, dió a los elementos del C. I. O. anticomunistas la señal para comenzar a reorganizarse e iniciar la dura lucha que las circunstancias le exigían. Muy pronto en el mismo Nueva York se constituía un Comité especial al que daban su apoyo 34 grandes sindicatos y en el que se trataba de poner coto a las injerencias comunistas, siempre al servicio de una potencia extranjera. Esta acción fué seguida y apoyada por otros muchos sindicatos de otras localidades.

La actitud de Philip Murray resultaba extraña y de lo más difícil. Ferviente católico e inequívoco anticomunista, tenía, no obstante, como objetivo primordial la consecución y el mantenimiento de la unidad dentro del C. I. O. En aquella época los procomunistas dentro del C. I. O. controlaban cerca de un 15 por 100 de la organización total. Murray temía que una escisión dentro del Congreso de Organizaciones industriales significase una debilitación de sus fuerzas y animase a la A. F. L. a emprender una acción destructiva sobre el C. I. O. Por todas estas circunstancias trataba de resistir la presión cada vez mayor de los elementos anticomunistas y mantenía como lugarfientes suyos a procomunistas tan señalados como Pressman y De Caux.

EL MOMENTO CRITICO DE LA ORGANIZACION

En el Congreso del C. I. O. del año 1946, los jefes de las facciones estaban ya preparados, pero las líneas de lucha eran todavía borrosas y confusas. Los comunistas tenían en control de un 15 por 100 de la totalidad de los miembros pertenecientes al C. I. O., pero no estaban seguros de la fidelidad de todos ellos en caso de que se produjese una escisión. Estaban preparados para controlar la política de los sindicatos, pero sólo porque eran una minoría disciplinada y no porque representasen las opiniones de los miembros de los mismos.

Esta situación de indecisión por ambas partes, aunque las causas fueran distintas, hizo que las decisiones tomadas por el C. I. O. fueran incompletas y dudosas. El «Daily Worker» publicó un artículo al final de las sesiones en las que afirmaba que el Congreso había logrado oponerse a los intentos de la reacción. El editorial reflejaba la posición de los comunistas en aquella época, que era la de fortalecer la actitud de Murray de cautela, así como de apartarse de cualquier decisión que pudiese dañar a la unidad. Por su parte, el «New York Times» resumía la labor del Congreso asegurando que nada se había resuelto en el sentido de sacar a los comunistas de la organización.

No obstante, las cosas iban desde este momento a cambiar radicalmente. Fuese planeado directamente por el propio Murray o fuese por la fuerza inevitable de las cosas que originaban la gravedad de la crisis internacional y la actividad intensa de los elementos derechistas y anticomunistas del C. I. O., lo cierto es que comenzó muy en serio la lucha contra los elementos comunistoides de los sindicatos.

El VIII Congreso del C. I. O. de Massachusetts celebrado inmediatamente después del Congreso Nacional del C. I. O. en Atlanta City, aprobó una enmienda constitucional que prohibía a los elementos comunistas que detentaran puestos oficiales dentro de la organización.

Casi al mismo tiempo, el Consejo de Nueva Jersey aprobaba otra resolución que iba todavía más lejos que la resolución nacional. En ella se declaraba que el «comunismo es extraño a la filosofía y a los deseos del pueblo americano».

El año 1947 fué significativo para la política nacional del C. I. O., a pesar de que sus comienzos no fueron nada prometedores. En enero una conferencia nacional de liberales se celebró en Washington para discutir la estrategia y el programa a llevar. La conferencia sentó como primera divisa la de que el comunismo y el liberalismo eran incompatibles y de este modo se excluyó a los comunistas y a sus compañeros de viajes de cualquier organización. La resolución debía dejar sentir todos sus efectos en el amplio ámbito del país y, naturalmente, iba a reflejarse dentro de las organizaciones sindicales, algunos de cuyos dirigentes habían tomado parte en el Congreso.

LA INFLUENCIA CATOLICA EN LA LIMPIA

La deserción del líder sindical Quill, representante del sindicato del Transporte en 1947, constituyó una derrota clave para los comunistas y, como es natural, una importante victoria para los anticomunistas. El control de la importante red de los transportes neoyorquinos constituía un premio nada despreciable. Los comunistas habían gastado mucho dinero y energía en capturarlo.

En julio de 1933, el partido comunista celebró una conferencia extraordinaria en Nueva York, en

OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

**INDUSTRIAS RIERA
MARSÀ, S. A.**

Primera empresa nacional de la alimentación

la que fué decidida una política de «concentración». En ella se determinó que el apoderarse del control de los miembros de transporte era un objetivo sobre el que había de «concentrarse».

Una de las figuras claves del sindicato de Transportes era, también bajo el control comunista, John Santo, aunque nunca había sido obrero de esta especialidad. En 1934, Santo, el citado anteriormente Quill y otros colaboradores comenzaron calladamente la tarea de lograr para los comunistas el control de la organización. Finalmente, se constituyó la Transport Workers Union y Quill fué elegido su presidente en 1935.

La carrera de Quill fué activa y orgullosa. Nació en Irlanda en 1903, su juventud transcurrió durante la represión y vió cómo eran encarcelados muchos miembros de su familia por los ingleses. Cuando tenía sólo quince años tomó un rifle y se enroló en una brigada del Ejército Republicano irlandés. En 1926, se marchó a los Estados Unidos. En 1930, se empleó como agente de estación bajo un horario leonino. En 1937, el sindicato que él había contribuido a organizar y que ahora presidía era todopoderoso y recibía carta de nacionalidad dentro del C. I. O.

Quill negó siempre que llegara a pertenecer al partido comunista, aunque hay muchas pruebas que dicen lo contrario. Tuviere o no carnet, lo cierto es que muchos comunistas lo consideraban como tal y que ayudó no poco a la difusión de las propagandas bolcheviques.

El sindicato de empleados del transporte fué una extraña baza ganada por los comunistas, tanto más si se tiene en cuenta que el 80 por 100 de sus miembros eran católicos y los más de ellos irlandeses o descendientes de irlandeses. No obstante, como tales, consideraban que lo peor del mundo era la «partición» de su patria, asunto que aventajaba en maldad a cualquier otro, aunque fué el propio comunismo el que servía de término de comparación.

Esta circunstancia hacía que la oposición a Quill y a los comunistas fuera muy débil dentro del sindicato y sólo se manifestase de una forma esporádica durante el período 1937-1947. Comenzó a revelarse más visiblemente de 1945 a 1946, por lo que se hizo inevitable la intervención de la Iglesia católica en un sentido decisivo.

De todos es conocida la existencia de la Asociación de Sindicalistas católicos, así como la actividad del padre Rice en Pittsburgh. De acuerdo con las instrucciones pontificias, muchos sacerdotes habían intervenido en las tareas sindicales. Esto tuvo una importante particular para el C. I. O., organización que contaba con un elevado porcentaje de católicos. En sus tiempos de organización, Murray recibió una significativa ayuda del clero católico y algunos obispos ensalzaron esta colaboración, destacando, además, el hecho de que Murray fuese un buen católico practicante.

Muy pronto se creó todo un movimiento de sacerdotes especializados en cuestiones laborales, cuya línea general sería la de llevar a la práctica las enseñanzas de la Iglesia. Escuelas laborales se establecieron por todo el país en las principales ciudades industriales. Cien de éstas ten un carácter permanente; 24 dirigidas por los jesuitas, 32 por autoridades diocesanas y el resto apoyadas por diversas organizaciones de carácter más o menos secular. Se estimaba que unas 7.500 personas de uno y otro sexo se «graduaban» en estas escuelas.

Una de estas escuelas fué la de *Xavier Labor School*, de la cual salieron muchos dirigentes del C. I. O. Dos graduados de la misma, Raymond Westcott y John Brooks, desarrollaron un importante papel en la expulsión de los comunistas del sindicato de conductores de coches urbanos de Nueva York. Para colaboradores de su empresa encontraron auxiliares eficacísimos en los graduados de la escuela. Y fué fruto de esta labor conjunta y concertada en la que colaboraron también otras fuerzas como se consiguió acabar con la tiranía comunista dentro del sindicato, así como con la propia rendición de Quill, que acabó, aunque un poco sospechosamente, convirtiéndose nuevamente en anticomunista.

Resulta para muchos difícil explicarse cómo los comunistas lograron dominar no pequeña parte del mundo laboral y cómo muchos americanos, a pesar de su buena fe, le prestaron un apoyo absurdo a todas vistas, ocurriendo todo ello ante los ojos del Gobierno e incluso con el consentimiento y hasta con la protección del Gobierno. La respuesta a estas

preguntas es algo que requiere la colaboración de gentes experimentadas en los más diversos terrenos.

Para comenzar, señalemos el clima que permitió a los comunistas conseguir su control y sus influencias iniciales. Este período comienza en 1933 y se caracteriza por la creciente aceptación de la Unión Soviética por la opinión pública y los círculos intelectuales. Fué, además, un período de extraordinaria fluidez en el movimiento sindical y por ello los comunistas encontraban en muchos casos los puestos que ocupaban casi abandonados.

Un segundo factor a señalar es la habilidad comunista para conseguir el dominio de lo que se proponen, utilizando para ello técnicas especiales. Buen ejemplo de ello lo demuestra lo hecho por los comunistas en una serie de importantes sindicatos.

Una tercera explicación de por qué los comunistas logran controlar el movimiento sindical se puede encontrar en el hecho de que los miembros de los sindicatos han demostrado frecuentemente una gran capacidad para separar sus actividades políticas según el campo que intervienen. Los miembros del sindicato minero fueron capaces de seguir fieles a Lewis en muchas ocasiones, pero votaron por Roosevelt y no por Willkie en 1940. El movimiento laboral de Ohio poseía una serie de leales afiliados que habían conseguido gracias a sus dirigentes muchas concesiones de los empresarios, pero ninguno de ellos siguió sus orientaciones en 1950, cuando le indicaron que apoyasen a Ferguson frente a la T. A. F. T. para el Senado norteamericano. Del mismo modo fué un hecho manifiesto que los miembros de los sindicatos dirigidos por los comunistas apoyaban a su unión en los convenios colectivos e ignoraban de manera silenciosa las recomendaciones políticas que éstos mismos les hacían.

Hay todavía una cuarta explicación: la mayoría de los sindicatos dirigidos por los comunistas consiguieron excelentes relaciones con los patrones. Así, el sindicato de los trabajadores de la piel fué capaz de conseguir salarios altos, un horario razonable y buenas condiciones de trabajo dentro de toda la industria. Todos estos hechos consolidaban la fidelidad de los miembros del sindicato a sus dirigentes.

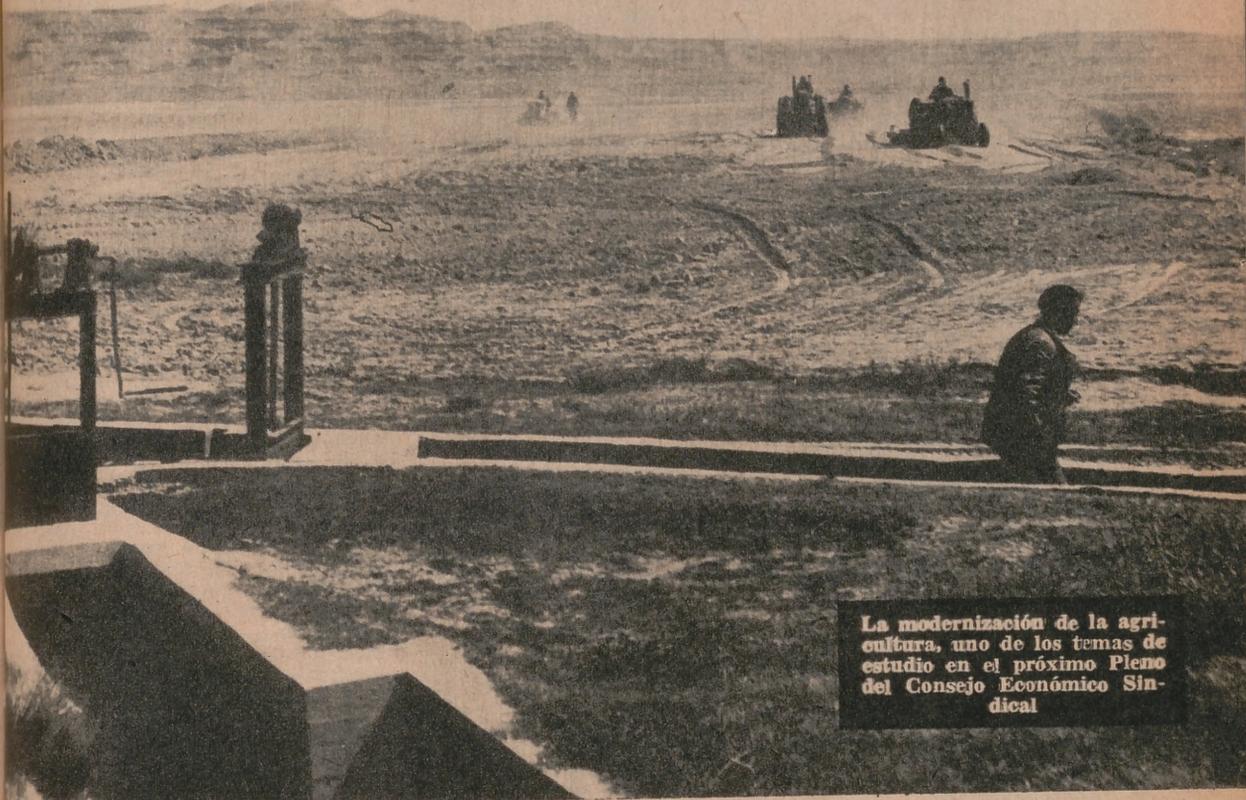
Finalmente, tenemos que darnos cuenta de que la filosofía política y revolucionaria del sindicalismo comunista no es discernible en la mayor parte de los casos en la política de contratos colectivos de los sindicatos. Los contratos colectivos no han sido utilizados por los comunistas para instaurar el comunismo en América ni para realizar la revolución económica que propugnan. Resulta difícil distinguir entre los miembros del sindicato de obreros eléctricos independientes y los dirigidos por los comunistas. Las peticiones de los sindicatos comunistas se basaban esencialmente en la más estricta ortodoxia laboral.

Las diferencias surgieron cuando los intereses de la Unión Soviética se vieron envueltos. Antes de la segunda guerra mundial, durante el período aislacionista, las huelgas dirigidas por los comunistas eran siempre en las factorías dedicadas a la defensa nacional. Durante la guerra todos los sindicatos filocomunistas, por el contrario, apoyaron activamente el programa de ganar la guerra, con independencia de las reivindicaciones estrictamente laborales.

Las típicas tradiciones del sindicalismo americano explican en no pequeña parte por qué los comunistas, a pesar de su habilidad, celo y consagración, no han conseguido realizar sus intenciones. Un estudio de la historia laboral muestra que no ha habido nunca ninguna unión internacional de la A. F. L. bajo el control comunista. Tampoco las hay en la nueva organización surgida de la A. F. L. y el C. I. O. Y aun en el momento de su máxima influencia del C. I. O., los sindicatos controlados por los comunistas no superaban el 25 por 100 de su masa total.

El partido comunista no podía triunfar en los Estados Unidos porque su inflexible lealtad a los intereses inmediatos de la Unión Soviética le des-cubría ante los más incautos. Quizá ha sido su inflexibilidad y su rigidez para apoyar a la Unión Soviética lo que ha hecho a los comunistas norteamericanos incapaces de mantener a sus líderes al frente de los sindicatos, así como el consolidar la influencia que en un tiempo dispusieron. En esto está ciertamente el talón de Aquiles del sindicalismo comunista en los EE UU

UN ANALISIS DE LA PRODUCCION, EL CONSUMO Y EL COMERCIO



La modernización de la agricultura, uno de los temas de estudio en el próximo Pleno del Consejo Económico Sindical

OCHO PONENCIAS FUNDAMENTALES EN EL IX PLENO DEL CONSEJO ECONOMICO SINDICAL

NUEVOS ARANCELES PARA MAS MERCANCIAS

PLANTA cuarta, Casa Sindical. Las gentes pasan de prisa por los largos pasillos. Afuera, tras los amplios ventanales que se asoman al aire frío de un día de diciembre, están los seres y las cosas que constituyen la complicada trabazón de la vida. Dentro, entre máquinas, series estadísticas y datos de última hora, unos hombres preparan sus trabajos.

Estos son los despachos y las oficinas de la Vicesecretaría Nacional de Ordenación Económica, un órgano decisivo en la organización sindical española. En estas estancias desprovistas de ambiente burocrático se han celebrado reuniones y se ha seguido paso a paso el desarrollo económico de España. Más que oficinas pudieran parecer laboratorios de donde salen fórmulas y soluciones para los problemas de cada día.

Muchos acuden en solicitud de datos, de informaciones; otros lo traen. Aquí se recoge el latido constante de la producción española. Ahora, a la tarea diaria,

hay que agregar la labor de estos últimos meses. Se han concluido los informes, los estudios y los análisis de hechos y situaciones de la economía. Todo tenía que estar listo para una fecha, y la fecha ha llegado, 9 de diciembre de 1957; junto a la fecha, una convocatoria, IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional.

Primero, la misa del Espíritu Santo en la iglesia de Jesús de Medinaceli; después, la inauguración, y por fin, la presentación del trabajo de muchos meses y aun quizá de años. Unos hombres hablarán y otros escucharán; después se volverán las tornas, y al final, cuando todo acabe, quedarán para siempre las realidades expuestas y deducidas en esta decisiva reunión de los técnicos y expertos en la economía que han sido convocados a la tarea por la Organización Sindical.

ASAMBLEA DE TECNICOS

Los hombres de la economía española se reúnen ahora en Madrid

para estudiar y discutir las ocho Ponencias del IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional. La labor detallada y profunda de los redactores de las Ponencias va a ser analizada ahora en abierta asamblea por estas figuras.

El 17 de abril de 1952 se clausuraba en Madrid el VIII Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional. Ahora los equipos de técnicos al servicio de la Organización Sindical española se disponen de nuevo a tomarle el pulso a la economía española.

Los datos, cifras, series y estudios proceden directamente de las investigaciones realizadas por los expertos económicos del Consejo; en otros casos, las conclusiones y estudios derivados de los Consejos Económicos Sindicales de cada provincia suministran abundante e inapreciable información sobre estas materias.

La misma procedencia sindical de los hombres que ahora examinan a fondo la realidad económica española les presta su mayor

garantía. No se trata de reuniones de un determinado sector de la producción ni existen miras partidistas para el hallazgo de soluciones y conclusiones.

En las Comisiones de trabajo, en las reuniones plenarias se van a compulsar datos y opiniones en torno al futuro económico de nuestra Patria.

El IX Pleno que ahora se reúne en la capital de España constituye la continuación infatigable de la tarea acometida en Plenos anteriores; éste presenta sobre los que le precedieron la relevancia que le presta el significado de los temas y el volumen de estos que abarca todo el vasto panorama económico español. Don Mariano Rojas, secretario general del Consejo, ha sido el hombre que ha regido durante las oscuras horas de trabajo las tareas preparatorias; ahora él, jerarca de la organización sindical y figura de la economía española, hará sentir su impulso en las reuniones del Pleno.

EN LAS FRONTERAS, EL ARANCEL

A veces la frontera puede ser un monte, un río o cualquier otro accidente geográfico; otras, esa separación no existe. La tierra parece la misma a uno y otro lado de esas edificaciones donde en todos los idiomas de la Tierra aparece escrita la palabra «Aduana». Detrás de ella está el arancel, y éste ha sido precisamente el tema señalado con el número uno entre las Ponencias que serán discutidas y, en su caso, aprobadas por el Consejo Económico Sindical Nacional.

Los nuevos Aranceles funcionarán en un mundo muy distinto de aquel que conocieron en su nacimiento las viejas tarifas arancelarias de 1929. La posible conveniencia de una integración en bloques económicos supranacionales afectará indudablemente a la futura constitución de los nuevos Aranceles que deberán ser generales e indiscriminados. Sus características de permanencia y

flexibilidad serán otras cualidades que aparecerán en el futuro de estas tarifas, así como la de servir de instrumento para el fomento del comercio exterior.

Las conclusiones de la Ponencia han sido redactadas como una derivación de las manifestaciones hechas por el Caudillo al Consejo Nacional de la Falange. En las conclusiones se analiza cómo el control automático del comercio y de los precios será realizado por una regulación genérica e indirecta de la economía a través del comercio exterior.

Como consecuencia inmediata de todas estas medidas es posible predecir una mayor renta nacional neta, un incremento de la renta individual real de los españoles y un estímulo de la productividad junto con la estabilización de los precios en una justa y natural relación de intercambio.

Bajo la dirección de don Pío Miguel Iruzur Goicóa, la primera Ponencia ha quedado lista para su discusión y posible aprobación en el Pleno.

LOS ESPAÑOLES CAMBIARÁN SUS COMIDAS

Cuando las fábricas y los complejos industriales comienzan a multiplicarse a todo lo largo y todo lo ancho del suelo nacional, las gentes dejan los campos y buscan el trabajo junto a las máquinas. Este hecho social tantas veces lamentado por muchos constituye la base de una de las conclusiones provisionales en la tercera Ponencia que será discutida en el Consejo Económico Sindical Nacional.

La agricultura española alcanzará una etapa de franco desarrollo económico a medida que los hombres del campo abandonen sus tareas para proseguir su quehacer en la industria. Entonces la racionalización de las explotaciones agrarias progresará sensiblemente a medida que grandes masas de población se desplacen hacia otros quehaceres.

La Ponencia sobre el Desarrollo

Agícola, tercera de la serie de las sometidas al IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional, ha estudiado la situación actual de nuestros campos en cuanto se refiere a la productividad de los mismos por hectárea y por persona. Tras el examen de la política agraria de los distintos Gobiernos de España se llega al análisis de los grandes planes de desarrollo agrícola y ganadero que el Estado ha puesto en marcha en los tiempos actuales.

El equipo de esta Ponencia, que preside don Emilio Gómez Ayau, ha realizado un sondeo en torno al futuro agrícola de nuestra Patria, determinando el probable desarrollo de la demanda de productos del campo, así como la modificación de la alimentación; este fenómeno traerá consigo una diferencia en los gastos para la adquisición de substancias.

De esta manera se han logrado establecer las modificaciones del consumo. Hoy las adquisiciones alimenticias están constituidas por un 63 por 100 de productos vegetales y un 36 de productos animales. Para 1972 la mejora del régimen alimenticio traerá consigo el que éste se componga de un 48 por 100 de productos vegetales y un 51 de productos animales.

Como consecuencia de esta derivación en la alimentación nacional, la Ponencia concede un gran interés al desarrollo de la ganadería que habrá de atenderse en el futuro de una manera progresiva.

Los grandes sectores en que se estructura el agro español son objeto de un análisis detallado; el trigo, la vid, la remolacha, el aceite pasan a estudio de estos hombres que ahora someterán sus conclusiones ante el IX Pleno del Consejo Económico Sindical.

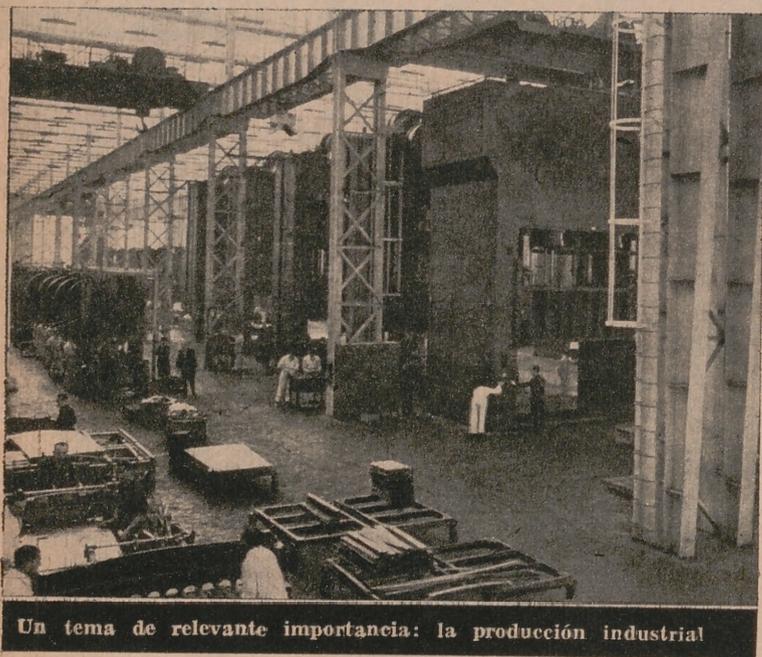
INDUSTRIALIZACIÓN Y UN MAS ALTO NIVEL DE VIDA

Hace menos de un cuarto de siglo el análisis de las actividades industriales españolas no hubiera ocupado un lugar muy relevante dentro del marco general de la economía española. Ahora, ese es el hecho, la Ponencia que estudia el desarrollo industrial de España es la que ha ocupado a mayor número de técnicos y, por otra parte, aquella cuyas conclusiones son más complejas y extensas.

Bajo la dirección de don Antonio Robert Robert, hombres de diversas procedencias dentro del campo general de la industria española han estudiado los distintos aspectos de ésta.

No era posible un estudio como el realizado por el Consejo Económico Sindical sin la debida separación en orden a las diversas materias. Dentro del sector de industrias de la energía han sido analizadas las diversas formas de ésta como son el gas, el petróleo, el carbón y la energía eléctrica. Entre tantas como han sido sus conclusiones merece citarse la previsión sobre el futuro consumo energético.

Los expertos del Consejo Económico Sindical Nacional han se-



Un tema de relevante importancia: la producción industrial

nalado que las tendencias de incremento de la demanda indican que el aumento del consumo será más acusado en el sector eléctrico, algo menor en el de los combustibles e importante en el de los carburantes. Ellos mismos han puesto de manifiesto cómo estos aumentos serán posibles gracias a la continua industrialización de España y a la progresiva elevación del nivel de vida de los españoles.

En el análisis de toda la industria española tienen también su puesto las industrias de inversión, como la siderúrgica, la metalúrgica no férrea, la industria metalúrgica transformadora, la de la edificación, la industria del cemento y otros materiales de construcción, así como la de la madera.

Se analizan seguidamente las industrias del consumo, es decir, aquellas cuyo efecto se hace sentir inmediatamente sobre cada uno de los españoles. Allí, los técnicos de la Organización Sindical han observado los fenómenos de desarrollo económico, arribando soluciones para los problemas planteados en las industrias de la alimentación, bebidas y tabaco, la industria textil, la del cuero y calzado, las químicas, las industriales del papel y la imprenta.

La estrecha ligazón que hoy une cada vez más a los diversos países es analizada detenidamente en el aspecto industrial. Se ha examinado la situación actual de la industria española ante la evolución de la economía europea, particularmente por lo que hace relación al Mercado Común, la O. E. C. E. y la Zona de Libre Cambio.

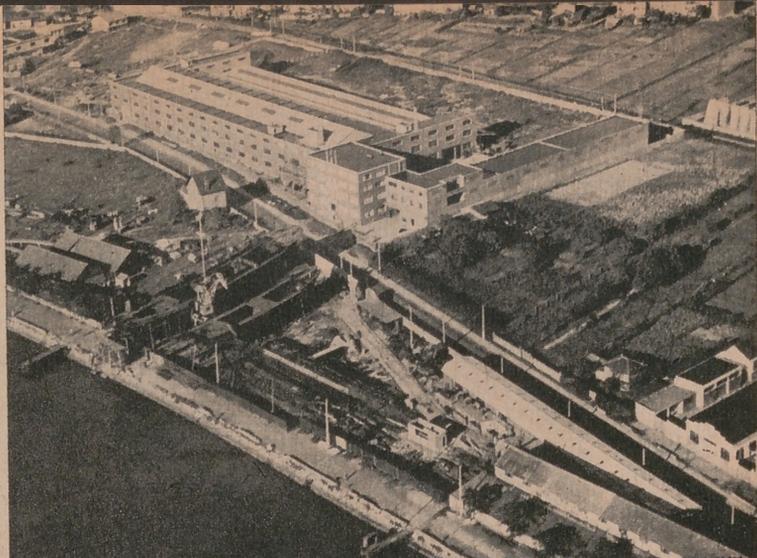
CREDITO Y MONEDA

Y ahora el dinero, en todas sus diferentes manifestaciones. El dinero está allí, para moverlo todo e impulsar la gran máquina de la producción. El Consejo Económico Sindical Nacional ha dedicado a este tema parte importante de sus estudios. Ahí están como demostración las investigaciones realizadas por el equipo de hombres que preside don Fermín de la Sierra Andrés. Ellos han sido quienes han hecho realidad la cuarta Ponencia cuyo temario es «Política Financiera, Monetaria y de Crédito».

Fruto de la labor de los técnicos ha sido el examen sobre el desarrollo del cheque y de la inversión, así como la formación y el empleo de los mismos.

El estudio de la actual estructura monetaria revela la evolución experimentada en los medios de pagos legales. Al mismo tiempo es posible indicar el incremento experimentado por las cuentas a la vista. Si se toma como base 100 para el valor de estas cuentas en 1945, le corresponderá a 1956 un número índice de 396.

El amplio sistema bancario español ha sido quien ha canalizado estos medios de pago. Los hombres del Consejo Económico Sindical Nacional han realizado un detenido análisis del activo y del pasivo



El desarrollo industrial de España es el tema de la ponencia que ha ocupado al mayor número de técnicos

del Banco de España y de la Banca privada. Ahora, en el Pleno serán analizadas detenidamente cada una de las conclusiones de tipo técnico derivadas de este examen.

La concentración bancaria y el origen de los recursos que hoy se emplean en la financiación son también algunos de los temas que este equipo ha sometido a investigación.

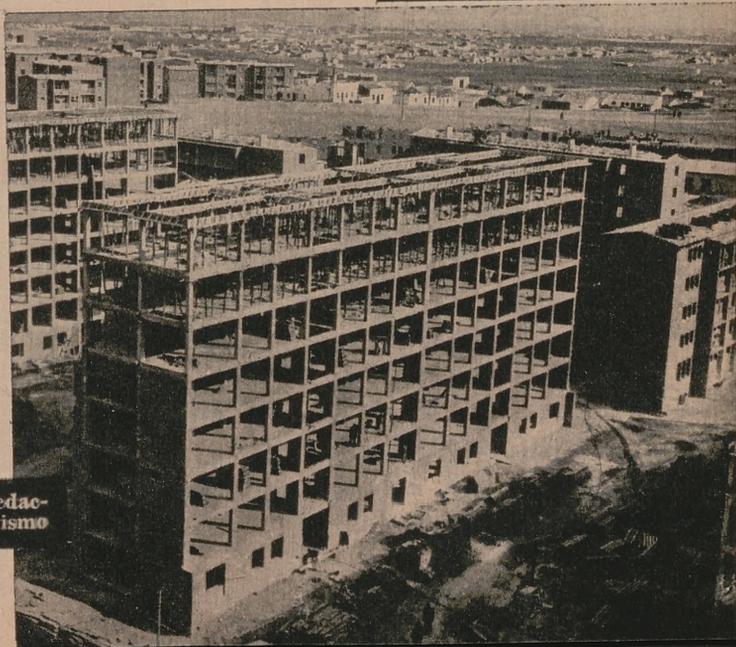
LA PASION DEL COMERCIO

Comprar y vender, vender y comprar, el continuo encadenamiento en los afanes del mundo que trabaja. Desde que el hombre aprendió que podía cambiar los objetos que fabricaba por otros contruidos por sus semejantes nació el comercio, esa actividad que crece a medida que se abren los caminos de la producción y del consumo.

Bajo la presidencia de don Pedro Lamata Mejías se han llevado a cabo las investigaciones sobre el tema de «Expansión Comercial» que constituye la base de una de las Ponencias, exactamente la quinta entre las que serán presentadas, discutidas y en su caso aprobadas por el IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional.



Mariano Rojas, Vicesecretario de Ordenación Económica y secretario general del Consejo



En el Pleno se propugnará la redacción de un Plan General de Urbanismo

Los hombres que se han agrupado ante la dirección de don Pedro Lamata para estudiar los fenómenos de la expansión comercial, han investigado a fondo sobre el desarrollo de nuestro comercio exterior deteniéndose sobre todo en las modificaciones experimentadas por éste durante los últimos veinticinco años. En ese tiempo, las relaciones comerciales entre los distintos países, han experimentado alteraciones tan hondas que transcurren desde las aspiraciones de algunos países a la autarquía en el suministro de materias primas hasta la constitución de los grandes bloques económicos internacionales. En el Pleno se pondrán de relieve las distintas tendencias observadas en estos movimientos así como las causas que hayan podido modificarlas.

Por lo que se refiere al estudio concreto de la realidad española se examinan las relaciones que existen entre el futuro auge del intercambio comercial español con el exterior y el sistema fiscal de nuestra Patria. El aumento de la productividad traerá consigo la victoria en la batalla de precios de los mercados mundiales.

No es posible hablar de campos rigidamente delimitados para cada una de las Comisiones de trabajo. La economía es siempre una aunque considerada desde diversos puntos de vista. Así en la Ponencia sobre «Expansión Comercial» se estudian también las beneficiosas consecuencias que acarreará la reforma del sistema arancelario vigente y la nueva determinación de la política monetaria.

La expansión comercial, estrechamente ligada a los fenómenos de la producción alcanzará un favorable resultado con la implantación de un plan general de desarrollo económico de España.

UNA ENCUESTA PILOTO

Hace ya mucho tiempo que se dijera aquello de que gobernar era prever. En el terreno económico esta afirmación cobra aun más valor. Es necesario saber en cada momento lo que va a ocurrir sea su signo positivo o negativo. El establecimiento de grandes planes económicos, la modificación de salarios, tipos de descuentos, métodos de producción son acciones que no pueden emprenderse sin un conocimiento exacto de las realidades presentes y de su futuro desenvolvimiento.

Para predecir acontecimientos es preciso partir de datos y situaciones perfectamente conocidas. Por eso la Organización Sindical española atenta siempre al desarrollo económico de España ha emprendido a través del Consejo Económico Sindical, el montaje de un servicio destinado a la observación de la coyuntura económica de España.

Durante los últimos meses el equipo de técnicos que preside don Francisco Torres Huguet ha realizado una muestra piloto sobre la coyuntura económica en el mes de noviembre de 1955 y las previsiones para los meses inmediatamente posteriores. Se trataba de un primer ensayo, cuyo éxito permitirá el establecimiento de un servicio periódico de infor-

mación económica en el seno del Consejo Económico Sindical. El muestreo aleatorio que reviste la forma de elección al azar matemático ha permitido la obtención de datos en las respuestas solicitadas a 3.043 empresas, de ellas 520 de calzados, 218 de curtidos, 55 de abcnos 43 de cemento y 2.207 textiles.

Los técnicos del Consejo Económico Sindical se muestran satisfechos de la favorable acogida que ha obtenido la encuesta entre las empresas auscultadas que han respondido en su gran mayoría de modo satisfactorio contribuyendo de esta manera al éxito de la muestra piloto.

Se formularon catorce preguntas que abarcaban los aspectos fundamentales de todo tipo de negocios; entre ellas destacaban como más importantes las que se referían al volumen de ventas en comparación con el año anterior, la producción diaria, los stocks invendidos en relación con el mes anterior, existencia de materias primas, pedidos recibidos en relación con los stocks, opiniones sobre el futuro de precios y ventas, turnos en que trabajaba la fábrica y número de obreros en cada turno.

De los resultados obtenidos se desprende la existencia de un considerable aumento de las ventas con relación al mes de noviembre de 1955 la carencia de dificultades en el abastecimiento de materias primas. Después, en cada distinto sector las contestaciones oscilaron entre extremos muy diversos.

El éxito de esta muestra piloto sobre el examen de la coyuntura en España constituye uno de los jalones fundamentales en las tareas preparatorias del IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional.

El examen de la coyuntura es una radiografía del presente y futuro del movimiento económico. Cuando, de acuerdo con las experiencias realizadas se implante el servicio periódico de información sobre la coyuntura se podrá seguir paso a paso la vida económica de la Nación.

LOS CAMINOS DE HIERRO

Las gentes y las cosas necesitan desplazarse, moverse continuamente. Las mercancías precisan el traslado desde los centros de producción hasta los de distribución y consumo. Un análisis económico como el que se está llevando a cabo necesita de un estudio detallado de todos estos factores. Para eso, la séptima Ponencia que corre a cargo de don Lamberto de los Santos Jalón expondrá ante el IX Pleno del Consejo Económico Sindical el examen detenido que se ha realizado sobre las obras y los servicios públicos.

Hace unos años los ferrocarriles eran casi con exclusividad arterias de la circulación interior por España. Hoy, aunque los medios de transporte han derivado en gran parte hacia la carretera todavía presentan una importancia transcendental los viejos y nuevos caminos de hierro. Ante el Pleno se discutirán los estudios realizados en torno a la revisión de los ferrocarriles de vía ancha en proyecto y la concentración de empresas de ferrocarriles de vía

estrecha mediante una mínima rentabilidad económica.

Al otro lado de la vía, la carretera; los hombres que redactaron la séptima Ponencia han ido analizando la competencia entre ambos medios de comunicación. Puertos y aeropuertos han sido objeto de largos exámenes.

Al final de los raíles o de la ruta de asfalto están siempre las ciudades, cuyo crecimiento depende esencialmente de su desarrollo comercial e industrial.

En el Pleno se propugnará la redacción de un Plan General de Urbanismo dentro de otro mayor de desarrollo económico de España. Junto con el urbanismo, el transporte en el interior de las ciudades ha sido también objeto de especial atención por parte de los integradores del grupo que redactó la Ponencia.

LA PERSECUCION DEL FRAUDE

En el examen a fondo de la economía española que han realizado los hombres de la Organización Sindical española no podía faltar una investigación meditada sobre la política fiscal en nuestra Patria.

Y aquí, como tantas otras veces que se precisa el conocimiento de una realidad, es preciso remontarse al pasado. Entre los hombres integrados en la octava Ponencia, que preside don Enrique Fuente Quintana, han sido designados los especialistas en el análisis de los diversos sistemas fiscales españoles.

Uno de los grupos ha estudiado las reformas hechas o proyectadas en España, partiendo del siglo XVIII, y examinado la obra de los hacendistas como González Bravo, Santillán, Villaverde, Flores de Lemus y Calvo Sotelo; especialmente al último, el insigne político español, se le ha dedicado especial atención.

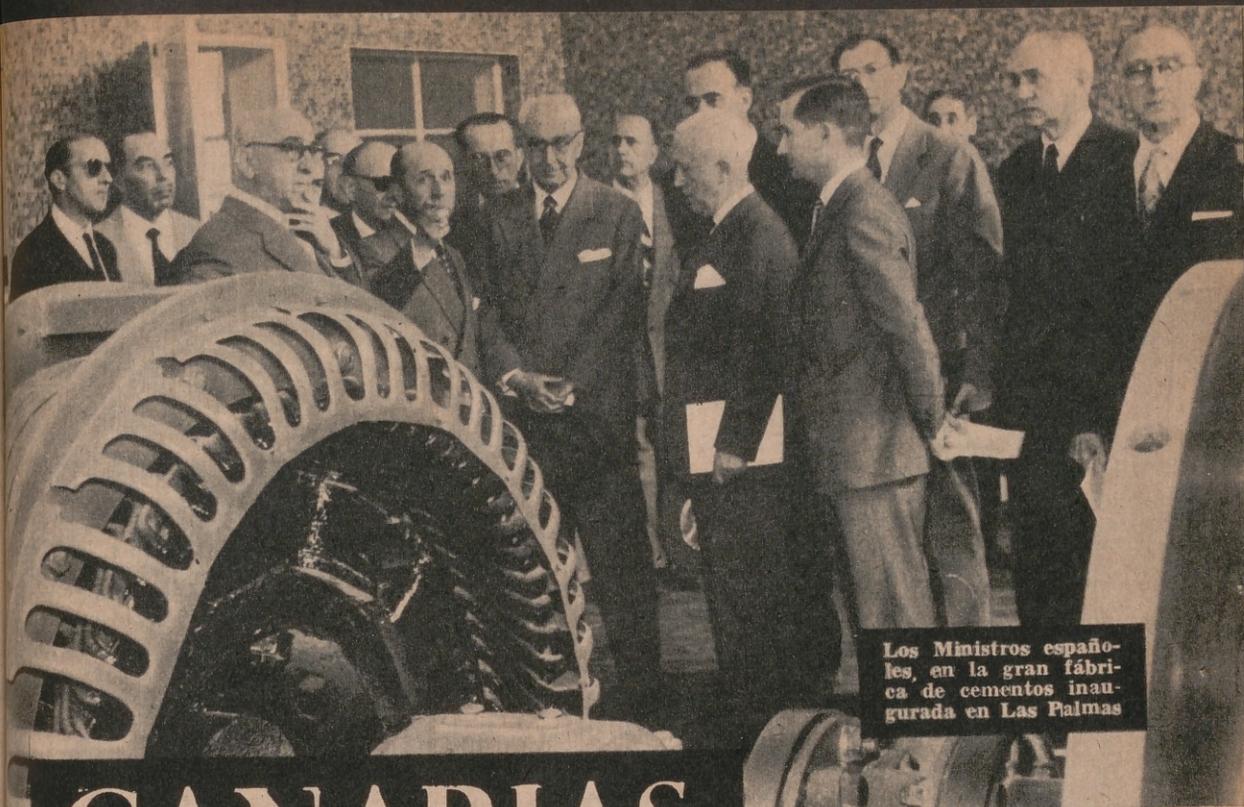
Un segundo grupo, asimismo integrado en el equipo, ha analizado las recientes reformas y modificaciones tributarias efectuadas en otros países, y algunos otros de los técnicos se han dedicado al análisis de los modernos criterios en torno a la progresividad del impuesto sobre el gasto, el impuesto sobre la renta y el impuesto sobre el patrimonio.

Los hombres del Consejo Económico Sindical han señalado dos nuevas directrices previas a la constitución de un futura reforma: la persecución de la defraudación y la consecución de un sistema ágil y flexible.

El equipo que ha elaborado la octava Ponencia que se presentará ante el Pleno del Consejo Económico Sindical ha concluido el establecimiento de las bases para un futuro desarrollo de la política fiscal mediante el aligramiento de la contabilidad pública.

Datos, cifras, series y análisis son el entramado en que se desenvuelven ahora las tareas de estos hombres que están ahora observando y discutiendo el futuro económico de España. Cuando los años casen y las realidades previstas y logradas por estos técnicos hayan llegado, quedará su trabajo como exponente de unas tareas decisivas.

Guillermo SOLANA



Los Ministros españoles, en la gran fábrica de cementos inaugurada en Las Palmas

CANARIAS: PROMESA Y REALIDAD DE SIETE ISLAS

VIAJE DE TRES MINISTROS PARA OIR, VER Y RESOLVER

NUEVA ORDENACION INDUSTRIAL Y AGRICOLA DEL ARCHIPIELAGO

QUIZA sea desde el aire, viéndolas abajo, tan bellas, tan pacíficas, rodeadas por el azul del mar purísimo, donde se siente profundamente, dentro del corazón, el españolismo hondo de las islas Canarias. Porque es ver las totalmente, extensas, amorosas, en una sola mirada, forman-

do unidad plena la tierra, que verdea los cultivos, y los hombres que, invisibles por la distancia, se les presiente y se les comprende.

A las tres menos cuarto del domingo 24 de noviembre tomaba tierra en el aeródromo de Gando el avión que conducía a

tres Ministros del Gobierno de España. Camilo Alonso Vega, Juan Vigón y Joaquín Planell, titulares de las carteras de Gobernación, Obras Públicas e Industria, llegaban a Las Palmas de Gran Canaria no ya con la misión especial de la visita, sino con el corazón de hombres y de



En su visita a Canarias, los Ministros recorrieron las principales instalaciones industriales del archipiélago

españoles abierto a todas las emociones, a todos los proyectos, a todas las dificultades. En el mismo instante de pisar tierra canaria, las gentes de la isla pudieron comprobar cómo la visita de tres hombres españoles a esas provincias españolas no iba a ser una fórmula, sino un tomar latidos a los individuos, a las obras e incluso a las mismas cosas que carecen de palabra.

LA PRIMERA FABRICA DE CEMENTO PUZOLANICO DE ESPAÑA

El general Vigón, a poco de su llegada, expuso en sobrias palabras el alto interés del Gobierno no sólo por conocer las necesidades insulares, sino por ponerles inmediatamente remedio seguro. Y Canarias, por medio de sus hombres, puso de manifiesto la suma importancia que para los cultivos tradicionales de las islas representará una adecuada y perfecta captación de aguas, inserta en un amplio plan de embalses, para evitar que ni una sola gota de agua se pierda en el mar. Y junto a esta llave para el agua, una más extensa red de comunicaciones que dote a los cultivos isleños de facilidad exportadora en el camino hacia los puertos.

He aquí, pues, cómo Canarias presenta una cara totalmente apta para la industrialización. Una industrialización que, con la llegada de la Misión visitante, no sólo ha quedado plena y acertadamente delimitada, sino que ha empezado a dar frutos primeros, que pueden ser, aparte su significación económica, estímulo y señal segura para un porvenir totalmente optimista.

A 67 kilómetros de Las Palmas está Arguineguín. Parece nombre de pantomima, de tarantela, de canción, de personaje. Y si de las tres cosas primeras no puede estar más lejos de ellas, en cambio, el día 25 el canario

lugar de Arguineguín se ha convertido en lo último con pleno derecho y categoría. Tres Ministros del Gobierno español han inaugurado la primera fábrica española de cemento puzolánico, que ha representado una inversión, hasta ahora, de 50 millones de pesetas. Dotada de la más moderna maquinaria, situada a la misma orilla del mar, abastecida, tanto en la exportación como en la importación, por su propio puerto, su capacidad de producción asciende, en el instante de su puesta en marcha, a 60.000 toneladas anuales, ampliable a 120.000, con una resistencia del cemento de 34,9, lo que significa que, además de las cualidades inherentes al cemento producido con puzolanas, como son su resistencia al agua del mar y aguas salinas, su mayor impermeabilidad y su menor retracción sobrepasan, con mucho, las realidades en cuanto la resistencia del cemento portland normal, acercándose a lo exigido a los supercementos.

Este ha sido el primer jalón en la etapa industrial, etapa que necesariamente ha de ser complemento de la agraria, ya que de la coordinación de ambas ha de resultar un equilibrio que, indudablemente repercutirá beneficiosamente en la vida canaria.

Los hombres callados, los hombres laboriosos, los obreros y los técnicos que presenciaron el acontecimiento sabían que estaban ante una fecha histórica; para algunos, por doble motivo. Como para el portero de la fábrica, que exclamó con auténtico y legítimo orgullo:

—Hoy inauguramos la fábrica y, además, viene «mi general», pues yo estuve en la Cuarta de Navarra.

CULTIVOS Y PETROLEO, DOS «GRANDES» DE LAS ISLAS

La industrialización de los cul-

tivos canarios ha sido el segundo punto examinado con todo detenimiento y amplitud por los Ministros. Se ha comprobado, pues, que un futuro en este sentido no sólo aleja el peligro de basar la rentabilidad de una provincia en unas especiales características, como son las agrícolas de Canarias, sino que industrializando sus productos se anula o compensa este riesgo y lo que es mejor, se le revaloriza en cuanto permite un mayor aprovechamiento de las cosechas. Mucho más cuando Canarias puede mostrar con legítima satisfacción modelos fabriles únicos en su género, tanto por su historia como por su eficiencia.

La fábrica de conservas vegetales Intercasa, situada en la isla de Gran Canaria, es la primera fábrica de España que produce concentrado de tomate y carne de guayaba, y puede elaborar simultáneamente concentrados de tomate, pulpa de fruta, mermeladas, pasta de frutas y verduras, etc. Con la absorción de frutas frescas que hace ahora la citada fábrica se ha logrado estimular las plantaciones frutales canarias hasta el extremo de que en guayabos, en 50 o dos años, se ha triplicado en la isla la plantación, pudiendo dicha fábrica absorber aun la de muchas más hectáreas de este fruto. Además, para la industrialización de frutos tropicales se tiene establecida una colaboración de intercambio de conocimientos e investigaciones técnicas con las más importantes firmas del ramo en el Brasil.

Otro ejemplo, éste inserto ya en la gran tradición canaria, es la elaboración tabaquera: montaje moderno, técnicas al día y eficacia del personal son los tres valores permanentes del complejo.

Y, por último, ya como exponente gigantesco de la obra de una época, la refinería de petróleos, sin analogía en Europa y únicamente en Norteamérica. Con independencia del enorme volumen de producción que se registra en este recinto, que con los años aumenta sin cesar, la refinería de petróleos de Tenerife es la única en el mundo, fuera de los Estados Unidos, que produce benceno, tolueno y sus derivados aromáticos. En cualquier sentido ocupa el octavo o noveno lugar en el mundo, y su última dimensión, el gas butano, acaba de conferirle el mando preminente, que significa que la modernísima refinería figura como modelo auténtico en su clase entre las más prestigiosas de Europa.

Con estos tres puntos como partida y origen en el actual espacio cronológico, el porvenir industrial de las Canarias, debidamente canalizado y estudiado, no ha de presentar, antes al contrario, desesperanza alguna.

EL PLAN DE FUERTE-VENTURA, EN MARCHA

Después de Las Palmas y de Tenerife habían de ser Fuerteventura y Lanzarote los terceros lugares de detenimiento de la Misión que llegó desde la Península.



El señor Alonso Vega, con el Presidente de Cabildo de Las Palmas, durante su visita a la isla de Lanzarote, conversa con los niños de las escuelas



En la isla de Fuerteventura, los Ministros, saludados por bellas señoritas ataviadas con trajes típicos

El Plan de adopción de Fuerteventura está ultimado.

Con estas palabras, el Ministro de la Gobernación, junto con sus compañeros de Gabinete, los de Obras Públicas e Industria, han llevado a la isla canaria la mejor noticia que sus habitantes esperasen oír de visitante alguno. El trienio 1958-60 hará invertir unos 80 millones de pesetas en obras y realizaciones tradicionalmente sentidas. A Puerto Rosario llegará la ampliación de su dique, la dotación del dispensario, el especial sistema de créditos del Instituto Nacional de Colonización, el firme de la carretera que le une con Gran Tarajal, una conveniente repoblación forestal, plantaciones que den origen a productos convertibles en piensos, embalses y presas y todo aquello que, dentro de los límites de la razón, haga falta a la isla.

Sus hombres, los hombres abnegados y valiosos de Fuerteventura, han conocido cómo van a ser realidades sus deseos y sus necesidades, porque para eso han ido allí tres hombres del Gobierno, tres Ministros, que saben de luchas, de estudios, de sacrificios y también de éxitos.

Cuando el general Camilo Alonso Vega se encontró en Fuerteventura con Eustaquio Gopar Hernández Mejorero, último superviviente de la gesta de Baler, en Filipinas, y le saludó y le dió un abrazo, preguntó:

—¿Tiene algún cargo oficial?

—Soy el Alcalde de Tuineje

—Tuineje no podía estar en mejores manos.

Pues bien, el último superviviente de Baler, ahora podrá decir, al igual que su general: «Fuerteventura está en buenas manos, mi general.» Y el Ministro de la Gobernación sabrá que efectivamente, los hombres de Fuerteventura se lo merecen, por que es verdad, verdad entera, verdad total.

Lanzarote después, ha mostrado a los visitantes sus características, sus realidades y sus preocupaciones. Y junto a la satisfacción de una cada vez mayor afluencia turística—ahí está, como tradición contemplada por los visitantes, su Montaña de Fuego, donde acercando una sarten a la tierra pueden freirse sin necesidad de hoguera alguna un par de huevos—, la presencia de los enarenados, ejemplo típico del esfuerzo del campesino, ha dado margen absoluto para unos datos, unas confrontaciones y unos proyectos que serán, en plazo breve, realidad segura.

EMBALSES Y CARRETERAS: DENOMINADOR COMUN

Canarias ha sido, pues, recorrida de punta a punta por los Ministros. No ha habido rincón, ni demanda, ni cuestión que no haya sido visitado, oída o atendida. Han sido estimadas todas las posibilidades de mejora previsibles. Así, se pondrá en ejecución un detenido plan de aprovechamiento hidroeléctrico en los lugares precisos y oportunos, se terminarán las obras de comunicaciones actualmente en ejecución

y se realizarán no sólo las ya previstas, sino las que de orden a las necesidades futuras puedan verificarse, y se atenderán cuantos aspectos agrícolas, industriales o de cualquier otro tipo puedan representar incremento o mejora de la riqueza canaria.

En esta riqueza, en la que ocupa un lugar destacado el turismo. Porque no es sólo el espectáculo auténticamente inigualable del Valle de La Orotava, sereno y suave, con el Teide al fondo, o la presencia incomparable de Arrecife, sino cualquier rincón o lugar de las siete islas Afortunadas, el que constituye una preciosa potencia turística. Turismo de verano, pero también turismo de invierno. Porque actualmente hay en Santa Cruz, por ejemplo, más de cuatro mil turistas de todas las nacionalidades, gozando de la paz, del clima, del paisaje, de la perspectiva.

Cuando el avión de la Misión—un domingo después de la llegada—ha emprendido vuelo de regreso, han quedado abajo las islas. Pero esta vez la visión de ellas desde el aire, siendo igual de amorosa, de extensa, de espafiola, no tenía la sensación de la llegada. Ahora se volvía contento; abajo quedaban las islas bellas, las islas queridas, las islas pedazos auténticos de España; pero abajo quedaba también la seguridad y la certeza de que los aires, como tantas veces en la Historia, no se llevarían las palabras.

José María DELEYTO



UNA MUJER A CABALLO

PAULA ELIZALDE, ENTRE LOS
MEJORES JINETES DE EUROPA

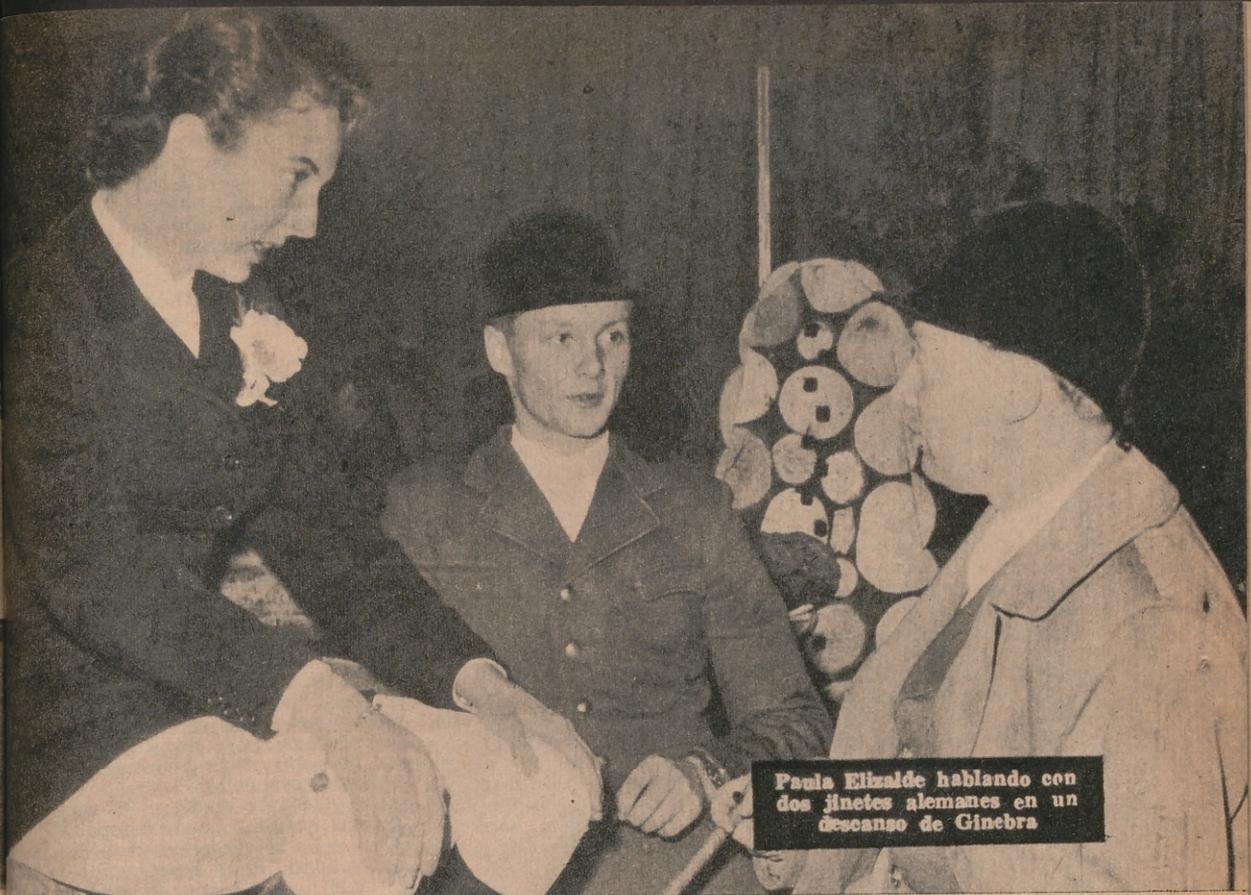
AMAZONA DESDE LOS TRECE AÑOS



En las cuadras del Club de Campo con sus caballos «Cambusito» y «Constant»

POR San Gotardo abajo, el Ródano discurre camino de Francia a desembocar en el Ginebra. Antes se detiene en Ginebra, y a los pies mismos de la ciudad forma el lago Lemán. Uno de los encantos de Ginebra es su lago cruzado de puentes y orillados de mirtos y abetos enanos. Al anoecer, infinitas luces se reflejan en sus aguas y por los puentes se pasean parejas románticas, matrimonios de edad proveecta, estudiantes de la Universidad. Son gente de no muchos recursos económicos que no pueden permitirse el lujo diario de ir a una cervecería o los lugares típicos donde se sirve el exquisito «fondü». Sin embargo, en los días primeros de noviembre muchos de estos ginebrinos están dispuestos a hacer un buen dispendio. Para algunos quizá constituya desprenderse de los ahorros de varios meses. Pero no importa, la afición es la afición, y en esos días los aficionados al deporte hípico forman en largas colas ante las taquillas. Las localidades son caras, y a la espera de conseguir el boleto hay personas de todas las clases sociales. Desde el magnate de los negocios hasta el obrero de las fábricas de relojería. Y es que en Ginebra hay verdadera pasión por este deporte que en otras naciones es para minorías, y aquí, como en Alemania cobra carácter popular.

Desde el día 16 al 24 de noviembre Ginebra vive sólo para el Gran Concurso de las Naciones, una de las pruebas hípias internacionales más importantes. Tiendas, cafeterías, teatros, cines, avenidas, todo está decorado con los emblemas y «slogans» de la competición. Un espíritu provinciano parece haberse adueñado de la populosa capital. Las señoras se asoman a las puertas de



Paula Elizalde hablando con dos jinetes alemanes en un descanso de Ginebra

los comercios cuando ven pasar grupos vistiendo trajes de montar. Porque en esos días los diferentes equipos internacionales no se desvisten jamás, y con sus atuendos ambientan más aún las calles.

Cuando el equipo español—cuatro hombres y una mujer—pasa por cualquier sitio, desde la dama elegante a la comadre ginebrina, desde el menestral al banquero, tienen un movimiento de asombro y exclaman:

—¡Quelle jolie fille!

UNA ESPAÑOLA EN LA PISTA

El campo del Palacio de Exposiciones es una pista magnífica con cabida en tribunas y graderos para diez mil espectadores. Espléndida iluminación, banderas, gallardetes, flores adornando los obstáculos y un enorme y ya clásico reloj Longines de cuatro esferas en el ángulo izquierdo de la pista. Un público heterogéneo y entusiasta que aplaude primero al equipo suizo y después por no se sabe qué afinidad o simpatía al equipo español. Aquí, en el campo, hay las mismas exclamaciones de la calle. Así, antes de saber cómo monta, ya la gente se pronuncia por una amazona.

—¡L'espagnole! ¡L'espagnole!

Paula Elizalde, veinte años recién cumplidos, con su alta estatura y su figura estilizada, podría eclipsar a muchas estrellas del cine. Pero la española, no solamente es bellísima, sino que cada día se clasifica en los primeros lugares. En el primero, en el segundo, en el tercero, en el cuarto lugar. Tiene un dominio extraordinario del caballo y un impecable estilo. Y el último día con todas las clasificaciones sumadas. La española resulta vencedora entre todas las amazonas

de diferentes naciones que han corrido en la prueba.

A Paula Elizalde, sobre la negra chaquetilla, se le cruza la Banda Rosa que la proclama como la mejor amazona. Los espectadores aplauden. Y se oyen multitud de gritos de entusiasmo:

—¡L'espagnole!
—¡L'espagnole!

HACE FALTA CORAZON PARA SER AMAZONA

Paula Elizalde, esta muchacha rubia de melenita semilarga, peinada a lo «alondra, acaba de lle-

gar de Ginebra. Aun está cansada, tremendamente cansada:

—He perdido un kilo en nueve días. Es agotadora una prueba de éstas. Imagínese que tenemos que correr dos veces al día. Una por la tarde y otra por la noche. Empezamos a las dos y terminamos a eso de las cinco, y por la noche a las diez para terminar a la una. Y por la tarde, al terminar casi siempre teníamos que asistir a cóctels y recepciones. No nos quedaba tiempo para descansar y ni aún siquiera para comer. La comida nos la servían a las doce



Paula y Goyoaga con las bandas conseguidas en Ginebra

y a esa hora a los españoles, que no estamos acostumbrados a este horario nos era imposible comer en serio. Tomábamos una cosa ligera sólo y a la pista. A la hora de la cena casi no teníamos tiempo porque veníamos de las recepciones oficiales, así que hubo días que nos pasábamos casi con unas almendras tomadas en cualquier coctail.

Paula Elizalde habla con sencillez. Es una muchacha natural y risueña, que a veces por cualquier cosa se disculpa y dice:

—Con perdón...

En el salón, amplio y de tonos claros, muchas fotografías de jinetes, caballos y de ella misma montando. Cuadros de moderna concepción pintados por la hermana recién casada, y en un mesita un retrato de un hombre delgado con una batuta en la mano y en actitud de dirigir.

—Mi padre, Federico Elizalde, es compositor y director de orquesta. Ahora es director de la radio oficial de Filipinas.

—¿Por dónde le vino la afición, Paula?

—Pues por mi padre mismo. A pesar de ser el deporte tan opuesto a la música, mi padre tiene pasión; por la equitación, es un jinete estupendo y le entusiasma que yo monte. Cuando gano algún premio es su mayor alegría. Y en cuanto a mi madre también es muy buena amazona.

—¿Navarra también su madre como su padre?

Ríe divertida.

—No; mi madre se llama Joan Zorbes y es neoyorquina, aunque siempre vivió de soltera en Europa y de casada, aparte de los continuos viajes que hacía con mi padre, estuvo siempre en España o en Filipinas.

—¿Y usted dónde nació, Paula?

—Pues yo nací por casualidad en París, pero siempre viví en Madrid.

—¿Cuándo empezó a montar?

—Pues casi no tenía los trece años. A esa edad gané mi primer premio en Biarritz. Claro que en una prueba sin importancia, pues

en los concursos en serio e internacionales no se puede tomar parte hasta que se tienen los dieciocho años cumplidos. Ahora que yo corrí en Hannover a los diecisiete años. Fui acompañando al equipo español y sólo por presenciar la prueba y allí ya empezaron a animarme. Me decían: «Preséntate, que quizá no te van a pedir un documento acreditativo de la edad.» Y así fué, me prestaron un caballo y salí a la pista. Y quedé bastante bien ¡Ah! Pero no he terminado de contarle la tradición familiar. Mi hermano acaba de ganar en el Club de Campo la Prueba Handicap sobre el caballo «Treischutz» y mis cuatro tíos, los hermanos de mi padre, fueron durante mucho campeones de Oriente como jinetes del equipo de polo de Filipinas.

—¿Vivía entonces la familia de su padre en Filipinas?

—Teníamos intereses allí y siempre estaban al frente mi padre o sus hermanos.

—¿Se pone nerviosa, Paula?

—Pues, sí, siempre. Es inevitable. Sobre todo me he puesto muy nerviosa en Ginebra. Ya ve. Yo habitualmente fumo muy poco y en estos días he fumado muchísimo para calmarme la tensión nerviosa. Teníamos un contrincante terrible en el equipo alemán. Todos fumábamos sin parar antes de salir a la pista y eso que no se debe hacer sino mucho antes tan sólo, porque al correr, si se ha fumado muy reciente, la respiración se entrecorta, pero no podíamos remediarlo. Lo más divertido fué cuando Alonso Martín se empeñó en que fumásemos «Bisonte», porque decía que daba más fuerza que el otro tabaco rubio. Pero ya ve, al final quedamos muy bien. Paco Goyoaga también alcanzó la Banda Dorada.

—¿Es usted tan buena amazona como él jinete?

Paula Elizalde vuelve a reír y enciende ahora un cigarrillo mientras se atusa la melena:

—De ninguna manera. El es

mucho mejor jinete que yo amazona. El es único.

—¿Paula, cree que una mujer puede montar como un hombre?

—Sí, naturalmente. Lo que hace falta es corazón y una mujer puede tener tanto valor como un hombre aunque sea muy feminina.

MIS CABALLOS ME HAN HECHO PASAR MALOS RATOS

—¿Cómo ve usted a la mujer en la equitación?

La contestación es muy de lenguaje de muchacha moderna, muy de sus veinte años:

—Pues, ¡fenómeno! Y además es un deporte muy apropiado para conservar la figura porque hace trabajar a todo el cuerpo.

—¿Tuvo miedo alguna vez?

—Sí. Se suele tener miedo, sobre todo a raíz de grandes caídas. Pero todo se vence con fuerza de voluntad. Yo siempre a mitad del Concurso siento un desfallecimiento de ánimo tremendo. Casi también físicamente cuando voy a medio recorrido me siento agotada, pero hago un esfuerzo, me sobrepongo y consigo llegar al final con éxito.

—¿Siente el deseo de vencer a sus compañeros de equipo?

—En el campo siempre hay rivalidad. Pero aparte de esto lo que más se siente es el deseo de vencer al caballo, mejor dicho, de dominarlo.

—¿De qué nacionalidades eran las amazonas que compitieron con usted en Ginebra?

—Eran italianas, inglesas y francesas.

—¿Tan jóvenes como usted?

—No, y algunas eran hasta casadas.

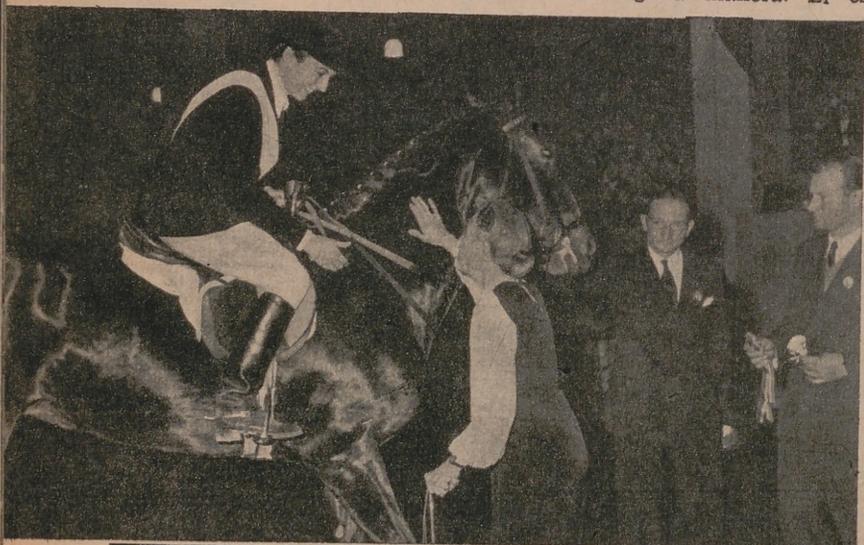
—¿Seguirá usted concurrendo a pruebas cuando se case?

—Sí, desde luego; ya tenemos decidido que no me retiraré.

Y lo han decidido Paco Goyoaga y ella, porque, como es sabido, el mejor jinete español y la mejor amazona clasificada en Ginebra son novios y se casarán en la próxima primavera.

—¿En qué país ha visto usted en sus viajes que hay más afición a la equitación?

—Corrientemente se cree que Inglaterra, pero en realidad en donde se tiene más afición es en Alemania y después en Suiza. Es emocionante ver la afición en este país. Con decirle a usted que Ginebra vive sólo para el Concurso en los nueve días que éste dura. Ir por las calles de Ginebra en esos días con traje de montar es causar una gran expectación. La gente nos seguía, y si entrábamos en cualquier sitio nos colmaba de deferencias. Sobre todo, al equipo español se nos ha demostrado una simpatía enorme. Eramos populares. Claro, yo creo que nos ayudaba nuestro carácter alegre. El equipo lo componían Alvarez Bohorques, López Quesada, Martín Alonso, Paco y yo. Todos tienen don de gente y Paco es tremendo. Lo conoce todo el mundo. Una noche después de terminar la prueba nos fuimos a un sitio típico de la vieja Ginebra a comer el «fondue», que es una mezcla exquisita de toda clase de quesos batidos con nuez moscada y no sé cuántas especias. Se toma con el



La francesa madame Gauthier de Bayón, que fué una estu- penda amazona, ha instituido en Ginebra un premio a la «Me- jor Amazona». Aquí la vemos felicitando a la amazona espa- ñola que obtuvo este título

recipiente puesto sobre una llama y hay que rebañar aquello quemándose casi. Nos reimos muchísimo y luego encontramos una guitarra y tocamos y cantamos. La gente que había allí estaban encantados de nuestra manera de ser.

—¿Tiene usted alguna superstición o algún objeto que le sirva de mascota cuando va a montar?

Y Paula Elizalde, naturalmente, dice mientras me enseña un álbum de fotos:

—Lo único que hago es santiguarme antes de entrar en la pista... Y, además, nunca tomé nada hasta este último concurso. En éste me dieron un poco de glucosa. Siempre hay un jefe para cada equipo, y el nuestro, el señor Muller, se empeñó en darme esto, y tanto insistió que lo tomé.

—¿La prueba más dura, Paula?

—La que se corre en Hamburgo: El Gran Premio. Es un recorrido de 1.500 metros con unos obstáculos imprevisos y muy cercano los saltos, que es lo difícil, porque no hay espacio para corregirlos bien. En una hay tres banquetas, dos ríos, cuatro escalones, pasos en alto y pasos en bajo, un tranco de galope, qué sé yo... Fijese que en 35 años que lleva instituida esta competición sólo tres jinetes han hecho este recorrido sin falta. Uno de los tres fué Paco.

—¿Corrió alguna vez encontrándose enferma?

—Pues sí, precisamente en Hamburgo. Tenía una gripe tremenda y no me quise retirar. Además empezó a llover torrencialmente. Como sería la lluvia que me empapaba la ropa y me pesaba. Me quité un kilo del plomo que llevaba.

—¿Lleva el plomo para alcanzar el peso reglamentario?

—Eso es. A las mujeres se nos exigen setenta kilos, y a mí, naturalmente, me faltan muchos para llegar a esa cifra. Ni con montura la alcanzo—bromea—. Así que me tengo que poner doce kilos en saquitos de a uno.

—¿Los setenta es con montura y todo?

—Sí.

—¿Y cuánto pesa la montura?

—Unos cinco viene a pesar.

—¿En cuántas pruebas ha tomado parte,

—Pues cada año, desde que monto en serio, en Roma, Turín Marsella, Madrid, Barcelona, Spa (Bélica), Aquisgrán, Hamburgo, Ginebra Hannover Biarritz, Bilbao y San Sebastián. ¡Ah! También corrí una vez en Vigo. Y aquí es donde he visto más entusiasmo. Era tremendo.

—En Aquisgrán gané la Copa de Amazonas.

—¿Se entrena mucho, Paula?

—Sí, mucho. Pero también hay meses enteros en que tengo que dejar descansar a los caballos.

—¿Tiene muchos?

—Tres. «Constant», que fué el primero que me compraron. Es un angloárabe francés que me ha dado muchos sobresaltos. «Camibusito», que es argentino, y «Alpenjager», que es alemán.

—¿Por qué le ha dado tanto que hacer «Constant»?

—Pues porque lo he tenido dos veces a la muerte. Un día habíamos corrido en Salamanca. Al



Entre tres campeones del mundo de equitación: el alemán Hans Winkler, premio 1954 y 1955; el italiano Raimundo d'Inzeo, premio 1956, y Paco Goyoaga, premio 1953



El equipo español saliendo a la pista de Ginebra

terminar yo me vine y el caballo regresaba en un tren apropiado con el mozo que tengo, un andaluz que se llama Miguel García Vargas y que quiere mucho a mis tres caballos. Cuando yo estaba ya en casa me pone una conferencia desde Las Rozas diciéndome que el tren tenía que estar parado allí varias horas y que el caballo se había puesto muy malo y parecía que era pulmonía. En un coche me fué inmediatamente con el veterinario. Llevábamos penicilina. Con faroles nos llevaron hasta donde estaba, pues había quedado muy fuera de la estación. Debían de ser ya lo menos las dos de la madrugada. Hubo que ponerle varias inyecciones y cuando llegamos el tren con él y nosotros a Madrid era ya de día, pero «Constant» no podía llegar hasta su cuadra en el Club de Campo y hubo que meterlo en una que encontramos cerca de la estación y que estaba llena de burros de botijeros. Fué una odisea terrible.

Y las dos reímos.

Paula Elizalde sigue:

—Pero la otra enfermedad de «Constant» fué peor. Aquel día teníamos una cena en casa. Yo

había estrenado un traje precioso. Ya estaban llegando los invitados cuando me llamó Miguel diciéndome que el caballo se moría. Me eché el abrigo encima del traje y me fuí. Era un cólico muy fuerte y le había fallado el corazón. Se le puso en seguida Coramina. Pero el pobre estaba casi en la agonía. Yo con mi traje bonito no vacilé, sin embargo, con sentarme en el suelo y poner sobre mis rodillas la cabeza del caballo. Sobre el corazón le puse también la mano para escuchar los latidos. Era horrible: hacía «tac» y se paraba un instante. Así estuvimos varias horas hasta que ya empezó a latir rítmicamente. Había reaccionado al fin. Cuando volví a mi casa imagine-se cómo iba mi traje y toda yo de paja.

—Aparte de los caballos, ¿qué aficiones tiene, Paula?

—Pues me gusta mucho tocar la guitarra, el cine y hacerme yo misma los vestidos.

He mirado fijamente a esta muchacha. Ella me dijo que, aunque se montase a caballo y se tuviese valor, se podía ser muy femenina. Y tiene razón. Una tremenda razón.

Blanca ESPINAR

ERA un hombre generoso, pero, al parecer, no era un loco ni un pródigo. Había salido de la nada, y había llegado a la más alta cumbre. Sin embargo, no era un pródigo. Todas sus donaciones y actos benéficos estuvieron medidos con gran cautela. Sus donaciones públicas fueron bastante modestas; relativamente modestas, claro está, y en consonancia a veces con su incalculable fortuna. Favoreció a algunas Universidades, fundó algunas bibliotecas públicas, dió tres millones de libras esterlinas para ayudar a levantar alojamientos para las gentes sudafricanas... Y precisamente cuando se encontraba reunida la Comisión encargada de aplicar el donativo de 52.500 libras (algo más de siete millones de pesetas) que quería hacer llegar a la Universidad de Witwatersand para crear en ella una cátedra de Relaciones Internacionales y erigir un monumento a la memoria del mariscal Smuts, llegó la noticia.

—Sir Ernest acaba de morir. Desde la ciudad de Johannesburgo esta frase inesquivable empezó a subir por el mapa de África, atravesó montañas y desiertos, se extendió por los mares que rodean el cabo de la Buena Esperanza y llegó a casi todos los lugares del mundo. Habían pasado sólo unas horas cuando en Johannesburgo se recibió un telegrama de pésame. Estaba reseñado en Londres. Era de la Reina de Inglaterra.

Al mismo tiempo se reciben mensajes de condolencia de todas partes del mundo, firmados por «premieres», por ministros, por políticos, financieros, industriales millonarios, figuras públicas todas amigas del finado.

Al enterarse, el primer ministro del Africa del Sur dijo:

—La muerte de Sir Ernest supone mucho más que la muerte de una persona.

En Ciudad del Cabo, sir De Villiers Graaff, *leader* de la oposición, comentó:

—Acaba de morir el más grande poder económico que ha dominado una época de la historia.

El ministro de Finanzas de Sudáfrica, Mr. Tom Naudé, habló así:

—Sir Ernest deja su huella indeleble en la historia de la Unión Sudafricana, no sólo como financiero e industrial poseedor de una visión raramente común en un solo hombre, sino como gran artífice de la economía y gran sudafricano.

El doctor A. J. R. van Rhijn, ministro sudafricano de Minas, se expresa así:

—Sir Ernest ha realizado una tarea gigantesca.

Sir Ernest ha muerto, en efecto. Ha muerto sir Ernest Oppenheimer, el «Rey de los Diamantes», el «Emperador de los Metales», el verdadero rey sin corona de Africa del Sur; acaba de morir en su lujosa mansión de Johannesburgo, víctima de una fatal trombosis coronaria. Descanse en paz.

Con la desaparición del «Rey de los Diamantes» comienza para la fabulosa ciudad de Johannesburgo el ocaso de una era peculia-



El maravilloso y terrorífico «Hope», llamado también «Diamante azul», celebrísimo en todo el mundo. Dicen que todos sus propietarios han sido víctimas de terribles maleficios

HA MUERTO EL “REY DE LOS DIAMANTES”

SIR ERNEST OPPENHEIMER, LA MAYOR FORTUNA DE LA HISTORIA

SU HIJO HARRY, HEREDA SETENTA MIL MILLONES DE PESETAS

risima y que había dejado de ser heroica hace ya bastantes años. Oppenheimer se fué a la tumba con una riqueza de unos 70.000 millones de pesetas. Había empedrado con las suelas rotas.
¡Qué gran tipo para escribir su biografía!

DIEZ HERMANOS Y UN PORVENIR CONFUSO

A finales del siglo pasado, había en Hessian (Friedberg, Alemania) un Nombre honrado cuya profesión era corredor y representante de puros habanos. Este hombre trabajaba día y noche, pero se las arreglaba mal porque tenía mujer y diez hijos, seis varones y cuatro mujeres y por eso fué inculcando en las mentes de los muchachos desde su infancia la tentación de la aventura y el ansia de viajar. Uno llamado Ernesto, nacido en 1880, fué de los últimos en nacer, pero de los más vivos en asimilar las lecciones del representante de cigarros. Cuando Ernesto tenía dieciséis años, abandonó Alemania y fué a unirse al hermano mayor, que estaba en Londres. En la capital inglesa entró a trabajar de aprendiz en Anton Dunkelsbuhler, una firma de diamantes conectada con la Cecil Rhodes y la Barnatos, de Africa del Sur.

Era un bonito trabajo. Ernesto lo notó bien pronto. No ejercía todavía ninguna profesión. Estaba aprendiendo. Cogía los diamantes con sus dedos, los tenía en sus manos, los miraba, les daba vueltas, los pesaba, los clasificaba... Su cometido le resultaba fascinante. El brillo hiriente, blanco, translúcido, de los cristales octogonales se le incrustaba en el fondo de las pupilas. A veces le daba un poco de miedo aquel brillo mágico y poderoso, pero él se daba cuenta de que aquel brillo no podía resbalarle por la piel y desaparecer, no podía quedar por mucho tiempo ajeno a su propio destino; él se daba cuenta de todo.

Estudió en los libros todo lo referente a aquellos cristales, conoció todo lo que en el mundo se conocía sobre diamantes, tanto científica como comercialmente. Algo nuevo estaba naciendo en aquel muchacho rubio, espigado y despierto. Era un caso de «amor» a primera vista.

—Los diamantes—decía años después un íntimo amigo suyo—fueron su primer amor y, al parecer, también el último.

Ernesto empezó a descubrir bien pronto una personalidad propia y distinta en cada piedra preciosa y luego, a lo largo del tiempo, aquellas manos firmes habían de ser las manos por las que ha pasado mayor número de diamantes. Diamantes que acariciaban sus manos y que maravillaban sus ojos. Jugaba y se divertía con ellos, aun mucho después de sus comienzos, como los niños jugar con las canicas.

A los veintidós años, Ernesto era un experto. Entonces fué cuando la Dunkelsbuhler, otra firma diamantífera, le envió a tierras africanas de Kimberley como agente del trust. Este joven aparentemente tímido, pero con una voluntad de hierro, amante de los libros y del estudio y verdadero perito en el arte de aver-



La más importante mina de diamantes de Africa del Sur es el Gran Pozo, de donde parte la ruta internacional de las preciosas piedras y de los millones

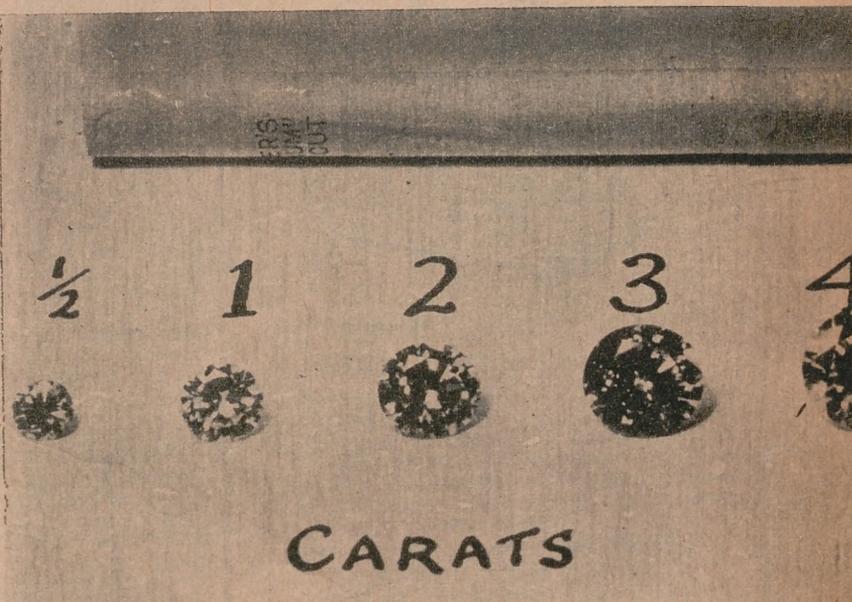
diamantes, llegó en el año 1902 a Africa del Sur.

SUDAFRICA, UNA TIERRA PARA EL JOVEN OPPENHEIMER

Era el momento propicio. Ter-

minaba entonces la guerra de los «boers». El país entraba en una nueva época.

Breve pero terrible historia tenían ya aquellas tierras. Desde el año 1488, en que el primer hombre europeo pisó suelo sudafricano, hasta el año 1902, en que lo



Bajo un cigarrillo vemos el tamaño relativo de cinco diamantes: medio, uno, dos, tres y cuatro quilates. El quilate equivale a doscientos cinco miligramos

pisa el joven Oppenheimer, habían ocurrido muchas cosas. Guerras entre Francia, los Países Bajos y Gran Bretaña en su deseo de dominio. Treguas, tratados, paces. La epopeya de los «Trek» marcando en sus carretas de bueyes las fronteras que todavía hoy son de la Unión Sudafricana. Las matanzas del llamado «Napoleón Negro» Chaca.

Al ser hallado el primer diamante en 1867, cambian completamente las condiciones de Africa del Sur. A esta gran conmoción sucede: así inmediatamente otra casi mayor: el descubrimiento de oro de Johannesburgo en 1886. Los buscadores de diamantes y oro invaden todo el Transvaal, convirtiendo a aquel campamento minero que empezó siendo Johannesburgo en el principal centro económico, una verdadera metrópoli.

A esta ciudad novelesca llega Ernesto Oppenheimer. Los diamantes y el oro son columnas vertebrales de Sudafrica, y Johannesburgo es el centro de tal industria. Llegan continuamente a la ciudad toda clase de aventureros, ingenieros y financieros venidos de los cuatro puntos cardinales del mundo.

Ernesto Oppenheimer lleva una idea fija:

—Quiero ganar cincuenta mil libras. Sólo cincuenta mil libras. En cuanto las tenga, me retiro.

No sabía lo que decía.

KIMBERLEY, ORIGEN DE UNA FULGURANTE CARRERA

Allí se enteró de que en 1867 se había encontrado la «Estrella de Sudafrica», un centelleante diamante de 82,5 quilates, y supo que no se trataba de un hallazgo casual.

En Johannesburgo estuvo de paso. Su destino estaba en Kimberley, y allí se fué.

Kimberley era una especie de charca. Alrededor de un pozo, llamado «Big Hole» (Gran Pozo), del que se sacaban los diamantes, había unas casetas de hojalata dentro de las que funcionaban las oficinas de las primeras compañías mineras.

Los primeros doce años en Kimberley no hacían suponer, sin embargo, la fulgurante y espectacular carrera que esperaba al joven Oppenheimer. Cumplió muy bien con la Compañía que le pagaba y se metió en política. Llegaron a nombrarle mayor de Kimberley, pero algunos «patriotas» locales sacaron a relucir su origen germano a raíz de la primera guerra mundial, cayó en desgracia y hubo de marcharse de la ciudad. Abandonó Kimberley y se fué a Johannesburgo.

Es condecorado seguidamente por Inglaterra por los valiosos servicios prestados a Gran Bretaña aun en contra de los intereses de su propia patria y se le concede el codiciado honor: «Sir».

Ya es un gran caballero. Y empieza la racha de buena suerte, de buena fortuna. Conoce en Johannesburgo al ingeniero norteamericano W. L. Honnold, y entre los dos fundan una sociedad. Esta es la enrucijada de su gran carrera.

Honnold conoce a Hoover (hijo del Presidente de los Estados Unidos) y procura atraerle a la sociedad.

Hoover y Oppenheimer se concentran en el Savoy Hotel, de Londres, en un viaje que sir Ernest hace a la Isla.

—Me ha impresionado este joven — dice Hoover a su amigo Honnold.

Y Hoover induce seguidamente al multi millonario Morgan para que invierta dinero en la empresa de Oppenheimer.

En Kimberley no estaban ya Cecil Rhodes ni Barney Barnato, ni Solly Joel, ni Stafford Parker, hombres emprendedores, verdaderos pioneros en el mundo del diamante y del oro, auténticos «grandes» de la industria sudafricana.

Oppenheimer empezó poniendo sus ojos en la Compañía de Beers, famosa y rica propiedad del fallecido Cecil Rhodes, y convencido de que los directores de esta compañía eran poco arriesgados, logró introducirse en ella. Hacia 1930 poseía a la De Beers casi por completo.

Tenía ya la Corporación Angloamericana

cana, formada con el dinero que Morgan le había prestado, y explotaba las ricas minas auríferas descubiertas al Este de Witwatersand.

Continúa consolidando su posición, con una perseverancia tenaz y una táctica sutil, y se une a la Unión Sudafricana, compra minas de diamantes en Costa de Marfil, en Congo Belga y en Angola. Más tarde se asocia también a la Administración del Africa del Sudoeste.

Su nombre, su figura, su riqueza... continúan cotizándose y subiendo cada vez más alto en toda clase de mercados mundiales.

En los años treinta es ya lo que es hoy; es decir, lo que era hasta hace unos días: el «Rey de los Diamantes», el «Emperador de los Metales», el monarca sin corona de Africa del Sur.

Cuando tenía veintidós años dijo que quería solamente 50.000 libras esterlinas, y ha muerto a los setenta y siete con más de 500 millones de libras, que son casi setenta mil millones de pesetas. Semillante cantidad hay que medirla. Su mercado de diamantes del año pasado, 1956, le produjo más de diez mil millones de pesetas, un verdadero record incluso en una carrera como la suya.

En su plenitud, Oppenheimer es un verdadero emperador de riquezas; su imperio no es uno solo; tiene tres imperios separados: De Beer, la Rhodesia Angloamericana y la Angloamericana de Sudafrica; controla la más amplia producción de oro del mundo y casi la mitad de la producción africana de cobre, uranio, carbón, acero, cinc, estaño, explosivos, materias químicas, cerámica, etcétera, etc.

El «anillo Oppenheimer», especie de gigantesco sindicato mundial de diamantes, dirigido desde Londres y Johannesburgo, controla, vigila y encierra el 95 por 100 de todos esos riquísimos cristallitos que, colgados de los blancos cuellos de las mujeres o incrustado en un aparato para usos industriales, ruedan por el mundo adelante...

LA CLAVE DE UNA VIDA: «LOS DETALLES PERFECCIONAN LAS COSAS»

Ernest Oppenheimer era, sin duda alguna, una especie de gigante. Pero también era un hombre.

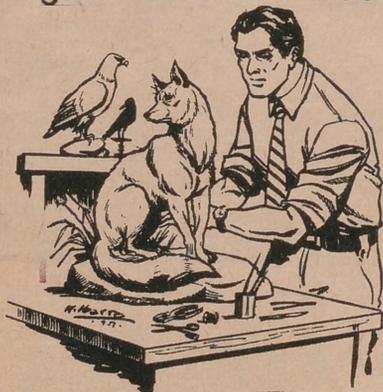
—Los detalles perfeccionan las cosas—decía—, y yo quiero perfeccionar las mías por mí mismo.

Aun siendo uno de los hombres más ricos del mundo, Ernest Oppenheimer fué siempre poco conocido. Se decía de él—el mismo lo decía a veces a sus amigos íntimos, en las reuniones habituales que se celebraban en su casa—que era la única persona de colocarle un anillo de diamantes a la tiera.

—La gente siempre intenta poner de manifiesto—se lamentaba—que yo soy una figura romántica, pero no hay nada de eso en absoluto, aunque siempre tenga bastante de romántico el pasar de la pobreza a tener una gran riqueza. Pero tampoco es éste mi caso.

—¿Cuál es su caso, Sir?—le preguntaban los demás con una copa de Oporto en la mano de la fa-

¿Le gustaría saber Disecar?



USTED PUEDE APRENDER EN SUS RATOS LIBRES

EL INSTITUTO JUNGLA le enseñará por correspondencia a disecar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales. Podrá usted conservar sus trofeos, adornar su casa y ganar dinero disecando para otros. Pida folleto informativo utilizando el siguiente cupón:

INSTITUTO JUNGLA. Sección MN
Apartado 9183 - MADRID
Deseo me envíen gratis su folleto informativo

Nombre
Calle
Población

Autorización Ministerio Educación núm. 27

mosa bodega del «Rey de los Diamantes».

—Yo nunca fui pobre—sonreía Oppenheimer—, ni siquiera cuando, de niño, en Alemania, éramos diez hermanos, a los que sostenía dignamente mi padre con su trabajo de representante de cigarros purcs.

Su vida diaria, en cuanto se consolida su poder de emperador sin corona de Africa del Sur, es una verdadera rutina, aunque él no lo note; es más, desea y necesita esa rutina.

Se levanta a las nueve de la mañana y se va a la oficina en su «Rolls-Royce». Allí habla con su hijo Harry, de cuarenta y dos años, y con sus ayudantes superiores, y les da instrucciones.

Hay que ir responsabilizando a los hijos. Harry, que ha estado metido en política y es «leader» de la oposición, tiene ya, de hecho, un gran dominio sobre la magna empresa. Los ayudantes de más confianza de Oppenheimer son jóvenes graduados de Oxford. El «Rey de los Diamantes», que no ha estudiado en Oxford, tiene confianza en Oxford. Recuerda que fué precisamente en la Universidad de Oxford donde lo ofrecieron un homenaje como «sucesor de Cecil Rhodes» y verdadero artífice británico en Sudáfrica. El «Rey de los Diamantes» recuerda y agradece.

Oppenheimer es amable, cortés. No levanta la voz. El se ha hecho a sí mismo y está curtido por todos los vientos. Sabe mirar, hablar, reprochar o felicitar sin que se note demasiado.

A la una en punto, Oppenheimer toma un whisky con soda. Siempre lo toma. No podría pasar sin él.

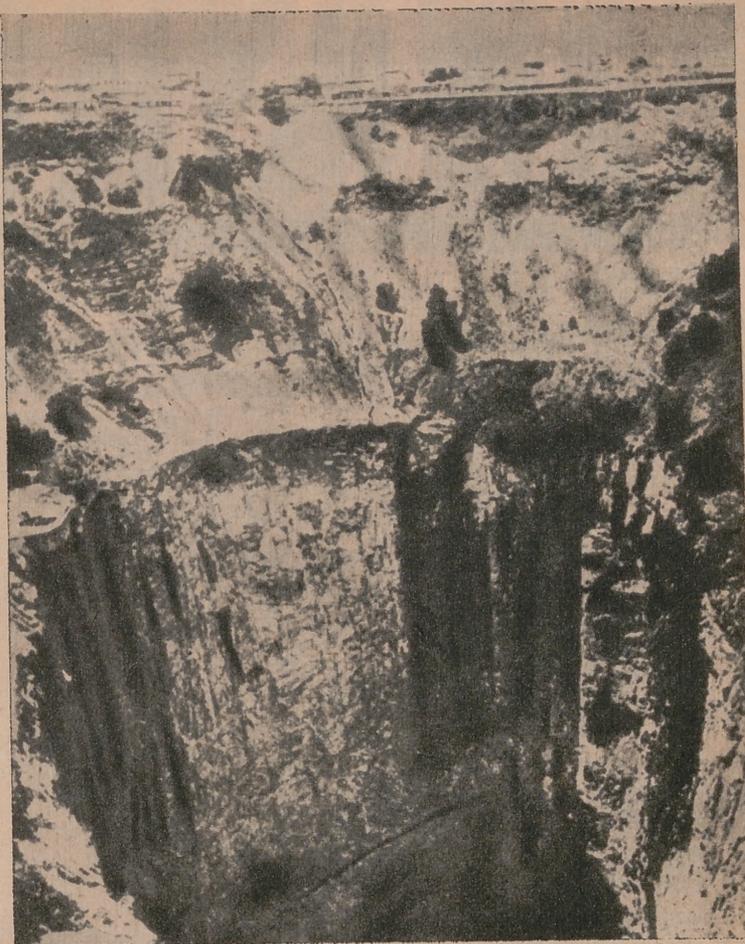
Entra en el «Rolls-Royce» —él no conduce— y, sin dar ninguna orden, el coche le lleva a su mansión de Brenthurst, en Kimberley, en las afueras. Es decir, un palacio que casi no se puede suponer. Aquí está su vida íntima y sus reuniones con amigos relevantes de todas las partes del mundo.

UNA VIDA INTENSA Y BIEN DISTRIBUIDA

Dos mujeres ha habido en su vida: su primera esposa era también cuñada suya, y murió en plena madurez. La segunda esposa era viuda de un sobrino suyo. Se casó con ella porque no podía estar solo.

Lady Oppenheimer está esperando en el «Rolls-Royce». Es una bella mujer, rubia, de tez blanca, que representa unos cuarenta y cinco años.

Oppenheimer tiene en su casa todo lo que él quiere, naturalmente. Es gran lector y tiene muchos libros, selectas bibliotecas. Le gusta leer novelas, obras social-económicas, libros policíacos y terroríficos.



En Kimberley, llamada «la maravilla mineral del mundo», está esta profundísima mina de diamantes, de la que constantemente se extraen los ricos cristales octogonales

—Simenon, particularmente, me hace pasar unos ratos muy agradables.

Mecenas, conversador, poseedor de una magnífica colección de cuadros, tapices y mapas antiguos además de diamantes y vinos. Le gusta pasear con sus amigos por su jardín y casi siempre cuenta fabulosas historias de diamantes que tienen nombres propios y a veces apellidos.

Algunas veces va al «Big Hole», el Gran Agujero, que ya es atracción turística. Allí estuvieron cientos de negros desnudos sacando diamantes. Ahora tiene una valla de protección. El «Big Hole» tiene un diámetro de 500 metros y una circunferencia de 1.500. Alcanza la profundidad de 300 metros. Sir Ernest Oppenheimer mira al fondo y recuerda... Millones de diamantes tallados, millones de libras esterlinas.

—El interés real de la riqueza —piensa— no es la riqueza en sí sino su capacidad de producción, de expansión, de desarrollo. Los diamantes deben emplearse en

crear verdadera riqueza, no sólo en adornos lujosos.

El clima es bueno. El aire de Sudáfrica es limpio, seco. Oppenheimer se encuentra a gusto y vive feliz. La verdad es que no es difícil esta felicidad.

Mas de pronto surge. En 1949 tiene el primer ataque de trombosis coronaria.

En 1953, el segundo. Hace unos días, el tercero y último. Llamam urgentemente al médico. El médico llega y lo encuentra bien y de buen humor.

—Que desayune normalmente —dice.

Son las nueve y media de la mañana. Está untando una tostada con mantequilla cuando viene el mal de nuevo. A las diez menos veinte, el «Rey de los Diamantes» está muerto. Diez minutos. Nada, poco tiempo.

Los servicios funerales se celebran en la iglesia de St. George. El primer templo instalado en las tierras de sus dominios.

El genio de las finanzas había empezado con una mente clara, casi terroríficamente clara, una gran confianza en sí mismo y una capacidad de comprensión excepcional. Nada más. Cuando murió, pocas de estas condiciones le quedaban. Tenía, en cambio, unos setenta mil millones de pesetas en diamantes y oro. Y un hijo, Harry Oppenheimer, que le sucederá en su tremendo y sensacional imperio.

Daniel SUEIRO

Lea todas los sábados

EL ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

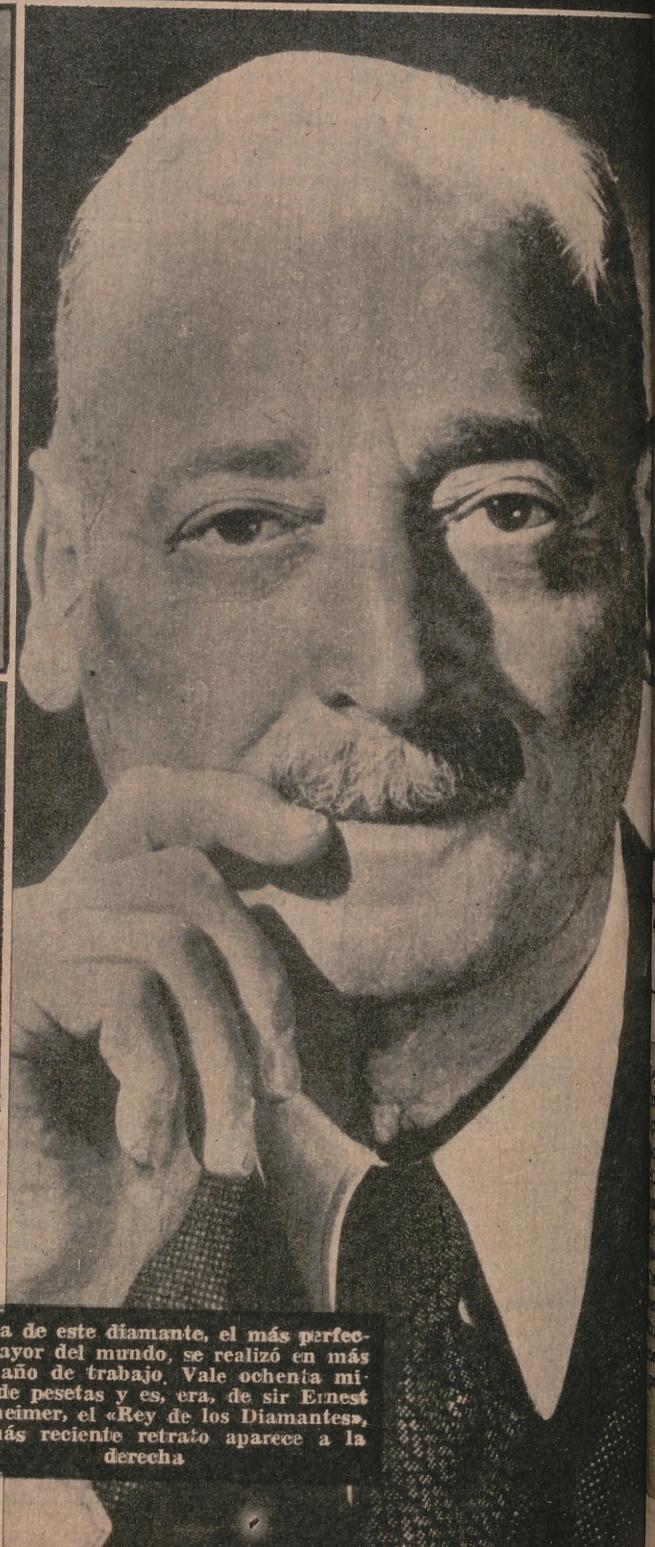
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

HA MUERTO EL "REY DE LOS DIAMANTES"

SIR ERNEST OPPENHEIMER, LA
MAYOR FORTUNA DE LA HISTORIA

SU HIJO HARRY HEREDA SETENTA
MIL MILLONES DE PESETAS



La talla de este diamante, el más perfecto y mayor del mundo, se realizó en más de un año de trabajo. Vale ochenta millones de pesetas y es, era, de sir Ernest Oppenheimer, el «Rey de los Diamantes», cuyo más reciente retrato aparece a la derecha